

**PLANTACIÓN DE IGLESIAS
EN UN CONTEXTO TRANSCULTURAL**

Fundamentos bíblicos y prácticos

GABRIEL FALCO

Editorial MUSULMANIA

PLANTACIÓN DE IGLESIAS EN UN CONTEXTO TRANSCULTURAL

Gabriel Falco

gairalfa@gmail.com

© Editorial MUSULMANIA

Apdo. 573 - 18080 Granada - España

www.musulmania.com - editorialmusulmania@gmail.com

Las citas bíblicas, a menos que se indique otra cosa, han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1960. Los contenidos de la Colección Musulmania no siempre se corresponden con la opinión de los editores. Se publican, sin embargo, como un medio para dar a conocer diferentes puntos de vista, fomentar el intercambio mutuo y animar a la reflexión.

2013 Primera edición

Índice

Dedicatoria	7
Introducción	9
1. Una actitud apropiada	13
2. Conocer a Dios	41
3. Visión	55
4. Oración	69
5. Evangelización	85
6. Discipulado	103
7. La iglesia	109
8. Formación de líderes locales	119
9. Equipos plantadores y dones espirituales	131
10. Movimientos de plantación de iglesias	143
11. Avance y conquista	157
12. Preparémonos para la cosecha	175
Bibliografía	179

«Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada,
yo como perito arquitecto puse el fundamento,
y otro edifica encima» (1 Co 3.10).

Dedicatoria

A mi amada esposa que me ha acompañado negándose a sí misma, y soportando hasta el cansancio. Una guerrera como pocas. Que ha sabido superar y enfrentarse a todo tipo de barreras culturales y de idiomas. Siguiéndome al paso de mi carrera por donde quiera que vaya. Quien ha sido, y aun sigue siendo, una herramienta fundamental en las manos de Dios para mi formación personal. Quien ha sido por más de 24 años el equilibrio en mi vida, y seguramente lo seguirá siendo por muchos más. La cual también ejerce su don de madre hasta cuando duerme.

A mis hijos, verdaderos valientes de esta historia. Dejaron su país cuando tenían siete y nueve años para trasladarse a tierras lejanas. Crecieron sin sus abuelos, tíos, primos y amigos de la infancia. No son de acá ni son de allá, pero a la vez son de acá y son de allá. Llegan a un país donde las costumbres y el idioma son diferentes, tienen que aprender todo de nuevo. Han sabido adaptarse a variadas culturas y circunstancias. Quienes también han

crecido de manera natural a la par de las iglesias subterráneas en medio de una sociedad islámica.

A mis amados hermanos del Norte de África. Con quienes hemos compartido parte de nuestras vidas. Nos recibieron y nos aceptaron como si fuéramos uno más de ellos. Nos incorporaron de verdad en sus vidas. Nos amaron y recibieron nuestro amor. Nos tuvieron paciencia y nos respetaron. Junto a ellos aprendimos muchas lecciones de la vida y de la obra. Son los legítimos protagonistas de esta aventura de plantar iglesias en un contexto musulmán. Son nuestra nueva familia.

Introducción

ENTENDEMOS QUE TANTO en la vida como en la obra del Señor se van cumpliendo ciclos, y distintas etapas se van superando. Estas son, entre otras cosas, señales de crecimiento, avance, desarrollo. Hemos comprendido de parte de Dios que Él nos ha ido sumergiendo en una nueva dimensión de su obra. Con gratitud en nuestros corazones por todo lo que el Altísimo nos ha permitido alcanzar hasta aquí, y reconociendo lo bueno e importante que fueron las distintas etapas que hemos ido cruzando, nos disponemos ahora a seguir siendo guiados por el soplo apacible del Espíritu Santo.

De ninguna manera descartamos las lecciones aprendidas y los logros alcanzados en el pasado. Sino por el contrario, sin dejar de hacer lo primero, queremos avanzar hacia la totalidad de la misión, dando pasos concretos que nos permitan ir completando lo que nos falta para la extensión plena y absoluta del reino de Dios entre los pueblos donde trabajamos por su gracia y llamado.

Ciertamente, entendemos que el Señor nos ha ido

guiando, en estos últimos años, específicamente en la honrosa tarea de plantar iglesias. Quisiera dejar esto reflejado con algunos datos concretos. Por ejemplo, en uno de los países del norte de África donde llevamos más tiempo trabajando, llegamos a tener equipos en ocho ciudades a lo largo del país. En siete de estos lugares hemos comenzado iglesias; en el resto, estamos firmemente relacionados con la congregación nacional ya establecida y su liderazgo, acompañándoles y sirviéndoles de distintas formas. Junto con esto, también hemos sido parte de manera indirecta, acompañado en el inicio, desarrollo y crecimiento de algunos nuevos grupos en otras ciudades de dicho país. Esto significa que Dios, en su gracia y bendita misericordia, nos ha permitido colaborar en su obra con efectividad.

Otro dato importante que no deberíamos pasar por alto, es que en este país hemos sido colaboradores de Dios, hasta el momento, en la plantación de iglesias de manera directa y hemos colaborado en el desarrollo de estas y otras, aproximadamente en un veinte por ciento de la totalidad de congregaciones subterráneas que llegaron a existir en el mismo. ¡A Dios nuestro Señor sea toda la gloria! Y esto, sin siquiera nosotros haberlo planificado de manera adecuada. Ahora, cuánto más efectivo podremos llegar a ser, si intencionalmente comenzamos a planificar en la esperanza de ver «la tierra llena del conocimiento de la gloria de Dios como las aguas cubren el mar» (Hab 2.14).

Es en virtud de todo esto, que hemos captado la necesidad imperiosa de unificar criterios sobre temas tan fundamentales como lo son el evangelismo y el discipulado. Como así también hemos visto la necesidad de ponernos metas claras y establecer pautas que nos permitan saber si estamos avanzando hacia el cumplimiento de estos objetivos.

Aun así, no intentamos tener todo bajo control. Dejamos que el Espíritu Santo nos sorprenda. Si Él dirige la obra, seguramente nos llevará por caminos que ni imagi-

namos y estoy plenamente seguro que veremos multitudes venir al conocimiento de Jesucristo, y cientos de congregaciones comenzando aún en las tierras más áridas.

Debe quedar bien clara entre nosotros la visión y estrategia de Dios para la extensión de su reino. No hacemos simplemente evangelismo y discipulado; la meta de nuestro ministerio es la plantación de iglesias, y cuando hemos alcanzado esta primera meta, nos extendemos para facilitar esto mismo en otros lugares, lo que significa la multiplicación de las mismas. Cuando hemos logrado aquel segundo objetivo, vamos a otras regiones para iniciar nuevamente el proceso. Una vez más debemos recalcar que la motivación de nuestro corazón al embarcarnos en esta noble tarea, nunca deben ser los intereses personales o institucionales, sino por el contrario, lo único que debe movilizarnos e inquietarnos es el avance del reino de Dios sobre la faz de la tierra y de esta manera, preparar el camino para el regreso glorioso de nuestro Señor Jesucristo.

No pretendemos aquí entregar un manual sobre plantación de iglesias, ni mucho menos dar cátedra de cómo se hace la obra de Dios. De hecho, no presentamos aquí métodos sino principios. Solamente hemos querido con mucha humildad, compartir con nuestros queridos hermanos consiervos en la obra del Señor, la visión y enseñanzas que nos han acompañado en nuestra corta pero intensa experiencia plantando iglesias en el norte de África. Debemos reconocer que tal vez muy poco de lo expresado es de autoría propia; muchos nos han aportado de manera directa o indirecta, de muchos hemos aprendido, muchos libros hemos leído, apuntes y fotocopias. Principalmente, enseñanzas recibidas de nuestros pastores.

Entonces, la única pretensión o anhelo es que de alguna manera podamos aportar algunas herramientas útiles para la extensión del reino de Dios. Así, conforme a la gracia de

Dios, con esperanza deseamos poner estos fundamentos para la plantación de iglesias para que muchos otros «edifiquen encima» (1 Co 3.10).

1

Una actitud apropiada

Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre (Fil 2.5-11).

EN PRIMER LUGAR, y sobre todas las cosas, enfocamos nuestras miradas en Aquél que es el modelo por excelencia: Jesucristo nuestro Señor. Nadie como Él para tomar ejemplo a seguir e imitar. Sin ninguna duda, tenemos en Él la persona que en todas las cosas agradó al Padre y cumplió en su cuerpo los propósitos establecidos desde antes de la fundación del mundo. Aquél que se despojó de sí mismo y tomó nuestra forma en cuerpo y costumbres, en

dolor y sufrimiento. Comió nuestras comidas y vistió nuestros vestidos. Se sujetó a las inclemencias del tiempo igual que nosotros. Tuvo hambre, padeció la tentación. Sufrió el abandono, el engaño y la mentira; también le robaron, lo escupieron, lo insultaron, se burlaron de Él y le pegaron. Lo juzgaron y lo castigaron injustamente. Pero con todo, no dejó de amar ni de perdonar. Sufrió el oprobio en silencio. Tenemos en Él el supremo ejemplo de humildad, mansedumbre, sacrificio, y entrega. Siendo Dios Altísimo, creador de todas las cosas, se humilló hasta lo máximo, haciéndose siervo de sus propias criaturas. Teniendo todo el poder y toda autoridad, no se enaltecó ni buscó el reconocimiento de las personas, ni buscó los primeros lugares, sino que humildemente y con mansedumbre siempre supo ubicarse. Poseedor de gran sabiduría, no se apresuró ni se desesperó, supo esperar el tiempo adecuado según la buena voluntad de Dios el Padre. Nos habló en nuestro idioma, usando nuestras expresiones y nuestros modismos. Se adaptó a nosotros, se hizo como uno más de nosotros, al punto que la gente lo identificaba como el «hijo del carpintero». Nos enseñó y nos dio ejemplo de que es mejor dar que recibir, servir que ser servido, sentarse a lo último de las mesas a pretender los mejores lugares.

Cuanto más nosotros, que somos hombres carnales, limitados y finitos, sin poder ni autoridad, sin conocimiento y siempre en guerra con nuestro propio interior, no debemos pretender lugares que no nos corresponden. No debemos pretender ser maestros, y mucho menos en otras culturas, cuando tenemos mucho que aprender de las demás personas y aún más de aquellas que pertenecen a otras etnias y con costumbres tan diferentes a las nuestras. Tomemos ejemplo en Jesús, el autor de la vida. Es en este momento, más que nunca, cuando debemos echar un vistazo a su vida, hechos y enseñanzas. Despojémonos de todo peso étnico cultural, que tanto nos llena de orgullo y nos engaña

haciéndonos creer que somos los mejores del mundo y que tenemos la solución a todos los problemas. Despojémonos también de todo el bagaje religioso evangélico que nos hace creer que somos los dueños de la salvación, o que tenemos la mejor estrategia de iglecrecimiento que jamás se haya visto. Algunas veces nos creemos que pertenecemos a una estirpe selecta de los grandes ministros contemporáneos, por nuestros muchos años de seminario y por la gran experiencia que hemos cosechado en nuestros países. Haremos mejor si también nos despojamos de esa presunción de que sabemos hacer todas las cosas. Debemos aprender a hacer la obra de Dios en un contexto diferente. Dios tenga misericordia de nosotros y nos enseñe, nos lleve de la mano y guíe por sus sendas de amor.

Aquellos que estamos trabajando entre los pueblos menos alcanzados por el evangelio hemos sido llamados por Dios para esta honrosa tarea por su gracia y misericordia. Somos siervos de Dios habiendo reconocido el señorío de Jesucristo en nuestras vidas, por lo tanto, debemos vivir como tales y especialmente esta debe ser nuestra actitud al llegar a nuestro nuevo lugar de misión. Tenemos en Jesucristo el modelo excelente para vivir como siervos, en amor, respeto, humildad, bondad, paciencia, y con todo gozo también tenemos todas sus virtudes. No criticando ni menospreciando, ni la cultura ni sus costumbres ni su manera de pensar o de hacer las cosas. No somos mejores que ellos, simplemente somos distintos. Ni más adelantados ni más atrasados. Como siervos que somos, debemos tomar ejemplo en Jesucristo. En virtud de esto, permíteme unirte por un momento al apóstol Pablo y déjame recordarte y recordarme a mí mismo sus palabras: «Haya, pues, en nosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús». Aprendamos su humildad y mansedumbre. Imitemos y adoptemos su sentir y su actitud.

Aprendizaje del idioma

¿Cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido? (Hch 2.8).

Dos cosas primarias y fundamentales encontramos recién llegados a nuestro país anfitrión donde vamos a servir a largo plazo según el llamado de Dios: el aprendizaje del idioma y el conocimiento de la cultura local. Si queremos, verdaderamente, hacer un trabajo efectivo, cualitativo y en menor tiempo dentro de las posibilidades, deberíamos seguir el consejo del apóstol Pablo cuando nos exhorta: «Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos» (Ef 5.15-16). Para esto, como mencionamos anteriormente, también debemos ejercer de mucha paciencia. El Señor dice a través de su profeta Isaías: «el que creyere, no se apresure» (Is 28.16). Este equilibrio entre aprovechar bien el tiempo y no apresurarnos debe ser nuestra guía. Esta mezcla de diligencia y paciencia, en los primeros tiempos, debemos usarla para estas dos cosas primarias: el aprendizaje del idioma local, el del corazón de la gente; y el conocimiento de la cultura anfitriona y su adopción en gran medida, tanto para no ofender y para demostrar nuestro afecto y cariño hacia nuestros nuevos amigos locales, como también para compartir con ellos un mensaje relevante, en su contexto, y según sus patrones de pensamiento.

Prioridad uno

Como primera instancia permíteme afirmar que el aprendizaje del idioma local del pueblo que vamos a alcanzar con el evangelio, es parte de la obra en nuestro servicio a Dios. Por lo tanto, invertir en el aprendizaje del idioma, es invertir en la obra de Dios. Todo lo que no avancemos en esta

área, luego serán impedimentos y limitaciones en nuestro ministerio.

Entonces, quisiera expresar algunas verdades más que haríamos bien en aprenderlas y tenerlas como guías en nuestro servicio al Señor. La obra de Dios debe hacerse con concentración, intensidad y continuidad. Aquí solo haremos mención de ellas en virtud del tema que nos ocupa en este momento, luego lo desarrollaremos con mayor detenimiento.

Demostraremos una actitud apropiada hacia el aprendizaje del idioma concentrándonos en ello fervientemente. En esta primera etapa de nuestro ministerio es lo más importante que debemos realizar. Sin desviarnos de este objetivo y sin distraernos, debemos apropiarnos de esta herramienta para hacer la obra de Dios en este nuevo contexto. Tal debe ser nuestra concentración, que debe ser prioridad uno, a tal punto que por ejemplo (como buenos latinos que somos) si en esta etapa entramos en crisis económica, nuestras finanzas no llegan, o se nos cayeron algunas de las promesas de fe que trajimos de nuestro país, lo que corresponde a esto es hacer lo que llamamos economía de guerra. Es en estos momentos en que empezamos a recortar gastos aun de los más básicos y fundamentales. Mi consejo —y es lo que hemos experimentado en nuestras propias vidas—, es que cortemos cualquier otra cosa menos las clases de aprendizaje de idioma. Permíteme decirte que aun hasta podríamos recortar gastos en nuestra alimentación básica familiar, sabiendo que tenemos promesas de Dios cuando nos dice: «Joven fui, y he envejecido, y no he visto justo desamparado, ni su descendencia que mendigue pan» (Sal 37.25). También las Escrituras nos exhortan a que «teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto» (1 Ti 6.8). Aún más, dice el Señor:

Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de co-

mer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo? Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos. Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe? No os afanáis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? (Mt 6.25-31).

Cuántos de nosotros no hemos experimentado tantas veces que las finanzas faltaron. Siguiendo el orden de Dios, apartamos primeramente el diezmo, y luego para los compromisos como todo tipo de deuda, alquiler, luz, educación de los niños, etc. Y en este orden, la cuota mensual para el estudio del idioma. Aunque no quede para ninguna otra cosa, Dios es fiel y no nos desampará, jamás nos faltará un plato de comida y un abrigo para ponernos. He visto entre algunos obreros, que en estas situaciones piensan como primera medida en la alimentación e interrumpen las clases de idioma. Es comprensible que así lo hagan, pues consideran el estudio del idioma como una necesidad de segundo o tercer grado. Para la mayoría es lo primero que cortan. Algunos, se excusan diciendo que los niños tienen que comer. Me pregunto: ¿será que ignoran que las promesas de Dios alcanzan también a nuestros hijos?

Otra cosa que ocurre con los obreros nuevos al llegar al campo es que algunos pronto comienzan a recibir visitas de sus familiares, pastores, otros hermanos de la iglesia, que teniéndolos ahora en un país «exótico», aprovechan para hacer turismo, y claro, lo que corresponde como buenos hospedadores que somos, es atender a las visitas. Y así, otra vez, perdemos mucho tiempo que es valioso para el es-

tudio del idioma. Debemos establecer muy bien nuestras prioridades, sobre todo en esos primeros años que estamos en el nuevo lugar de misión, cuando experimentamos tantos cambios de hábitos y actitudes. Sepamos también que, como una regla de vida, todo lo que no aprendamos en ese primer año y un poco en el consecutivo, de seguro que ya no podremos recuperarlo, luego cuando ya estemos tan ocupados con los distintos proyectos y actividades. Pronto llegan días cuando nos acostumbramos a vivir comunicándonos deficientemente. Aun más, mi esposa sabe decir que para ella los primeros cuatro meses —cuando tomamos la capacitación del COT (Curso de Orientación Transcultural), dedicados exclusivamente a introducirnos en la nueva cultura y aprender el idioma local—, fue un tiempo especial para ella, que le dio la base idiomática, luego de lo cual no experimentó grandes progresos, comparativamente hablando.

Métodos y sistemas

En este mismo sentido, podemos afirmar sin temor a equivocarnos, que en un contexto transcultural, invertir en el aprendizaje del idioma es invertir en la obra de Dios.

Deberíamos buscar oportunidades para lograr un sistema de aprendizaje que integre lengua, cultura y vocabulario bíblico. Y por supuesto, que no debemos esperar a que hablemos perfectamente el nuevo idioma para recién introducirnos en el aprendizaje de este último. En mi propia experiencia, y de algunos buenos amigos en la misión, hemos contado con profesores nacionales idóneos que nos fueron enseñando ambas cosas a la vez. Y pronto hemos comenzado a escuchar y conocer el vocabulario bíblico a pocos meses de llegar. Y de verdad que ha sido efectivo.

Otra cosa bien importante es que antes de venir al campo deberíamos conocer y aprender los distintos métodos

de aprendizaje del idioma, mayormente si vamos a trabajar con una etnia no alcanzada donde aun no han llegado muchos obreros y donde no tienen Escritura en su propia lengua. En muchos de estos sitios no existen gramática ni diccionarios que puedan ayudarnos. Un colega nuestro jamás salía de su casa sin su libreta donde anotaba las nuevas palabras que iba escuchando y aprendiendo por la calle. Él mismo las escribía o le pedía a algún amigo casual que lo hiciera por él, para poder verlas y así saber mejor su pronunciación exacta. Luego, con esas palabras comenzaba a conjugarlas; si era un verbo repetía su conjugación en todos los tiempos verbales, o si no, usando los posesivos. Hacíamos muchas bromas con él por su constancia en este método, pero eso lo ha ayudado en su desarrollo idiomático. Él estaba abocado al aprendizaje del idioma intencionalmente, con constancia, perseverancia, concentración e intensidad.

Normalmente surge la pregunta: ¿cuánto tiempo lleva aprender un idioma? ¿O cuánto sería el tiempo adecuado para estudiar el idioma? ¿O hasta cuándo estudiar? Déjame decirte que si llegas con una actitud adecuada hacia el aprendizaje del idioma, nunca estarás satisfecho con lo aprendido y el nivel alcanzado. Siempre te parecerá poco, siempre tendrás la sensación de que todavía te falta mucho por aprender. Y llegarán los hermanos y te escucharán hablar, te felicitarán por lo bien que lo haces, y hasta seguramente no faltarán oportunidades para que te comparen con otros, pero en tu fuero interior tú sabrás que aún queda mucho camino por recorrer. De hecho, en mi propio idioma materno que lo llevo hablando desde que tengo uso de razón hace ya más de cuarenta años, y todavía sigo aprendiendo palabras y expresiones; cuanto más en un idioma que lo he aprendido ya pasados mis treinta años de edad, tendré todo el resto de mi vida para seguir aprendiéndolo. Entonces, ¿hasta cuándo estudiarlo? Algunos piensan que alcanzando

el nivel tres ya tienen bastante. Sin embargo, tenemos otros honrosos ejemplos entre nosotros, que con más de veinte años en el campo, todavía se hacen unas horas a la semana para tener algunas clases con un profesor experimentado, que puede ayudarlos con temas bíblicos o proverbios culturales. Imitemos los mejores ejemplos. Tengamos una actitud apropiada hacia el aprendizaje del idioma con el cual podamos expresar las maravillas de Dios.

Como expresara sabiamente Eugene Nida, miembro fundador de los Traductores Lingüísticos de Verano (Wycliffe): «No se puede aprender un idioma sin escucharlo constantemente; no se puede conocer una cultura sin participar eficazmente de ella».

Conociendo la cultura

Uno de los enfoques más fuertes de nuestra organización es la aculturización intencional durante los primeros meses de la llegada al campo. Para esto contamos con un programa intensivo, que mencioné anteriormente, el COT, que nos ayuda a descubrir valores, fortalezas y debilidades de esta, para nosotros, nueva cultura. Nos introduce de manera práctica y vivencial. Nos permite ver desde adentro, y no como un invitado, cómo viven y se relacionan las personas, cómo se divierten, cómo enfrentan las dificultades. Con el tiempo nos permitirán comprender a nuestros amigos nacionales, cuál es su cosmovisión y por qué reaccionan de la manera que lo hacen.

Pronto nos permite saber cuáles son aquellas cosas con las cuales nuestros nuevos amigos podrían llegar a ofenderse, cosas que tal vez para nosotros sean normales e inofensivas. Por ejemplo, a la hora de acercarme a mi vecino con el buen deseo de hacer amistad con él, ¿qué puede tener de malo que le entregue algún obsequio con la mano iz-

quiera? Para nosotros, por supuesto, que no tiene nada de malo, pero tal vez en su cultura sea algo ofensivo y en lugar de tomarlo como un obsequio amistoso lo tome como un insulto.

Necesitamos llegar a nuestro campo de labor sabiendo que no todas las cosas que hacemos según nuestras costumbres y cultura son apropiadas y aceptables. Debemos saber que no siempre nuestras costumbres, por felices e inocentes que sean, serán bien recibidas por nuestros anfitriones. Es un poco triste ver a hombres y mujeres temerosos de Dios y de su santidad, que con fervor desean hacer Su voluntad, y que a veces se niegan a guardarse de algunas pequeñeces culturales por el solo hecho de no encontrarle nada malo según su propia perspectiva. Una actitud apropiada para conocer y adoptar pequeñas expresiones identificadoras de la cultura anfitriona nos abrirán puertas de amistad.

Adaptación cultural

En nuestra propia experiencia, al igual que muchos de nuestros colegas, hemos pasado por esta capacitación y ha sido de mucha bendición para nuestras vidas y ministerios. Llegamos al país de servicio cuando nuestros hijos tenían apenas siete y nueve años de edad, y aun así vivimos por espacio de un mes con una familia musulmana de un barrio popular con pocos recursos económicos. Luego estuvimos por diez días con otra familia de menores recursos. No nos aislamos, ni aislamos a nuestros hijos. Vivimos la experiencia con total libertad y gozo. Con muchas expectativas y sorprendiéndonos de cuantas cosas podíamos aprender. Entre muchas, mi esposa aprendió a cocinar las comidas tradicionales. Pasó la mayor parte del tiempo con las mujeres de la casa entre la cocina o escribiendo recetas típicas. En el mercado (feria, mercadillo, rastro, según lo conocen

en distintos países) aprendiendo a regatear los precios y conocer los mejores productos. Hemos comido como ellos, vivimos como ellos, nos bañamos en los baños públicos como ellos, también nos han bañado..., todo esto lo hemos disfrutado y de verdad, que han sido de bendición para nuestras vidas.

Haremos bien en enfocarnos en aprender cosas tan sencillas pero que luego nos ayudarán a derribar barreras y nos abrirán puertas. Aprendamos a cocinar y a comer sus comidas tradicionales. Esforcémonos en preparar sus comidas cuando nuestros amigos nos visiten. Aprendamos las formas de la hospitalidad local e imitémoslas. Qué gratificante es cuando nuestros amigos nos expresan que somos como ellos y que no hay diferencia entre nosotros y ellos. El tiempo de vivir en casas de familias locales es una oportunidad para disfrutar y aprender. ¡Una bendición! No debemos visitarles con espíritu de turistas sino conociendo y adoptando sus costumbres, sus expresiones. Sabiendo lo que no es correctamente aceptable según sus perspectivas.

Es cierto que a nosotros, como extranjeros, nos perdonan todas las cosas, pero eso es porque piensan de nosotros que somos ignorantes. Dicen: « ¡Pobrecitos, son extranjeros! ». Pero cuando logramos integrarnos en el mundo de ellos todo cambia y nos consideran como dignos de ser respetados. Asistamos a los lugares públicos donde ellos asisten, lugares de paseos que les agradan a ellos, aprendamos a divertirnos como ellos lo hacen. Desarrollemos la capacidad de observar, preguntar, escuchar.

No críticos ni quejosos

Permíteme expresar que haríamos bien en aprender de las buenas costumbres de nuestros amigos locales, que me atrevo a decir que no son pocas. Adoptemos una buena ac-

titud de amor hacia la cultura anfitriona; no seamos críticos ni quejosos. Esforcémonos en aprender las costumbres locales. Y también haremos bien en olvidarnos algunas de nuestras malas costumbres de nuestros propios países. Con el tiempo esto también es riqueza para nuestras vidas, al llegar a ser multiculturales. Por ejemplo, en la intimidad de nuestro hogar, a diez años de haber salido a la obra misionera, ya no comemos comidas cien por ciento de nuestra nación de origen, pero tampoco comemos cien por ciento comidas del país anfitrión, ni tampoco de otros lugares. Hemos adoptado formas de diferentes sitios donde pudimos estar, de manera natural y esto es verdaderamente bueno. Muchas veces estoy deseando comer una buena parrillada argentina, pero también no pocas veces estoy anhelando comer un buen tayín de cordero con ciruelas u otras variedades con el gusto típico, que solo se le puede dar en Marruecos, o una buena comida española. Algunas veces, deseando comer alguna buena comida local, me he frustrado al llegar a casa de obreros que me dan comidas de sus países, y me he tenido que ir sin probar comidas tradicionales del lugar.

Con todo esto, permíteme expresar que tampoco considero apropiado el extremo de la contextualización. Entonces, nos esforzaremos en derribar muros de separación entre nosotros y los nacionales, adoptaremos la mayor cantidad de costumbres locales posibles, aprenderemos sus gestos, sus señas, sus expresiones, sus maneras de vestirse, y sus formas de relacionarse. Pero aun así, siempre seguiremos siendo extranjeros. Considero que, con sabiduría, debemos adaptarnos a sus formas, pero sin ridiculizarlos ni ridiculizarlos a ellos. Hemos vivido situaciones de compartir con ciertos grupos de personas locales de un determinado nivel social que les agrada y buscan la modernización en sus vidas y encontrarnos que los únicos que estaban con ropas tradicionales típicas del lugar, ieran

los extranjeros! Y viceversa. Una desubicación total. El equilibrio y la sensatez nos acompañen en estas cosas.

Integrándonos en la sociedad

Dejando a tu padre y a tu madre y la tierra donde naciste, has venido a un pueblo que no conociste antes (Rt 2.11).

Junto a mi familia vivimos por más de cuatro años en una preciosa ciudad de más de un millón de habitantes, una ciudad bonita, tradicional, histórica, milenaria, exótica, y podría agregar muchas otras calificaciones para describirla. Esta ciudad y su gente han quedado en un lugar muy importante de nuestros corazones. Allí dimos nuestros primeros pasos en muchas áreas: idioma, cultura, ministerio. Tenemos allí muchos queridos amigos locales a los cuales amamos con todo nuestro corazón. Llegamos a ser parte de la vida de la ciudad en muchos aspectos. Muchos de nuestros amigos nos ayudaron a integrarnos a sus vidas, a sus familias, y por consiguiente, también a la sociedad. Aprendimos a vivir un poco más de manera comunitaria como es la costumbre natural y tradicional de ellos. Participamos de varias y diferentes bodas, de la fiesta del *usbúe* (cuando a la semana de haber nacido le ponen el nombre a los bebés), de fiestas de cumpleaños, de velorios. Participamos de fiestas religiosas como las del Sacrificio, cuando todas las familias matan un cordero en sus casas. En tiempos de Ramadán, cuando ayunan durante todo el mes, hemos participado con nuestros amigos musulmanes, en infinidad de desayunos a las seis o siete de la tarde, acompañándoles a cortar el ayuno, y también los hemos invitado a nuestra casa a que vengan a cortarlo con nosotros, preparándoles todo de acuerdo a sus costumbres. Participamos de la vida del pueblo. Sin quejas ni murmura-

ciones, sino más bien disfrutando de cada momento. ¡Qué privilegiados hemos sido!

Luego nos trasladamos con mi familia a otra ciudad más pequeña, de unos ciento cincuenta mil habitantes, aproximadamente. No había allí otros obreros, estábamos solos, no conocíamos a nadie. Eso nos unió más como familia y lo aprovechamos bien. Nos hicimos socios de un club, jugábamos con mis hijos al tenis y fuimos conociendo gente. Luego llegamos a un club de fútbol y mis hijos comenzaron a jugar allí, yo iba a los entrenamientos y también a verlos los días de partidos, seguimos conociendo más gente. Pronto vimos algún entrenamiento del primer equipo que estaba en primera división de la liga nacional y ya fuimos al estadio a ver un partido, y luego a otro, y otro más, terminamos haciéndonos hinchas de este equipo! Mis hijos se hicieron amigos de algunos de los jugadores, uno de ellos lo iba a buscar en su moto a la salida de la escuela. Con otro de los más famosos a nivel nacional que jugó en la selección del país por mucho tiempo, mi hijo mayor entró al mismo campo de juego y al finalizar el partido se sacó una foto con él.

Todas estas pequeñas cosas son algunos ejemplos de cómo nos hemos ido verdaderamente integrado en la sociedad. Nos sentimos y somos parte de la vida de la ciudad. No nos quedamos aislados. Nos hemos integrando, vivimos en total libertad y alegría. Al poco tiempo de llegar allí descubrí que había un periódico local que salía semanalmente, comencé a comprarlo todas las veces que podía; era una buena manera de enterarme lo que estaba ocurriendo a mi alrededor, en lo político, lo social, lo deportivo. Y siempre preguntando mucho. No podemos estar incorporados plenamente en una sociedad si no estamos informados de los acontecimientos públicos.

Nuestros hijos han pasado la mayor parte de sus vidas y han crecido en un país islámico. Nunca han escuchado de nuestras bocas quejas o burlas hacia las personas locales,

sus costumbres, cultura o sociedad, por lo que han crecido libremente. La mayoría de sus amigos son de familias musulmanas y a pesar de la distancia y el tiempo, hasta hoy mantienen sus relaciones con muchos de ellos.

Ahora pertenezco a esta sociedad

Otra cosa que considero bien importante, con nuestros amigos locales, es que muy pocas veces hablamos de «mi país» de origen, qué cosas hacíamos allá, cómo comemos allá, cómo nos vestimos, o cuántos lugares bonitos tenemos. Más bien aprovechamos el tiempo para aprender con ellos más cosas de «aquí». Qué hacen, cómo piensan, qué opinan. Ahora mi tierra es ésta. Mi casa está aquí. No estoy acá para hablar de lo lindo y perfecto que es mi lugar de origen. Estoy aquí para bendecir a este país y a su gente. No estoy aquí para recordarles a los nacionales a cada rato lo impuntuales que son, o cualquier otro defecto o carencia que tengan, o esto y lo otro. Estamos aquí para bendecirlos. Entre otras cosas, eso significa ayudarles a redescubrir las bellezas de su propio país, a destacarles las riquezas morales o sociales que ellos tienen. Somos embajadores del Dios bendito, que nos bendijo y nos envió a bendecir; no somos siervos del acusador, por lo tanto, prestemos atención a lo que sale de nuestras bocas y de nuestros gestos. ¡Cuánta arrogancia pretender que ellos, que están en su propio país, tengan que aprender mi idioma!

Que haya en nosotros este sentir que hubo en Cristo Jesús, seamos humildes para con esta sociedad de la cual ahora también somos parte. Ahora es nuestra sociedad. Vivir libremente y agradecidos con el presente que Dios nos da para vivir, no nos deja tiempo para recordar las cebollas que comíamos en Egipto ni estar tan dependientes de lo que pasa en nuestro país de origen.

Deben conocer el amor de Dios

En otro orden de cosas, y enfocados hacia una sociedad islámica, no debemos confundir nuestra actitud hacia los musulmanes, como personas, con nuestra actitud hacia el islam, como sistema. Sabido es por todos que el sistema islámico es anticristiano. Pero las personas, por más religiosas y fundamentalistas que sean, deben conocer el amor y el perdón de Dios. Deben tener al menos una oportunidad de conocer el mensaje de paz, perdón y liberación. Y tienen que recibirlo de parte de un corazón amoroso, pacífico, y esperanzado de que la Palabra de Dios no vuelve vacía.

En algunos seminarios donde he podido compartir sobre este tema, presento unas imágenes de algunas mujeres islámicas con sus *burkas* o *nikab* (*burka* es aquella prenda de vestir islámica que oculta completamente el cuerpo, solo una rejilla de tela en los ojos permite que la mujer vea, pero no ser vista). La pregunta que siempre hago es: ¿qué sentimos cuando vemos por la calle a mujeres totalmente tapadas con sus *burkas* que no se les ve ni un centímetro cuadrado de piel, que no se atreven a levantar sus cabezas cuando pasamos junto a ellas? ¿Qué sentimos? ¿Compasión? ¿Lástima? ¿Somos movidos a misericordia? Por lo menos a mí me pasa que siempre me sacan alguna expresión de compasión.

Luego muestro otras imágenes de extremistas islámicos empuñando sus armas y profiriendo amenazas. Nuevamente pregunto: ¿qué sentimos cuando vemos a estos fundamentalistas con sus trajes típicos y con sus barbas largas, con miradas altivas y llenos de orgullo? ¿Qué sentimos? ¿Temor? ¿Menosprecio? No sé cuál será el sentimiento que sientes tú con estas imágenes, pero a mí me pasa que ya dejo de sentir la compasión que sentía por las mujeres y ahora tengo una mezcla de sentimientos encontrados, donde se mezclan el miedo con el desprecio y la rabia. ¿Por qué

ocurre esto? ¿Acaso estos hombres no pueden recibir misericordia? Necesitan conocer la Verdad que los haga libres de esa esclavitud. Entonces, hay en nuestro interior una actitud que tenemos que cambiar. No debemos confundir el espíritu del anticristo con los hombres y mujeres presos de ese espíritu esclavizante. ¡Que Dios nos ayude a tener una actitud correcta hacia la sociedad y sus individuos!

En el ministerio

Por lo cual, siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar a mayor número (1 Co 9.19).

Muy claramente, Dios nos guiaba en nuestros primeros meses al llegar a nuestro nuevo campo de labor. Como novatos misioneros debíamos aprender casi absolutamente todo de nuevo. El Señor nos conducía a que adoptáramos una actitud de niños. Teníamos que aprender a hablar, a pensar y, como si fuera poco, también teníamos que aprender a hacer la obra de Dios de nuevo. Fueron muchas las cosas que nos enseñó nuestro Maestro con la guía del Espíritu Santo relativos a esta área. Pensábamos que llegábamos bastante bien preparados, pues habíamos leídos muchos libros, realizados muchos cursos y capacitación variada, teníamos bastante experiencia en el discipulado, plantación de iglesias en las casas y demás. Pero Dios nos marcaba a fuego en nuestros corazones, que debíamos aprender a hacer la obra de nuevo, ahora en un contexto diferente. ¿Pero qué haríamos con toda esa experiencia y con todas esas estrategias que habíamos utilizado con tan buenos resultados en nuestro país de origen? El Señor nos pedía muy gentilmente que archiváramos por un buen tiempo nuestro librito de *Los 10 mejores pasos para realizar la obra de Dios* que traíamos de nuestro país y debía-

mos aprender a hacer la obra de nuevo, a la par de los nacionales.

El tema, básicamente, era que tendríamos que cambiar nuestra actitud, no pretender ser maestros sabelotodo. No debemos llegar a nuestro lugar de ministerio como aquellos que ya lo tienen todo superado, que vienen con un plan de trabajo desde sus países y no tienen la suficiente flexibilidad para cambiarlo, al menos hasta que comprueben que no es el apropiado para ese nuevo contexto, luego de haber cometido diversas equivocaciones y de haber vivido cantidad de frustraciones. No son pocos los que llegan con sus planes, ignorando el trabajo que el Espíritu Santo ya está haciendo en el lugar a través de otros obreros que llevan años de esfuerzo, o ignorando a los líderes nacionales que Dios estableció, como si ellos tuvieran mayor unción o autoridad que los «pobres» nacionales. Permitamos que el Señor nos guíe y nos enseñe a realizar su obra.

Siervos de la iglesia nacional

Desarrollando un poco más este último tema, tenemos que saber que entre otros pasajes, por Efesios 4.11 sabemos que los pastores y otros ministerios son constituidos por el mismo Altísimo. Y más aun, «no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas» (Ro 13.1). Esto significa, que en Su reino es Él mismo, quien levanta a sus líderes, no son los hombres nombrados por otros, ni tampoco se auto imponen. Lo que significa que si cuando llegamos a cierto lugar hay líderes locales, no tenemos absolutamente ninguna autoridad para ignorarlos y pretender hacer la obra aparte de ellos sin siquiera consultarles ni considerarlos. Sobre todas las cosas, necesitamos llegar con una actitud apropiada de siervos hacia los líderes nativos establecidos por Dios. Tenemos que ser siervos de la iglesia nacional y nunca debemos pretender llegar

como los que sí sabemos hacer la obra y con una actitud de querer dirigir la obra y las vidas de los nacionales. Si en lo profundo de mi corazón reconozco un llamado apostólico de parte de Dios nunca puedo llegar a este nuevo lugar pretendiendo imponer mi ministerio. Por el contrario, si reconozco un llamado de estas magnitudes debo ejercer en primer lugar una gran medida de humildad, y sujetándome a los ministerios locales, sabiendo que la autoridad espiritual no se impone sino se reconoce por sus frutos. Por lo cual no me molestará sujetarme a ellos y con el tiempo ganar la confianza y reconocimiento espiritual de parte de ellos.

Aun así, nunca deberemos tener la actitud pretenciosa de creernos dueños de la obra de Dios. Esto es algo que también el Señor nos habló a pocos meses de llegar a nuestro nuevo país de servicio. Con mucha claridad el Espíritu Santo nos advertía que debíamos hacer la obra de tal manera que la obra no dependiera de nosotros. Lo cual cambió totalmente nuestra forma de trabajar. A veces, hemos arriesgado un poco considerando hermanos nacionales para el ministerio cuando tal vez no estaban tan preparados para asumirlo. Siempre, y sobre todas las cosas, nos hemos regido con este principio con el que Dios nos ha instruido desde que comenzamos.

Formando equipo con los nacionales

Un punto fuerte de nuestro ministerio que lo consideramos fundamental para la plantación de iglesias, es el trabajo en unidad con creyentes nacionales. Hacemos equipo con obreros locales. Reconocemos la iglesia nacional existente en el país, nos sujetamos a su liderazgo, con actitud de servirlos y no de pretender enseñarles a hacer la obra. Como humildes siervos y no como grandes maestros, nos

sujetamos a ellos y aprendemos con ellos a hacer la obra de Dios en unidad y amor.

Esta ha sido nuestra experiencia y hemos visto resultados favorables: a los dos años de estar en el país, el Señor nos unió a un precioso y aprobado obrero nacional. Como resultado de esto, en pocos meses estábamos comenzando la primera congregación en nuestra ciudad. Dos años y medio después nos mudamos a otra ciudad donde no había iglesia. Con nosotros trajimos de la primera ciudad, a un joven creyente que también es parte de nuestro proyecto laboral. Con él hemos estado haciendo un discipulado para formarle como obrero. Poco a poco, le hemos ido entregando y animándolo cada vez a más responsabilidad en el ministerio. Luego de un año y medio en la nueva ciudad estábamos comenzando un nuevo grupo, una vez más, empleando la estrategia que el Maestro nos dio, haciendo equipo con obreros nacionales.

Una actitud de fe

Consideramos de suma importancia tener una visión clara del llamado y los propósitos de Dios para nuestras vidas. No llegamos a una ciudad especulando sobre qué pasará, ni pensando que tal vez, quizás, logremos que alguno se convierta, sino que con convicción y fe nos proyectamos y trabajamos hasta alcanzar aquello para lo que el Señor nos escogió: extender su reino hasta lo último de la tierra, manifestado a través de movimientos de plantación de iglesias.

En cuanto a nuestra actitud hacia la realización de la obra de Dios quisiera compartir algunos pensamientos del libro *Dentro del islam*, de Reza F. Safa, un ex musulmán chií de Oriente Medio:

Si lo que nosotros predicamos es la única verdad, entonces debe-

mos ser muy osados y seguros en cuanto a ella, porque si no, la gente no va a escuchar ni creer lo que le decimos. Un mensaje con concesiones es un mensaje reducido y carente de poder [...]. He oído hablar de gente que manifiesta tanto celo en sus esfuerzos por alcanzar a los musulmanes, que se ha vuelto antibíblica. Algunos han ido tan lejos, que su testimonio y su mensaje ya no tienen nada de buena noticia [...]. Yo soy sensible ante estas cosas, y les aconsejo a los demás que también lo sean. No obstante, ser sensibles a la cultura de la gente no significa que tengamos que encoger el evangelio tanto que les sea más fácil tragarlo [...]. Es triste que la iglesia predique más la incredulidad y las maneras del hombre que la fe en Dios y sus caminos.¹

Aprovechando que hemos citado a nuestro hermano de trasfondo musulmán, quisiera expresar que seremos más sabios y más efectivos en nuestro ministerio si hacemos más caso a la opinión de nuestros amigos locales a la hora de conocer o aprender acerca de sus costumbres, cultura y tradiciones locales, que a libros u opiniones de los occidentales. De la misma manera, en cuanto a la obra de Dios o las formas de la iglesia.

Un estilo de vida

Mas el justo por la fe vivirá (Ro 1.17).

Sin fe es imposible agradar Dios (He 11.6).

Estos pasajes nos enseñan que la vida por fe no es meramente una elección de algunos pocos, pensado solo para pastores y misioneros. La vida de fe no es exclusiva para aquellos que tienen el don de fe. Ni tampoco para algunos hermanos que parecen como súper espirituales. La carta a los Hebreos nos dice, sencillamente, que «sin fe es imposible agradar a Dios». Y la carta a los Romanos declara que «el justo por la fe vivirá». Por lo tanto, imperiosamente de-

¹ «Sin concesiones», del libro *Dentro del islam*, de Reza F. Safa, Casa Creación, págs. 84-90).

bemos desarrollarnos en la fe y vivir por ella para agradar a nuestro Dios.

Fe es una actitud. Fe es un estilo de vida. Fe es escuchar a Dios y confiar en sus palabras. Podemos afirmar que la fe se ve, se ve en nuestras acciones. Por lo cual nos atrevemos a expresar el siguiente enunciado: déjame ver cómo vives y te diré lo que crees.

Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra (He 11.13).

Qué es la fe

Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve (He 11.1).

Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios (Ro 10.17).

Entonces, ciertamente fe es certeza, es convicción, es seguridad. Es esperanza contra esperanza. Es plena confianza. Es tener visión de lo por venir. Y todo esto a pesar de las circunstancias que nos rodean, a pesar de lo que podamos ver con nuestros ojos naturales. Debemos destacar que la fe no viene por ver (si lo viéramos ya no sería fe). La fe viene por oír. Pero no oír cualquier cosa sino la Palabra de Dios. Significa que aunque no veamos nada, pero sí oímos a Dios, eso creemos y eso vivimos.

Fe no es pensar en positivo. La fe no tiene nada que ver con lo positivo y lo negativo. Fe es tener la plena convicción, la absoluta certeza que lo que Dios dice es y será. Fe no es una simple idea o pensamiento. Fe es escuchar a Dios, creer esa palabra y vivir por esa palabra. Nadie que verdaderamente viva por fe puede tener una fe oculta. Si tú eres un justo que vive por la fe, déjame decirte que no podrás ocultarlo por más que lo intentes. Déjame verte por un momento qué haces, cómo reaccionas, qué hablas cuando

estás distendido, y sabremos si eres un hombre o una mujer de fe. Las Escrituras expresan también que: «De la abundancia del corazón habla la boca» (Mt 12.34). Por lo tanto, esto también nos revela qué hay en nuestros corazones. ¿Sobre qué hablas durante todo el día? Eso está llenando tu corazón.

Fe es una dependencia total en Dios que se vuelve sobrenatural en su obrar. Las personas de fe desarrollan como un tipo especial de visión. Ven más allá de las circunstancias, ven al Dios todopoderoso y amoroso a su lado. Saben que está presente en cada circunstancia.

El justo por la fe vivirá

Con esperanza debe arar el que ara, y el que trilla, con esperanza de recibir del fruto (1 Co 9.10).

La fe es de Dios. Viene de Dios. Pero depende de nosotros. No pocas veces he escuchado expresiones tales como: «Bueno, haremos todo lo que esté a nuestro alcance, nos esforzaremos, aun sabiendo que tal vez nosotros no alcancemos a ver los frutos, tal vez otros que vengan después de nosotros los verán». El razonamiento es válido. Y es probable que finalmente eso ocurra. Pero permíteme expresar que quien no espera recibir nada, eso es lo que recibirá: nada. Con esperanza debe arar el que ara, y el que trilla, con esperanza de recibir del fruto. Trabajo para ver y disfrutar los frutos del trabajo. Me esfuerzo para ver la gloria de Dios. Trabajo para establecer y extender el reino, y eso es lo que espero ver. El Señor dice: «¿No te he dicho que si crees, veras la gloria de Dios?» (Jn 11.40). Creemos, ¡por lo cual veremos!

El temor nos transporta del ámbito de lo sobrenatural y nos lleva a lo natural; pero la fe nos saca de lo natural para llevarnos a lo sobrenatural. Nuestra manera de tomar deci-

siones en la vida dice mucho acerca del tipo de fe que tenemos.

Veamos algunos ejemplos de la enseñanza de nuestro Señor:

Entonces Jesús dijo al centurión: Ve, y como creíste, te sea hecho. Y su criado fue sanado en aquella misma hora (Mt 8.13).

El Señor mismo declara: «Como creíste te sea hecho». Él tiene todo poder y nos lanza la responsabilidad a nosotros. La pelota está de nuestro lado, ahora nos toca a nosotros golpear.

Entró Jesús otra vez en Capernaum después de algunos días; y se oyó que estaba en casa. E inmediatamente se juntaron muchos, de manera que ya no cabían ni aun a la puerta; y les predicaba la palabra. Entonces vinieron a él unos trayendo un paralítico, que era cargado por cuatro. Y como no podían acercarse a él a causa de la multitud, descubrieron el techo de donde estaba, y haciendo una abertura, bajaron el lecho en que yacía el paralítico. Al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Hijo, tus pecados te son perdonados (Mc 2.1-5).

Algunas veces, como en este ejemplo, la fe usa de un poco de terquedad (y mucho de locura), en el sentido de que aunque las puertas parezcan cerradas, aunque parezca difícil y aun casi imposible alcanzarlo, movidos por la fe, empujamos y avanzamos, y si hace falta hacer alguna abertura o descubrir el techo, se hace.

Saliendo Jesús de allí, se fue a la región de Tiro y de Sidón. Y he aquí una mujer cananea que había salido de aquella región clamaba, diciéndole: ¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí! Mi hija es gravemente atormentada por un demonio. Pero Jesús no le respondió palabra. Entonces acercándose sus discípulos, le rogaron, diciendo: Despídela, pues da voces tras nosotros. El respondiendo, dijo: No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Entonces ella vino y se postró ante él, diciendo: ¡Señor, socórreme! Respondiendo él, dijo: No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos. Y ella dijo: Sí, Señor; pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos. En-

tonces respondiendo Jesús, dijo: Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres. Y su hija fue sanada desde aquella hora (Mt 15.21-28).

Más insistencia que en este ejemplo de la mujer cananea creo que no encontraremos, lo que manifiesta la grandeza de la fe de esta mujer, la que ni siquiera era judía. El Señor, finalmente, le dice: «Hágase como tú quieras». La fe es insistente.

Y se lo trajeron; y cuando el espíritu vio a Jesús, sacudió con violencia al muchacho, quien cayendo en tierra se revolcaba, echando espumarajos. Jesús preguntó al padre: ¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto? Y él dijo: Desde niño. Y muchas veces le echa en el fuego y en el agua, para matarle; pero si puedes hacer algo, ten misericordia de nosotros, y ayúdanos. Jesús le dijo: Si puedes creer, al que cree todo le es posible (Mt 9.20-23).

Otro ejemplo más:

Entonces vinieron a Jericó; y al salir de Jericó él y sus discípulos y una gran multitud, Bartimeo el ciego, hijo de Timeo, estaba sentado junto al camino mendigando. Y oyendo que era Jesús nazareno, comenzó a dar voces y a decir: ¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí! Y muchos le reprendían para que callase, pero él clamaba mucho más: ¡Hijo de David, ten misericordia de mí! Entonces Jesús, deteniéndose, mandó llamarle; y llamaron al ciego, diciéndole: Ten confianza; levántate, te llama. El entonces, arrojando su capa, se levantó y vino a Jesús. Respondiendo Jesús, le dijo: ¿Qué quieres que te haga? Y el ciego le dijo: Maestro, que recobre la vista. Y Jesús le dijo: Vete, tu fe te ha salvado. Y en seguida recobró la vista, y seguía a Jesús en el camino (Mc 10.46-52).

Este es otro buen ejemplo de cómo obra el Señor. Muchas veces Él espera que la iniciativa sea de nosotros. Por eso pregunta: «¿Qué quieres que te haga?». Como si Él no supiera lo que quería el ciego Bartimeo, al ver su insistencia en llamarlo dando voces en medio de la multitud, a tal punto que no pudieron hacerlo callar. Tenemos aquí otro ejemplo más de que la fe es insistente.

¡Vivimos lo que creemos!

Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma. Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras (Stg 2.17-18).

Como mencionamos anteriormente, la fe es un estilo de vida. Y eso se ve. Dios lo ve, pero también los hombres lo ven. Si los hombres no pueden ver tu fe, pues no es fe, es solo un pensamiento. Creo que a veces confundimos conocimiento con fe. Hay personas que saben que Dios es poderoso, pero no creen que ese poder opere en ellos, libertándolos de alguna situación difícil determinada. La fe también muchas veces implica riesgo.

Porque por fe andamos, no por vista (2 Co 5.7).

Cada vez que no andamos por fe, andamos por vista, ponemos la vista en las cosas de los hombres, en las cosas naturales, y cuando esto ocurre somos tropiezo para la obra de Dios. Y más aun, quedamos a expensas de las influencias del diablo.

Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: ¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres (Mt 16.23).

Esto es lo que verdaderamente importa. ¿Estamos poniendo la mira en las cosas de Dios? ¿O estamos actuando lógicamente y racionalmente? Nuestro buen Señor nos guarde y nos ayude para que no bajemos nuestra mirada de Él. ¿Hemos desarrollado el músculo de la fe por medio del conocimiento de nuestro Señor y su Palabra? ¿Tenemos convicciones claras? ¿Tenemos visión de Dios? ¿Tenemos su Palabra en nuestros corazones? ¿Tenemos una relación con Jesucristo tal que Él nos revela sus planes?

Entonces, la fe que el Señor espera de nosotros no es la de alguien que dice: «Ah sí, yo creo en Dios, que es amor, es poderoso, es grandioso y santo», pero después vive según

los deseos de su corazón. ¿Es eso fe? Déjame ver tu vida y te diré lo que crees. Si no hay coherencia entre lo que dices que crees y lo que vives, déjame decirte que aún no has creído. La fe verdadera transforma las vidas, sana, liberta, restaura, prospera, da crecimiento, edifica, lleva fruto, extiende el reino de Dios.

Cuando el Omnipotente habla, su Palabra produce fe, enciende una visión, trae revelación, nos marca una meta por alcanzar, da rumbo a nuestras vidas y ministerios. Recién entonces tenemos revelación de Dios.

Que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo (Ro 15.13).

Vivir por fe para la extensión del reino de los cielos en la tierra significa avanzar, dar pasos concretos cuando aún no vemos con nuestros ojos naturales lo que estamos visualizando con nuestros ojos espirituales. Porque: la fe es «la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve» (He 11.1). Si estamos creyendo que algo va a ocurrir, tenemos que dar pasos concretos hacia el cumplimiento de esa palabra. Si nos quedamos esperando de brazos cruzados a que el Espíritu Santo lo haga y, entonces, después nosotros nos sumamos a lo que Él hizo, eso tampoco es fe. Si estamos con una actitud de «Creo, pero tenemos que esperar a ver si esto es de Dios o no», esta frase nos revela que no hay fe sino duda. Y quien duda, no espere recibir nada. Santiago, hablando de la duda, lo expresa de esta manera: «No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor» (Stg 1.7). Si creemos, si tenemos fe, si vivimos por fe, debemos dar pasos concretos avanzando hacia la visión.

¿Que el islam es como un gigante? Puede ser. Pero la victoria será nuestra como iglesia de Jesucristo. Si no tenemos esta visión no conquistaremos nada.

De aquí a poco veremos a miles de musulmanes, hombres y mujeres, piadosos y sinceros, ser libres de las garras

del espíritu de temor, por haber conocido la Verdad. De aquí a poco miles de musulmanes serán libres y confesarán que Jesucristo es el Señor. Un gran avivamiento del Espíritu Santo se aproxima, para gloria de Dios en los cielos. ¡Amén!

2

Conocer a Dios

Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti (Jn 17.3).

SIGUIENDO LA TEMÁTICA de la actitud que debemos tener frente a ciertas cuestiones que encontraremos a la hora de embarcarnos en la noble tarea de extender el reino de Dios entre pueblos musulmanes, manifestado en la plantación de iglesias nativas, no deberíamos dejar de meditar, al menos brevemente, sobre una actitud apropiada con respecto al conocimiento de Dios. Aunque todos estaremos de acuerdo que el conocimiento de Dios es un tema básico y fundamental, no hablamos aquí acerca del conocimiento para la salvación, sino como dice el apóstol Pablo, a un conocimiento «más excelente». Es como que pudiéramos decir que hay distintos niveles de conocimiento de Dios.

Estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo [...] a fin de conocerle (Fil 3.8, 10).

Necesitamos conocer a Dios

Dios existe desde siempre y para siempre. Nunca cambia, no envejece. Su vida no crece ni mengua. No adquiere nuevos poderes no pierde los que tuvo. No aumenta ni se debilita. No puede experimentar cambios para mejorar ni para empeorar. Dios es inmutable y jamás dejará de ser lo que es ¡Con todo esto aún no le conocemos como deberíamos!

Veamos algunos pasajes que nos muestran la importancia del conocimiento de Dios:

Conozcamos al Señor; vayamos tras su conocimiento (Os 6.3, NVI).

Porque misericordia quiero, y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos (Os 6.6).

Alábase en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme (Jer 9.24).

Hasta alcanzar todas las riquezas de pleno entendimiento (Col 2.2-3).

En estos pasajes podemos ver de parte del Señor un sentido de importancia y urgencia por conocerle más y mejor. El profeta Oseas, entre otros mas, inspirado por el Espíritu Santo nos exhorta a ir tras el conocimiento del Señor, diciéndonos que esto es más importante que los holocaustos y los sacrificios.

Necesitamos tener un conocimiento del Altísimo no teórico sino práctico. Conocer al Amado y deleitarnos en Él. Tenemos que conocer más al Creador y Hacedor de todas las cosas para acercarnos más a Él. Permíteme decirte que se puede saber mucho acerca de Dios pero sin conocerle a Él de verdad. Debemos conocer a nuestro Padre Celestial para esforzarnos y actuar según sus propósitos.

Mas el pueblo que conoce a su Dios se esforzará y actuará (Dn 11.32).

Lo que quiero expresar es que sobre todas las cosas debe-

ríamos tener un conocimiento experimental ¿Qué es o qué significa tener un conocimiento experimental? Sencillamente, es conocer algo o a alguien por experiencia. Es vivir experiencias junto con esa persona. Para eso es necesario pasar tiempo con la persona que queremos conocer, compartir experiencias, ideas, pensamientos, deseos, planes, alegrías y tristezas. A decir verdad, esto es lo que Dios espera de nosotros, que le conozcamos y que vivamos cada momento con Él. Muchas veces tenemos el conocimiento teórico, pero nos falta el conocimiento práctico, vivencial.

Podemos ver en Job un ejemplo digno de destacar acerca del conocimiento experimental del Altísimo. Es el mismísimo Dios quien da testimonio acerca de Job diciendo:

¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal? (Job 1.1-8).

Job era en verdad un autentico hombre de Dios, y temeroso, a tal punto que hasta ofrecía holocaustos por si quizás sus hijos hubieran pecado. Pero aun así, él mismo, al final de sus muchas experiencias con el Todopoderoso, reconoce que no le conocía lo suficiente y declara:

De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven (Job 42.5).

De modo que ahora la pregunta es: ¿conoces al Señor sólo de oídas o por referencias? ¿Lo conoces por haber leído buenos libros acerca de Dios o por haber escuchado buenos sermones sobre Él? ¿O puedes afirmar que de verdad lo conoces en persona? ¿Estás con el Amado cada día? ¿Le hablas y le escuchas? ¿Puedes verlo? ¿Puedes tocarlo, palparlo; puedes, casi diría, abrazarlo y besarlo? Si no puedes vivir este tipo de relación con Dios, tu testimonio es aún incompleto. La pregunta adecuada es: ¿cuánto le conocemos? El Espíritu Santo nos exhorta a crecer en el conocimiento del Señor Jesucristo.

Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo (2 P 3.18).

Enamorados de Cristo

En los primeros tiempos, luego de haber llegado a nuestro campo de labor, comencé a buscar en oración cuál sería la estrategia más apropiada para evangelizar en este nuevo y diferente contexto que el Señor nos había traído. Fue así, de esta manera, que el Espíritu Santo comenzó a ministrarme diciéndome: «¡Enamórate más de mi!». Al principio pensé: «Sí, bueno, está bien, tengo que mejorar mi relación personal con Dios». Pero el Espíritu Santo estaba queriendo enseñarme algo más que mejorar mi tiempo devocional. Él me estaba diciendo que estaba anhelando tener una relación más íntima, personal y profunda conmigo, simplemente porque Él es Dios amoroso y nos anhela celosamente (Stg 4.5). Él estaba queriéndome decir que luego, como consecuencia, descubriría que esta es la mejor estrategia de evangelización. Es que cuando una persona está enamorada se le nota. Se refleja en su rostro, en sus ojos, en sus expresiones, y es como si no tuviera otro tema de conversación, sólo habla las maravillas de su Amado, lo precioso que Él es, ¡cuán bueno, delicado, amoroso, y dulce que es!

Yo soy de mi amado, y conmigo tiene su contentamiento. Ven, oh amado mío, salgamos al campo, moremos en las aldeas. Levantémonos de mañana a las viñas; veamos si brotan las vides, si están en cierne, si han florecido los granados; allí te daré mis amores (Cnt 7.10-12).

Que no se enfríe tu amor

En esos mismos días el Amado me convencía por medio de sus palabras. En Mateo 24 el Señor nos advierte de las se-

ñales antes del fin, habla de guerras, enfermedades, catástrofes naturales, dice que muchos falsos profetas se levantarán, etc. Y en este contexto, en los versículos 12 y 13 nos hace una gran advertencia:

Y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará. Mas el que persevere hasta el fin, este será salvo.

De esta manera, el Señor nos hace un llamado de atención, nos advierte que muy fácilmente podemos caer en la frialdad. No estamos exentos de esta trampa. Fundamentalmente, nuestra relación con Dios es una relación de amor y debe ser cuidada y alimentada cada día. Debemos cuidarnos de no caer en el costumbrismo y la rutina en nuestro tiempo diario con Él. No podemos descuidarnos. Debemos permanecer en el fervor de nuestra relación amorosa con nuestro Amado. ¡Dios es amor!

No dejes tu primer amor

También en esos días el Espíritu Santo me hacía una advertencia más fuerte aún. En el mensaje del Señor a la iglesia en Éfeso, revelado al apóstol Juan, vemos cómo a pesar de ser muy activos en la obra y por muy buenos obreros del Señor que seamos, podemos perder lo más importante que es el primer amor. La iglesia en Éfeso era digna de imitar. Una iglesia modelo. Solo basta con leer la carta del apóstol Pablo a ella para ver cuán rica era, espiritualmente hablando. ¡Cuánta gracia de Dios y cuánta revelación acerca de cosas eternas y profundas! Hay revelación de los misterios que estaban ocultos desde antes de la fundación del mundo. Recibe por revelación del Espíritu Santo las riquezas de los planes de Dios y su estrategia para alcanzarlos. Se puede ver en ella una iglesia madura, estable, rica, moviéndose en los dones. Juntamente con esta carta del Señor a ella, en la revelación del Apocalipsis, vemos que es una iglesia proba-

da y aprobada, incansablemente trabajadora, esforzada. Recta, santa, apartada del mal. Sufrida y paciente. Es la iglesia a la que personalmente quisiera pertenecer, es la iglesia en la que desearía ser un colaborador de Dios para su formación. Cuanta ilusión me hace poder escuchar este testimonio de parte del Señor hacia mi vida y hacia la iglesia en la que estoy trabajando:

Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos; y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado (Ap 2.2-3).

¡Qué bendición! ¡Cuán dulces suenan estas palabras a mis oídos! ¡Qué testimonio! Puedo imaginarme a Jesús a la diestra del Padre, regocijándose por su iglesia. Pensando: esta es mi iglesia amada, en la que tengo complacencia. Pero no termina aquí. Hay un «pero». El Señor se detiene aquí en su mensaje y expresa que no todo andaba bien. Hay algo muy importante, vital, fundamental que estaba faltando. Esta falta hace que todo lo demás sea sin valor delante de Dios. Es lo primero, lo más valioso, es la esencia de nuestra relación con Él, si esto no está, no hay nada. Por eso, el Señor se detiene y dice: «Todo esto está bien, es muy bonito, es necesario e importante, pero tengo contra ti...» —esta frase revela la gravedad del asunto—, «pero tengo contra ti...». No es algo de segundo grado de importancia.

Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor (Ap 2.4).

Todo lo demás que podamos hacer para el Señor queda sin valor si no permanecemos en el primer amor. Muchas cosas podemos hacer, estar involucrados en quien sabe cuántas actividades eclesiológicas y misioneras, pero si no permanecemos en el primer amor, todo lo demás es hojarasca y heno que serán quemadas. Entonces, sin dejar de involucrarnos en las actividades de la obra de Dios, debe-

mos cuidar, sobre todas las cosas, nuestra relación de amor con el Señor, y permanecer enamorados como el primer día.

Nuestra relación con Dios

El punto de reflexión es nuestra relación con Dios. Esto es lo que en gran manera nos diferencia de los musulmanes. No hablamos de si oramos o no, porque los musulmanes también oran. Hablamos de nuestra relación con Dios, oración, alabanza, adoración, contemplación, amor, pasión.

¿Estamos verdaderamente enamorados de Dios? ¿Es Jesús nuestro amado? ¿Es lo más importante de nuestra vida? ¿Lo amo más a Él que a mi cónyuge, que a mis hijos, que a mi propia vida? ¿Llena Él mi corazón? Nuestra relación con Dios debe ser una relación de amor. Esto no es una religión más, donde debemos participar de ciertos rezos, rituales, y con esto ya hemos cumplido.

El Señor Jesús tres veces le preguntó a Pedro: «Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?» y le respondió: «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo». ¿Acaso es que Jesús no sabía si Pedro lo amaba o no? ¿Será que Jesús estaba dudoso y temeroso de que Pedro no lo amara? Por supuesto que Jesús conocía el corazón de Pedro, que lo amaba fervientemente. Pero de esta manera nos incentiva y provoca a sostener una relación de amor con Él. Es interesante destacar que la primera vez la pregunta del Señor a Pedro fue: «¿Me amas más que estos?» (Jn 21.15). Dios es un Dios celoso, y su Espíritu nos anhela celosamente (Stg 4.5). Él no solo quiere que le amemos, ni siquiera que le amemos mucho, Él nos anhela y quiere que le amemos más que los demás. Por eso la pregunta: « ¿Me amas más que estos?».

Una manera de medir este amor es ¿de qué hablo duran-

te todo el día? «Porque de la abundancia del corazón habla la boca» (Mt 12.34). ¿Qué cosas llenan mi corazón?

Si no tenemos esta relación con Dios, sinceramente no tenemos mucho para ofrecerle a la gente que busca un cambio para sus vidas. Cuando alguien está enamorado no pierde oportunidad de hablar de su amado.

Yo os conjuro, oh doncellas de Jerusalén, si halláis a mi amado, que le hagáis saber que estoy enferma de amor (Cnt 5.8).

Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el principal mandamiento (Mc 12.30).

¡La mejor estrategia de evangelismo es permanecer enamorados del Señor Jesucristo!

Conozcamos el poder de Dios

No me avergüenzo del evangelio porque es poder de Dios (Ro 1.16).

Entonces respondiendo Jesús, les dijo: Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios (Mt 22.29).

En este último pasaje vemos la insistencia del Señor para que le conozcamos más y más en todos los aspectos. Aquí nos exhorta a que no erremos ignorando las Escrituras y el poder de Dios. Y ambas cosas deben ir juntas en nuestra experiencia con Dios. La Escritura sola no alcanza; y el poder solo no es suficiente. Ambas deben ir juntas. De esta misma manera el Señor nos desafía y anima a conocer de manera experimental su poder.

Que sepáis cual es [...] la supereminente grandeza de su poder (Ef 1.19).

Luego, llegamos a la tan preciosa y reveladora oración del apóstol Pablo, donde la petición principal es que nos sea dado espíritu de sabiduría y revelación, para que comprendamos tres cosas fundamentales para nuestras vidas en el

reino de Dios, entre ellas, cuál es la supereminente grandeza de su poder. Ese mismo poder que actuó en Jesús, levantándolo de entre los muertos, es el que actúa también en nosotros hoy.

Cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y como este anduvo haciendo bienes, y sanando a todos los oprimidos del diablo, porque Dios estaba con él (Hch 10.38).

Vemos cómo este poder, que actuó en Jesús, por la unción del Espíritu Santo, es el que obró para hacer el bien y para sanar a todos los oprimidos del diablo. Y que es el mismo que actuó en Esteban para obrar grandes prodigios y milagros.

Esteban, lleno de gracia y de poder, hacía grandes prodigios y señales entre el pueblo (Hch 6.8).

Por lo cual debemos mencionar, una vez más, que ese mismo poder actúa en cada uno de nosotros si se lo permitimos. En esto, nuestro rol es ser canales para que el poder del Espíritu Santo fluya y opere según sus fuerzas y sus propósitos. El apóstol Pablo, una vez más, nos desafía proclamando que el reino de Dios no son meras palabrerías sino poder de Dios. Por lo tanto, nos deja ver que por los frutos podemos conocer quién es del reino y quién no. No lo son aquellos que hablan bonito y tienen buena verbosidad. Por más apariencia de ser muy conocedores de las Escrituras que puedan parecer, si no hay manifestaciones de poder y de vida del Espíritu, nada es.

Pero iré pronto a vosotros, si el Señor quiere, y conoceré, no las palabras, sino el poder de los que andan envanecidos. Porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder (1 Co 4.19-20)

Porque no osaría hablar sino de lo que Cristo ha hecho por medio de mí para la obediencia de los gentiles, con la palabra y con las obras, con potencia de señales y prodigios, en el poder del Espíritu de Dios; de manera que desde Jerusalén, y por los alrededores hasta Ilírico, todo lo he llenado del evangelio de Cristo (Ro 15.18-19).

Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios (1 Co 2.1-5).

De esta forma, como lo hizo Pablo, nuestra predicación y nuestro ministerio no deben estar fundados en nuestra humana sabiduría, ni en nuestro mucho conocimiento, ni en nuestras muchas experiencias pasadas, sino en demostraciones del Espíritu Santo y poder, para que la fe de los nuevos convertidos no esté fundada en nuestra sabiduría humana sino en el poder de Dios.

No nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder (2 Ti 1.7).

De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo (Mt 18.18).

¿Dónde está el Dios de Elías?

Elías conocía a Dios, experimentaba su poder de distintas maneras. Pero cuando llega Eliseo, comienza a seguirlo y puede ver algunos de los milagros que este realizaba por el poder del Altísimo. De esta manera cuando Elías es arrebatado por el Señor, Eliseo se encuentra solo, sin su maestro, ya no está aquel que realizaba milagros por el poder de Dios. Eliseo conocía algo sobre ese poder, pero por vista, no por su propia experiencia. Es así que se encuentra solo ante el río Jordán, toma el manto de Elías, símbolo de la unción del Todopoderoso. Era el manto de Elías, la unción de Elías, pero que en la hora de su llamado, Eliseo también lo recibe. Entonces:

Tomando el manto de Elías que se le había caído, golpeó las aguas, y dijo: ¿Dónde está el Dios de Elías? (2 R 2.14).

Muchas veces, nosotros también llegamos con un conocimiento de Dios y su poder de haberlo visto actuar en otros, o simplemente de haber leído, pero sin haberlo experimentado de manera personal en nuestras vidas. Es por eso que en ocasiones parece que actuáramos de la misma manera que lo hizo Eliseo. Vemos al apóstol Pedro en las Escrituras cómo hacía milagros y cómo de repente, ante una mínima presentación del evangelio tres mil personas se convierten. Lo vemos a Juan y a Pablo, y la pregunta es si el Dios de Elías es diferente al mío, o el de Pedro al mío, o el de Juan o el de tantos otros. Tenemos que hacerlo nuestro Señor de manera experimental. Tiene que llegar a ser ya no meramente el Dios de Elías sino el de Gabriel. de Mustafá, de Hasan, de...

Entonces, ¿dónde está mi Dios?, ¿dónde el de Mustafá?, ¿dónde el tuyo?

El ilimitado poder de Dios

Cierta vez, en nuestro tiempo de oración con mi amigo exmusulmán del norte de África, estábamos fervientemente buscando el rostro de nuestro amado Señor, hasta que en determinado momento comenzó a hablarnos, diciéndonos con mucha claridad: «¡El poder de Dios no tiene límites, pero el poder de Dios tiene límites!». A continuación trataré de expresar lo que el Espíritu Santo fue enseñándonos durante varios días a partir de ese momento.

Absolutamente nada ni nadie puede limitar el tremendo poder de Aquel que está sentado en el trono, ni siquiera el diablo pudo limitarlo o detenerlo, aunque lo intentó. Es tremendo cuando podemos verlo o escuchar acerca de los testimonios de su asombroso poder. Si lo buscamos en las Escrituras tenemos tantos testimonios del ilimitado poder

del Altísimo. Por ejemplo, cómo abrió el Mar Rojo en dos, y el pueblo cruzó en seco. O cómo de repente ante una sola palabra, Jesús calma la tempestad. O cómo con tan solo dos peces y cinco panes alimenta a más de cinco mil personas. El Señor, nuestro Dios, es tremendamente poderoso y no hay absolutamente nada ni nadie que lo pueda detener o limitar. Únicamente nosotros, sus hijos, podemos limitar Su indescriptible poder. Y muchas veces lo hacemos al no tener un conocimiento experimental del Todopoderoso. Lo limitamos por nuestra propia ignorancia. También limitamos ese poder por falta de fe, lo que significa que no hemos recibido una palabra de Dios. Necesitamos conocer a nuestro Señor, no solo de oídas, sino por una experiencia personal y profunda.

Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos (He 13.8).

¡Jesucristo no cambia! ¡Su poder no cambia! El mismo poder de Dios que operó en Pedro y en Pablo opera en nosotros hoy. El mismo poder que levantó a Jesucristo de entre los muertos, opera en nosotros hoy (Ef 1.19-20). ¡Para la extensión del reino de Dios! ¡Para gloria de su Nombre!

En el poder del Espíritu

No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu (Ef 5.18).

La obra del Señor no se realiza simplemente por reglas u organigramas. Dios no nos enseña lecciones para que nos independicemos de Él. Todo avance de la iglesia depende estrechamente de la dirección dinámica y carismática del Espíritu Santo. No hay estrategia que valga aparte de la dirección, el poder, la gracia y la sabiduría del Espíritu de verdad. La mejor de las estrategias se echará a perder si no está en Sus manos. Para comenzar, conocemos al Espíritu

de verdad porque mora con nosotros, y está en nosotros (Jn 14.17). El Señor también nos anima y exhorta a que andemos en el Espíritu, y que seamos guiados por Él:

Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne [...]. Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu. (Gl 5.16, 25).

A través del Espíritu Santo, Dios nos da a conocer a Jesucristo y nos persuade de pecado, de justicia y de juicio; Él imparte nueva vida a aquellos que ponen su fe en Jesucristo. Él mora permanentemente en todos los creyentes; y desde el mismo momento en que ocurre el nacimiento espiritual los bautiza para hacerlos miembros del cuerpo de Cristo, y los sella como garantía de su salvación eterna. El Espíritu Santo da el poder para el crecimiento en santidad. También, según la soberana voluntad de Dios, el Espíritu Santo reparte a cada creyente diferentes dones espirituales para la edificación mutua de la iglesia, y para el servicio cristiano en general.

Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos (Hch 1.8).

El poder del Espíritu Santo es poder transformador para proclamar. Nuestro testimonio no es meramente de palabras sino vivencial. Somos cartas escritas, como dice el apóstol Pablo: «Sois carta de Cristo expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo» (2 Co 3.3). Por esto, estamos expuestos al mundo:

Y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostraciones del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios (1 Co 2.4-5).

Es poder para ser transformados a la misma imagen de Jesucristo.:

Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor (2 Co 3.18).

3 Visión

Escribe la visión, y declárala en tablas, para que corra el que leyere en ella (Hab 2.2).

SI HAY ALGÚN TEMA que lo considero de suma importancia para mi vida y ministerio, este es el tema que desarrollaremos en este capítulo: la visión. Por esto mismo veremos aquí por qué y cuán importante es tener visión de Dios a la hora de realizar su obra. Podríamos comenzar con una pregunta que seguramente será muy fácil para todos de responder. La gran pregunta, entonces: ¿qué es visión? La visión es un sentido que consiste en la habilidad de detectar la luz y de interpretarla. En el ámbito natural tener visión, sencillamente, es poder ver e interpretar lo que vemos.

Entonces, tener visión de Dios es la capacidad de poder interpretar lo que Él ve. O dicho de manera aun más sencilla: es ver lo que Dios ve. Como la fe viene por oír la Palabra del Señor, la visión también viene por revelación. Como no podemos inventar ni hacer fuerza para tener fe, tampoco

podemos inventar la visión. La visión de Dios llega a nuestros corazones por medio del Espíritu Santo y Él puede hacerlo de distintas maneras, utilizando distintos medios, conforme a su soberanía.

Algunas veces la visión llega con muchos detalles, pero otras veces tan solo viene una palabra y Dios espera que seamos obedientes a ella. Y a medida que vamos avanzando y dando pasos de fe en obediencia, el Señor va añadiendo hasta completar la visión.

La importancia de la visión

Donde no hay visión, el pueblo se extravía (Pr 29.18, NVI).

Como antes mencioné, en mi vida y ministerio la visión es el motor que me mueve. Es el generador primario que hará producir los resultados. Es el ingrediente y la herramienta indispensable para hacer la obra de Dios. Es lo que me provee objetivos en mi vida personal y en el desarrollo ministerial. En la visión, Él nos provee las metas que debemos alcanzar, y en la mayoría de los casos también nos provee la estrategia para alcanzar esas metas. Provee los planos para la edificación, de la misma manera que el arquitecto antes de construir un edificio dibuja los planos, establece las medidas y los materiales apropiados. El arquitecto desarrolla un proyecto primeramente en los planos, haciendo todos los cálculos previamente. Así, el Creador Supremo no hizo ni hace nada al azar, Él tiene un proyecto desde antes de la creación de todas las cosas, tiene un propósito. Eso significa que tiene una fotografía del producto terminado. Tiene un plano, podríamos decir que tiene una maqueta hecha a escala de lo que va a edificar. Seríamos muy necios si pensáramos que Dios empezó a crear el universo sin un plan previo con los detalles de cómo lo iba a hacer. Seríamos igualmente necios si pensáramos que Cristo nos envió a

hacer discípulos a todas las naciones y no tuviera una imagen del producto terminado ni un plan de cómo lo conseguirá. ¿Quién podría alcanzar semejante empresa sin un plan determinado?

Permíteme expresar con mucha liberalidad que si no podemos verlo por la fe antes de verlo con nuestros ojos naturales, posiblemente jamás lo veamos. Un hombre sin visión es como un barco sin timón que muy fácilmente va a la deriva.

Los planos de Dios

Como siervos de Jesucristo debemos conocer el plan de Dios, y saber con claridad qué vamos a edificar. Hagamos un repaso a algunas de las grandes construcciones que realizó el Señor a través de sus siervos en las Escrituras y veremos que fue Él mismo quien les reveló los planos de cómo deberían ser edificadas, incluso hasta revelaba el tipo de materiales que deberían ser usados.

En Génesis 6.14-16 leemos el relato de cómo el Supremo Creador le da a Noé los planos para la construcción del arca. Dios tenía un plan. Los hombres estaban en una anarquía, cada uno hacia lo que bien le parecía. La corrupción era extrema. Entonces el Omnisciente supo que no había esperanza para la raza humana a menos que comenzara de nuevo con el único hombre que halló temeroso de Dios; aun así iba a darles una oportunidad más a la humanidad. Esta oportunidad estaría limitada al tiempo que durara la construcción del arca: el arca de salvación que el Señor por medio de revelación había encomendado a Noé para que la construyera. Para esto también el Espíritu Santo le reveló los planos. Es interesante ver como también le revela todos los materiales a usar, cada medida, y sus formas.

También le fue mostrado a Moisés los planos para construir el tabernáculo. Eran tiempos en que el pueblo de

Israel vagaba por el desierto, entonces Dios ordena a Moisés que tomara del pueblo ofrendas materiales para edificar un santuario, que sería el tabernáculo. Podemos ver en Éxodo 25.1-8 cómo el Señor, detalladamente, pide los distintos tipos de materiales que deberán ofrendar para la construcción del mismo. En todo el capítulo 26 de Éxodo se relata de manera minuciosa cómo deberían construir el tabernáculo, con todas sus medidas exactas, sus materiales, sus coberturas. Las cortinas, los aros para colgar las cortinas, con sus colores determinados.

Cada vez que leo estos pasajes de las Escrituras quedo asombrado de cuánta delicadeza tiene Dios para hacer las cosas, cuánta minuciosidad, cuán detallista es y cuánta perfección en la obra de sus manos. Si no, echemos rápidamente un vistazo a su creación, los montes y los mares, cascadas y ríos, la vegetación con todos sus colores. Sin ninguna duda, el Creador Supremo es el mejor artista del universo. En sus detalles pone los colores y sus formas de manera que nos asombra ¡No hay otro como Él!

Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Un día emite palabra a otro día, y una noche a otra noche declara sabiduría (Sal 19.1-2).

¡Oh, cuán asombrado y perplejo estoy en su presencia al meditar en estas cosas! ¡Qué feliz que soy de haberle conocido! ¡De sentarme junto a mi Amado y poder manifestarle mi devoción por Él y su maravillosa creación! Todo lo hizo perfecto, no se le escapa absolutamente ningún detalle. ¡Oh, Santo!

Sigamos en este viaje de arte expositivo y creativo. Veamos cómo también Dios revela los planos para la construcción del arca del testimonio, el propiciatorio y los querubines en Éxodo 25.10-22; la mesa para el pan de la proposición en los vv. 23-30; el candelero de oro (vv. 31-39), hasta menciona cómo se hará el trabajo. El altar de

bronce y todos sus utensilios (27.1-8); el atrio del tabernáculo (27.9-19); el aceite para las lámparas (27.20-21). Y ni hablar de las vestiduras de los sacerdotes relatado a lo largo de todo el capítulo 28. Permíteme expresar mi asombro, porque hasta las formas y el material de los calzoncillos se mencionan (vv. 42).

Luego llegó la hora para la construcción del templo de Salomón. Esto a mis ojos es más impresionante todavía. Todo el relato de su construcción lo encontramos en 1 Reyes 6. Siete años llevó esta edificación (v. 38). La construcción de todo el mobiliario del templo también está relatada en 1 Reyes 7.23-51. Como ya sabemos, es Salomón quien edifica el templo, pero había sido David su padre quien deseaba hacer esta construcción, sólo que no le fue permitido por Dios, aunque fue Él mismo quien le revela todos estos planos para la construcción. Así vemos en 1 Crónicas 28.11 que David le entrega los planos a su hijo. Pero ¿cómo había conseguido David esos planos? ¿Quién se los dibujó? Veamos lo que sigue:

Todas estas cosas, dijo David, me fueron trazadas por la mano de Jehová, que me hizo entender todas las obras del diseño (1 Cr 28.19).

El Señor Dios Creador le hizo entender el diseño. Le reveló los planos. Y más aun, David le hizo saber a Salomón que nunca se desanimara, más bien que se esforzara porque durante toda la construcción, y hasta que acabara toda la obra, Dios estaría con él.

Dijo además David a Salomón su hijo: Anímate y esfuérzate, y manos a la obra; no temas, ni desmayes, porque Jehová Dios, mi Dios, estará contigo; él no te dejará, ni te desampará, hasta que acabes toda la obra para el servicio de la casa de Jehová (1 Cr 28.20).

Como si todo esto fuera poco, Salomón no edificó el templo donde le pareció bien sino exactamente en el lugar donde le había sido mostrado por Dios a David (2 Cr 3.1). A la hora

de extender su reino debemos conocer el plan completo de Dios para saber qué debemos edificar en nuestras vidas y en los que están con nosotros.

Los planes de Dios

Si Dios cuida tan bien el detalle de las construcciones del arca, del tabernáculo y del templo, con todos sus utensilios, que es sombra de lo por venir y de lo espiritual y eterno, ¡cuánto más cuidará la edificación de su iglesia y la extensión de su reino hasta la última de la tierra! Esto es lo eterno, lo que verdaderamente importa. Dios tiene propósitos desde antes de la creación de todas las cosas. Y lo tiene todo perfectamente planificado en todos sus detalles.

La vida cristiana es un Camino (Jn 14.6; Hch 9.2; 18.26; 19.23; 22.4; 24.22), muy bien trazado y con un rumbo fijo. No es para ir a cualquier parte o donde a uno se le antoja. Es un camino muy específico que nos conduce hacia una meta concreta. Si no conocemos con claridad cuál es la meta hacia donde nos dirigimos corremos el riesgo de comenzar a dar vueltas en círculos sin llegar a ninguna parte, como el pueblo de Israel que estuvo cuarenta años dando vueltas en el desierto. Definitivamente, necesitamos revelación de Dios para conocer sus propósitos, sus planes, cómo lo realizará, cuál es su proyecto, y cómo quiere utilizarnos a cada uno de nosotros.

Cuál es la visión de Dios

Tú eres Dios que ve; porque dijo: ¿No he visto también aquí al que me ve? (Gn 16.13).

Dios, antes de la creación del universo tenía un propósito eterno, una clara y definida visión de lo que quería construir para la eternidad (Ef 1.4-14). Él lo planeó perfectamente antes de la creación de todas las cosas y permanece

incorruptible a través de los tiempos. Por eso lo llamamos eterno, porque es desde antes de las cosas y será por la eternidad.

Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos (Ro 8.29).

Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad (Ef 1.4-5).

Parafraseando estos dos pasajes bien importantes de las Escrituras, podemos decir que la visión general, o el proyecto eterno de Dios, es tener una gran familia de muchos hijos conformados a la misma imagen de Jesucristo. Esto lo vemos también en la creación, cuando Dios crea al hombre y lo bendice diciendo: «Fructificad, multiplicaos, llenad la tierra» (Gn 1.26-28). Asombrosamente, esta misma bendición se repite en la segunda oportunidad, luego de que Dios se propuso comenzar de nuevo con la humanidad, después del diluvio por medio de Noé y su casa (Gn 9.1). Lo que nos revela la intención de Dios de que la tierra sea llena de hombres y mujeres transformados a su imagen y semejanza, a semejanza de Jesucristo, santos y sin mancha delante de Dios. También manifiesta que:

La tierra será llena del conocimiento de la gloria de Dios como las aguas cubren el mar (Hab 2.14).

De todas estas enseñanzas podemos destacar también que Dios no se conforma con un pequeño pueblo muy feliz, como cantábamos antiguamente, sino que la expresa voluntad de Dios es tener muchos hijos, un gran pueblo que llene la tierra. Por lo que, tampoco nosotros nos conformamos con dos o tres convertidos reuniéndose en cada ciudad. Sino que esperamos ser instrumentos en sus manos

para que su propósito sea cumplido: una gran familia de muchos hijos iguales a Jesús, llenando toda la tierra.

En resumen, el propósito final de Dios no es ser Creador ni tampoco Salvador sino ser Padre de una gran familia. Su voluntad es que seamos perfectos como Él es perfecto y que tengamos un tipo de relación íntima, personal y profunda como de padre e hijos. Estos son los designios de su voluntad, el puro afecto de su voluntad, los deseos de su corazón. Y no se conforma con unos pocos, sino quiere muchos: «Habiendo de llevar muchos hijos a la gloria» (He 2.10); «Toda la tierra llena» (Gn 1.28; Hab 2.14).

Dios nos creó y nos salvó para cumplir su propósito en nosotros y a través nuestro:

- ▶ *Dios*: Padre de muchos hijos.
- ▶ *Jesucristo*: el primogénito entre muchos hermanos.
- ▶ *Nosotros*: hijos de Dios, hermanos de Cristo, conformados a su imagen y semejanza.

La meta de cada discípulo es ser conformado a la imagen de Cristo, pero la meta de Dios el Padre es «tener muchos hijos semejantes a su Hijo primogénito». Entonces, nosotros como Jesús, debemos dedicarnos a los «negocios de nuestro Padre», es decir, concretar los planes de Dios. Debemos conocer muy bien el proyecto eterno de Dios y hacerlo la meta de nuestras vidas.

El plan de salvación, definitivamente, no es la meta de Dios, sino el medio ofrecido para restaurar al hombre, para que éste cumpla Su plan supremo. La voluntad de Dios es que todos los hombres sean salvos, que ninguno se pierda.

No queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento (2 P 3.9).

El cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad (1 Ti 2.4).

Teniendo nosotros este conocimiento de los propósitos de Dios, que su voluntad es que ninguno se pierda, que todos los hombres sean salvos, y que toda la tierra sea llena de hombres y mujeres a la imagen de Jesucristo, estas cosas ahora han de ser la meta en nuestras vidas. Debemos vivir para esto y trabajar esforzadamente para ello. Esta es la visión de Dios y ahora también nuestra visión.

Los cuatro objetivos de Dios

Haciendo una breve reseña en base a lo que hemos visto anteriormente, podemos afirmar que dentro de este plan de manera general, Dios tiene cuatro objetivos:

- ▶ Que todas las personas del mundo sean discípulos de Jesús (Mt 28.18-20; Mc 16.15; 1 Ti 2.4; Gn 1.26-28).
- ▶ Que cada discípulo sea formado a la imagen de Jesús (Ro 8.29; Ef 1.3-5; Gn 1.26).
- ▶ Que todos los discípulos formen una familia, una verdadera hermandad (Jn 17.11, 21-23; Hch 2.41-47; 4.32-37).
- ▶ Que la comunidad de discípulos sea factor de cambio en la sociedad (Mt 5.13-16; Mt 13:33).

Jesús, Pablo y otros

Por supuesto que Jesús vino a la tierra con una misión bien específica, y tenía una clara visión de lo que venía a edificar. Esta verdad podemos encontrarla en el siguiente versículo:

Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios (He 12.2).

Por causa de que el Señor sabía cuáles eran los propósitos del Padre y siendo Él el Hacedor de todas las cosas, el que

venía a cumplir todos esos planes, sabiendo además cuál sería el final de toda esta historia, sufrió la cruz y todas las adversidades, teniéndolos en menos, enfrentando todo esto con gran gozo. Jesús, el Hijo del Hombre, tenía una clara visión. Y sabía muy bien qué sería aquello que iba a edificar.

Yo edificaré mi iglesia y las puertas del hades no prevalecerán contra ella (Mt 16.18).

De la misma manera, también el apóstol Pablo tenía una meta muy clara y se esforzaba por alcanzarla, lo que vemos reflejado en el siguiente pasaje de las Escrituras:

No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús (Fil 3.12-14).

El apóstol sacaba a relucir todos sus diplomas y logros personales, su estirpe y su formación académica, y tantas otras cosas en las cuales podría vanagloriarse humanamente, pero todo esto lo tenía por basura con tal de alcanzar aquello para lo cual fue asido por Cristo Jesús. Con tal de alcanzar la meta de su vida, el supremo llamamiento de Dios, la cual era ver cumplidos los propósitos eternos de Dios, según la visión que había recibido por el Espíritu Santo. Como consecuencia de esto, podemos ver de qué manera él hacia la obra: enfocado, con concentración, con intensidad, con continuidad:

De manera que desde Jerusalén, y por los alrededores hasta Ilírico, todo lo he llenado del evangelio de Cristo. Y de esta manera me esforcé a predicar el evangelio, no donde Cristo ya hubiese sido nombrado, para no edificar sobre fundamento ajeno (Ro 15.19-20).

Tenemos en las Escrituras muchos ejemplos de otros hom-

bres de Dios que también tenían visión. Como ejemplo podemos mencionar, entre otros, a Noé, quien tuvo visión del Soberano y por eso construyó el arca, siendo que nunca antes había llovido sobre la tierra. Salomón, con visión del Altísimo, construyó el templo. Abraham tuvo visión del Señor, por lo cual, salió de su tierra sin saber a dónde iba. Moisés tuvo visión de Dios y regresó a Egipto para liberar al pueblo que estaba en esclavitud, y se mantuvo enfocado a pesar de las adversidades.

Lo que produce la visión

Cuando el Espíritu Santo, por revelación, pone en nuestros corazones su visión, definitivamente no podremos permanecer iguales. Una persona de visión se la conoce por sus actos, produce, lleva fruto para gloria del Padre. Entre otras cosas podemos decir que tener la visión de lo que se quiere alcanzar es lo que nos fija el rumbo, lo que nos sostiene ante las adversidades, lo que nos impulsa y nos da nuevas fuerzas para avanzar. La visión rige nuestra manera de vivir. Provoca una actitud de vida. También produce en nuestras vidas transformación, pasión, compromiso, y sacrificio.

Una clara visión de los propósitos de Dios, y en los que Él quiere utilizarnos de manera personal, produce en nosotros una transformación de vida. Ya no podemos seguir siendo los mismos cuando conocemos el final de lo que el Altísimo va a realizar.

Esa visión es como un fuego en nuestros corazones que nos mueve y nos impulsa, es una pasión que nos empuja hacia adelante, hacia la meta del cumplimiento de lo que el Espíritu Santo nos ha revelado. Por supuesto que esa visión produce un gran compromiso de vida, una vez que tenemos certeza de los proyectos de nuestro Padre Soberano

somos movidos a comprometernos de cuerpo y alma con esa causa. De la misma manera, esto provoca un sentido de sacrificio hacia la obra, y de entrega total por ver la visión cumplida en y a través de nuestras vidas.

Cuando tenemos una clara visión del Señor no habrá nada que nos haga desistir de alcanzarla. Ningún viento nos moverá. Nada podrá detenernos.

Visualizar la visión

Muchas veces el Señor utiliza formas de hacernos visualizar con cosas que comprendemos y que podemos ver, oler o palpar con nuestros sentidos naturales para que nuestra fe sea inteligente y podamos así alcanzar una dimensión más fácil para nuestro intelecto. Él sabe que somos finitos y muchas veces cortos de entendimiento.

Por ejemplo, Dios lleva a Abraham a visualizar la promesa. Si no lo hubiera hecho así, posiblemente no hubiera entendido lo que el Espíritu Santo haría por medio de él. Por eso le dice:

Alza ahora tus ojos, y mira desde el lugar donde estas hacia el norte y el sur, y al oriente y al occidente. Porque toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia para siempre. Y haré tu descendencia como el polvo de la tierra; que si alguno puede contar el polvo de la tierra, también tu descendencia será contada (Gn 13.14-16).

¿Habrá alguna manera más ilustrativa de hacernos comprender cuán grande será la descendencia de Abraham? Verdaderamente, es asombroso. Una vez más, como si esto no fuera suficiente, físicamente Dios saca a Abraham:

Y lo llevó afuera, y le dijo: Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar. Y le dijo: Así será tu descendencia (Gn 15.5).

Levanta, ensancha, extiende, alarga, refuerza

Regocíjate, oh estéril, la que no daba a luz; levanta canción y da voces de júbilo, la que nunca estuvo de parto; porque más son los hijos de la desamparada que los de la casada, ha dicho Jehová. Ensancha el sitio de tu tienda, y las cortinas de tus habitaciones sean extendidas; no seas escasa; alarga tus cuerdas, y refuerza tus estacas. Porque te extenderás a la mano derecha y a la mano izquierda; y tu descendencia heredará naciones, y habitará las ciudades assoladas (Is 54.1-3).

Aun cuando hasta ahora pareciera que has sido estéril, que no has llevado demasiado fruto, ¡regocíjate! Comienza a alabar a Dios. Levántate en fe y da voces de júbilo. Es un mandato a la mujer estéril: que se prepare para la ampliación de la familia. Es un llamamiento a enfrentarse a la infertilidad, apelando a Dios, exaltándolo. Gózate, comienza a alabar con alegría, prepara tu corazón. Ensancha tu sitio, ensancha tu visión. Más allá de tus propias fronteras. Fronteras territoriales y fronteras intelectuales. ¿Qué ves? ¿Puedes ver a Jesucristo sentado en su trono en medio de la ciudad donde estas? ¿Puedes ver lo que Jesucristo quiere realizar allí? Extiende la visión en otros. Proclama a otros la visión. Siembra en otros la visión. Multiplícate.

- ▶ *No seas escasa.* No limites el obrar de Dios. Él sabe hacer mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos (Ef 3.20).
- ▶ *Alarga tus cuerdas.* Extiende tu ministerio, tu cobertura espiritual, tu campo de labor. Alarga tu alcance ministerial.
- ▶ *Refuerza tus estacas.* Refuerza tu compromiso con Dios, con la iglesia, con los líderes, con los obreros en el campo. Establece relaciones sólidas que te permitan extenderte.

«Porque te extenderás a la mano derecha y a la mano izquierda». «Alza ahora tus ojos y mira» (Gn 13.14-17).

Extiéndete, avanza y toma posesión. Hereda ciudades y naciones. Habita y renueva las ciudades asoladas por el enemigo. ¿Estás creyendo tú a Dios?

Escribe la visión

Y Jehová me respondió, y dijo: Escribe la visión, y declárala en tablas, para que corra el que leyere en ella. Aunque la visión tardará aún por un tiempo, mas se apresura hacia el fin, y no mentirá; aunque tardare, espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará (Hab 2.2-3).

La visión que debía escribir el profeta Habacuc es la que sigue a continuación:

Porque la tierra será llena del conocimiento de la gloria de Jehová, como las aguas cubren el mar (Hab 2.14).

Nosotros, como el siervo del Señor, haremos bien en buscar a Dios en oración para recibir de su propia mano una revelación clara de sus propósitos para nuestras vidas en particular, para nuestras familias y para nuestro equipo ministerial. Al buscar de esta manera, una buena práctica será escribir lo que el Espíritu Santo nos vaya ministrando. Esto nos será de mucha ayuda a lo largo del camino, vez tras vez podremos volver y recordar en detalle aquellas palabras que recibimos de parte de Dios. Así podremos tener como equipo una declaración de propósito, donde manifiesta lo que vamos a edificar. Hacia donde nos dirigimos. Cuál es nuestra pasión. Cómo podremos alcanzar esas metas. Cuál es la estrategia propuesta. Cuáles son algunos de los versículos bíblicos favoritos que nos ayudarán a expresar estas cosas.

Mirad entre las naciones, y ved, y asombraos; porque haré una obra en vuestros días, que aun cuando se os contare, no la creeréis (Hab 1.5).

4 Oración

Orad sin cesar (1 Ts 5.17).

JUNTO CON UNA VISIÓN clara de parte de Dios, lo primero que necesitamos es un buen espíritu de oración e intercesión. Esto será clave a la hora de comenzar nuestro ministerio.

Nuestro Padre Celestial es tremendamente poderoso para hacer todas las cosas que le vinieren en ganas, totalmente solo sin apoyarse en nada ni valerse de ningún tipo de ayuda. De esta forma, en el principio creó todas las cosas. Aun así, en este tiempo ha querido sujetarse, de alguna manera, a sus criaturas, especialmente a su iglesia, a quien le ha delegado su autoridad sobre la tierra. Por eso debemos hacer de la oración un ministerio que no habremos de descuidar.

La oración ministerial es un trabajo de cooperación con el Espíritu Santo. Básicamente, la obra es de Dios y para Él. Comienza en los cielos, se ejecuta en la tierra, y termina nuevamente en Él. Podríamos decir que el proceso de su

obra a través de la oración es de la siguiente manera: el Rey Soberano en su magnificencia tiene un plan, aquello que se propuso hacer desde antes de la fundación del mundo. A través de la oración nos revela su voluntad, para que oremos de acuerdo a ella. Entonces oramos para que Él cumpla su voluntad. Y como respuesta, Dios cumple sus propósitos.

Por qué debemos orar

Porque somos incapaces de realizar la obra de Dios, que es sobrenatural y eterna. Porque Dios es el único capaz, «es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos» (Ef 3.20).

Porque Dios lo hará si se lo pedimos, conforme a su Palabra: «si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos» (Mt 18.18-19).

Debemos orar para salvación de los perdidos, y para que tengamos gracia y sabiduría a la hora de presentar el evangelio, según vemos en los siguientes pasajes bíblicos:

Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación (Ro 10.1).

Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres; por los reyes y por todos los que están en eminencia [...] Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad (1 Ti 2.1-4).

Debemos orar por unción, denuedo y autoridad espiritual, para presentar el evangelio del reino de los cielos.

Y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio (Ef 6.19).

Y concede a tus siervos que con todo denuedo hablen tu palabra, mientras extiendes tu mano para que se hagan sanidades y señales

y prodigios mediante el nombre de tu santo Hijo Jesús (Hch 4.29-30).

Debemos orar para que Dios traiga un avivamiento entre pueblos musulmanes. Que Dios avive su obra de la misma manera como oró el profeta Habacuc:

Oh Jehová, aviva tu obra en medio de los tiempos, en medio de los tiempos hazla conocer (Hab 3.2).

El primer gran avivamiento de la historia de la iglesia se encuentra detallado en el libro de los Hechos. Y su fundamento lo vemos en Hechos 1.14, donde menciona que los discípulos «perseveraban en oración y ruego». En 2.1 también refleja que los discípulos «estaban todos unánimes juntos». A partir de allí podemos ver varios registros donde la iglesia se reunía para tener fervientes tiempos de oración. De esta misma manera, cada uno de los avivamientos a lo largo de la historia han estado cargados por tiempos profundos y prolongados de oración. Necesitamos involucrarnos en este tipo de oración para que el Señor avive su obra en medio de los tiempos, entre pueblos musulmanes. ¡Dios nos dé esta gracia!

Cómo debemos orar

- ▶ *Con fe* («Pero pida con fe, no dudando nada», Stg 1.6-8; «Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan», He 11.1, 6).
- ▶ *Con perseverancia* («Orad sin cesar», 1 Ts 5.17; «orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos», Ef 6.18).
- ▶ *Con persistencia*, no desistir aunque la respuesta se demore («sin embargo, porque esta viuda me es mo-

lesta, le haré justicia, no sea que viniendo de continuo, me agote la paciencia», Lc 18.5; 11.5-8).

- ▶ *Con intensidad*, orar mucho, con carga, con deseo intenso, con ferviente intercesión («En aquellos días yo Daniel estuve afligido por espacio de tres semanas. No comí manjar delicado, ni entró en mi boca carne ni vino, ni me unguí con unguento, hasta que se cumplieron las tres semanas», Dn 10.2-3; Lc 11.9-10).
- ▶ *Con concentración*, enfocados en temas concretos, guiados por una clara visión del Señor («Te ruego, oh Jehová, esté ahora atento tu oído a la oración de tu siervo, y a la oración de tus siervos, quienes desean reverenciar tu nombre; concede ahora buen éxito a tu siervo, y dale gracia delante de aquel varón», Neh 1.11).
- ▶ *Orando y actuando*, como anunciaba san Agustín de Hipona: «Oramos por milagros y trabajamos por resultados».

La oración intercesora

A través de los tiempos Dios ha buscado intercesores a favor de su obra. Hombres y mujeres que se paren delante de Él, con visión, autoridad y osadía, para abogar por el cumplimiento de sus propósitos.

Y busqué entre ellos hombre que hiciese vallado y que se pusiese en la brecha delante de mí, a favor de la tierra, para que yo no la destruyese; y no lo hallé (Ez 22.30).

Lamentablemente, no siempre los ha encontrado. Por eso, es el mismo Señor Misericordioso quien apela a la voluntad de su pueblo, para que se humillen y oren en santidad, en favor de toda la tierra para que sus planes sean completados.

Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra. Ahora estarán abiertos mis ojos, y atentos mis oídos, a la oración en este lugar (2 Cr 7.14-15).

Abraham intercede por Sodoma

La situación en Sodoma y Gomorra había llegado al extremo de la anarquía espiritual. Dios tenía planes para estas dos ciudades, su paciencia había alcanzado un límite y estaba a punto de ejercer su justicia sobre ellas, pero antes quiso revelarlo a su siervo. Por eso, preguntándose en determinado momento, dijo: «¿Encubriré yo a Abraham lo que voy a hacer?» (Gn 18.17). De esta manera el Eterno Soberano comparte sus planes con Abraham, quien se siente movido a misericordia y se para delante de Dios como un intercesor. Comienza a tratar de persuadirlo a través de la oración, buscando su clemencia.

Y se acercó Abraham y dijo: ¿Destruirás también al justo con el impío? Quizá haya cincuenta justos dentro de la ciudad: ¿destruirás también y no perdonarás al lugar por amor a los cincuenta justos que estén dentro de él? (Gn 18.23-24).

Y así siguió de esta manera, intercediendo cada vez más y más, hasta llegar a abogar por solo diez justos, los cuales no fueron encontrados. Definitivamente, vemos en este episodio que es el Señor quien busca intercesores.

Moisés intercede por el pueblo

Una vez más Dios, cansado de los pecados de su pueblo, que se apartaba vez tras vez de sus rectos caminos y quejándose de cada situación que no le era agradable, olvidándose de tantas bendiciones recibidas, habla con Moisés y le revela sus planes diciéndole: «Déjame que se encienda mi ira en ellos, y los consuma» (Éx 32.9-10).

El siervo del Señor, habiendo escuchado el sentir del corazón del Eterno soberano, se planta delante de Él, abogando con largas oraciones y usando distintas maneras para convencerlo:

Entonces Moisés oró en presencia de Jehová su Dios, y dijo: Oh Jehová, ¿por qué se encenderá tu furor contra tu pueblo, que tu sacaste de la tierra de Egipto con gran poder y con mano fuerte? (Éx 32.11-14).

Le enumera su obrar en otros tiempos cuando los había bendecido, le hace pensar en su propio testimonio delante de las demás naciones. Le recuerda sus promesas y juramentos hechos a los antepasados Abraham, Isaac y Jacob. Hasta que finalmente logra su objetivo intercesor. Lamentablemente, Israel se había hecho un becerro de oro para rendirle adoración en lugar de adorar a su Creador y Libertador. Entonces, Moisés una vez más carga sobre sus hombros la responsabilidad intercediendo por todo el pueblo.:

Y aconteció que al día siguiente dijo Moisés al pueblo: Vosotros habéis cometido un gran pecado, pero yo subiré ahora a Jehová; quizá le aplacaré acerca de vuestro pecado. Entonces volvió Moisés a Jehová, y dijo: Te ruego, pues este pueblo ha cometido un gran pecado, porque se hicieron dioses de oro, que perdones ahora su pecado, y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito (Éx 32.30-32).

Otros intercesores

A lo largo de las Escrituras podemos encontrar más ejemplos de hombres de Dios que se han puesto en la brecha como intercesores, de los cuales citaremos algunos.

David intercede por su pueblo y pide al Señor que sea él mismo quien pague por los pecados y que no cargue al pueblo con la culpa («Y dijo David a Dios: ¿No soy yo el que hizo contar el pueblo? Yo mismo soy el que pequé, y cierta-

mente he hecho mal; pero estas ovejas, ¿qué han hecho? Jehová Dios mío, sea ahora tu mano contra mi, y contra la casa de mi padre, y no venga la peste sobre tu pueblo» 1 Cr 21.17).

Ezequías intercede por la multitud del pueblo que había hecho lo incorrecto delante de Dios («Y oyó Jehová a Ezequías, y sanó al pueblo», 2 Cr 30.18-20).

Nehemías ha sido quizás el modelo de intercesor por excelencia en la historia del pueblo de Israel. Lo vemos en primera instancia en el primer capítulo cuando se entera de la situación en que se encontraba Jerusalén.

Cuando oí estas palabras me senté y lloré, e hice duelo por algunos días, y ayuné y oré delante del Dios de los cielos. Y dije: Te ruego oh Jehová, Dios de los cielos, fuerte, grande y temible, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos; esté ahora atento tu oído y abiertos tus ojos para oír la oración de tu siervo, que hago ahora delante de ti día y noche, por los hijos de Israel tus siervos; y confieso los pecados de los hijos de Israel que hemos cometido contra ti; sí, yo y la casa de mi padre hemos pecado. En extremo nos hemos corrompido contra ti, y no hemos guardado los mandamientos, estatutos y preceptos que diste a Moisés tu siervo.

Acuérdate ahora de la palabra que diste a Moisés tu siervo, diciendo: Si vosotros pecareis, yo os dispersaré por los pueblos; pero si os volviereis a mí, y guardareis mis mandamientos, y los pusiereis por obra, aunque vuestra dispersión fuere hasta el extremo de los cielos, de allí os recogeré, y os traeré al lugar que escogí para hacer habitar allí mi nombre. Ellos, pues, son tus siervos y tu pueblo, los cuales redimiste con tu gran poder, y con tu mano poderosa. Te ruego, oh Jehová, esté ahora atento tu oído a la oración de tu siervo, y a la oración de tus siervos, quienes desean reverenciar tu nombre; concede ahora buen éxito a tu siervo, y dale gracia delante de aquel varón. Porque yo servía de copero al rey (Neh 1.4-11).

También los levitas confiesan los pecados e interceden por los líderes del pueblo (Neh 9.1-37).

Podemos mencionar a Jorge Whitefield como otro mo-

delo de intercesión, más de nuestra era, al declarar en oración: «Señor: idame almas o toma la mía!».

También el Altísimo nos anima y nos exhorta a interceder por cosas eternas y sus propósitos.

Así dice Jehová, el Santo de Israel, y su Formador: Preguntadme de las cosas por venir; mandadme acerca de mis hijos, y acerca de la obra de mis manos (Is 45.11).

Jesús nos instruye

Porque ¿cómo puede alguno entrar en la casa del hombre fuerte, y saquear sus bienes, si primero no le ata? Y entonces podrá saquear su casa (Mt 12.29).

Dios nos ha preparado para resistir al enemigo; nos ha dado su poder para atar y desatar los poderes del mal a través de la oración. Jesucristo nos ha capacitado como discípulos suyos y en base a su Palabra obramos en fe. Nos ha dado las llaves del reino para cerrar y abrir, para atar y desatar; una de las funciones de la iglesia del Señor que no debemos pasar por alto para tomar como posesión nuestra lo que Él ya nos dio.

Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos (Mt 16.18-19).

Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (Mt 18.19-20).

La oración de fe

¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios (Jn 11.40).

Pareciera una obviedad pero si hablamos sobre este tema no deberíamos dejar de resaltar que la oración debe ser de

fe. Ya que sin fe difícilmente recibiremos algo, pero cuántas veces inconscientemente lo hacemos de esta manera. Santiago repetidamente nos exhorta en este sentido, diciéndonos:

No tenéis lo que deseáis, porque no pedís. Pedís y no recibís, porque pedís mal (Stg 4.2).

Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor (Stg 1.6-7).

En nuestra experiencia ministerial este ha sido el tipo de intercesión que hemos realizado día a día y que, de verdad, hemos ido viendo los resultados de esta práctica. Con mi amigo, un creyente local con quien hemos estado trabajando intencionalmente para la plantación de iglesias, nos hemos estado juntando dos veces cada semana para orar. Nuestros encuentros no se enfocaban en nuestras necesidades personales sino en las necesidades del reino de los cielos. Manteníamos sustanciosos tiempos de intercesión en fe. Un tipo de oración para poseer la herencia adquirida como hijos y coherederos juntamente con Cristo, en el cual uno de los ingredientes más importantes es la bendición a todos los que deseábamos alcanzar con el evangelio. Reclamando la bendición del Altísimo para nuestras vidas, para el pueblo y para sus habitantes. Fervientes tiempos de oración intercesora, donde clamamos por las autoridades locales, policías, comisarios, y demás personas del gobierno.

Tomemos posesión de la herencia

Un tipo de oración bien importante es la oración que nos lleva a tomar posesión de la herencia que hemos recibido de parte de Dios por medio de Jesucristo. Es el apóstol Pa-

blo alguien que nos exhorta e intercede por nosotros para que despertemos a esta realidad espiritual.

En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad, a fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo (Ef 1.11-12).

No ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos (Ef 1.16-18).

Para esto, primeramente, debemos conocer lo que hemos recibido y luego debemos tomar posesión a través de la oración.

Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo sino el Espíritu que procede de Dios, para que entendamos lo que por su gracia él nos ha concedido (1 Co 2.12).

¿Sabes lo que Dios te ha concedido? ¿Vives de acuerdo a tu herencia? ¿Lo enseñas? ¿Lo proclamas? ¿Vives libre de temor? Muchas veces vivimos de migajas en lugar de comer de la mesa como hijos legítimos del Dios todopoderoso y Creador de todas las cosas y de quien hemos recibido herencia.

Somos herederos

Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados (Ro 8.17).

Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo (Gl 4.17).

Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa (Gl 3.29).

Somos herederos del Padre. Heredamos los pactos y las promesas. Y junto con esto, toda su bendición, en Cristo Jesús, Señor nuestro.

No devolviendo mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario, bendiciendo, sabiendo que fuisteis llamados para que heredaseis bendición (1 P 3.9).

La Palabra dice que Dios nos bendijo con toda bendición y que fuimos llamados a heredar bendición. Aunque vale la pena mencionar que el costo de esa herencia es la obediencia, según se registra en Deuteronomio 28.1-13.

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo (Ef 1.3).

De Jehová es la tierra y su plenitud; el mundo, y los que en él habitan (Sal 24.1).

Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra (Sal 2.8).

Del Señor es la tierra, y nos dice que si le pedimos nos dará naciones por herencia. Entonces, ¿por qué aun no hemos heredado alguna nación? ¿Será que no nos atrevemos a pedirlo? Es, sencillamente, una cuestión de actitud que se obtiene a través de la oración.

Les dio las tierras de las naciones, y las labores de los pueblos heredaron (Sal 105.44).

Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa (Éx 19.5-6).

Somos herederos de la promesa a Abraham

Haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a

los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra (Gn 12.1-3).

Debemos en primera instancia conocer qué cosas heredamos para luego reclamarlas y poseerlas. Aquí Dios le promete a Abraham, y a nosotros en consecuencia, que todas las familias de la tierra «serán benditas en ti». Esto es una bendición para nuestras vidas y un privilegio, pero a la vez es una responsabilidad muy grande. Pues, las familias de la tierra dependen de nuestra bendición.

También por Abraham, somos herederos de las siguientes promesas:

Y Jehová dijo a Abram, después que Lot se apartó de él: Alza ahora tus ojos, y mira desde el lugar donde estás hacia el norte y el sur, y al oriente y al occidente. Porque toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia para siempre. Y haré tu descendencia como el polvo de la tierra; que si alguno puede contar el polvo de la tierra, también tu descendencia será contada. Levántate, ve por la tierra a lo largo de ella y a su ancho; porque a ti la daré (Gn 13.14-17).

Y lo llevó fuera, y le dijo: Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar. Y le dijo: Así será tu descendencia (Gn 15.5).

Las promesas se heredan por fe y paciencia

Pero deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma solicitud hasta el fin, para plena certeza de la esperanza, a fin de que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas. Porque cuando Dios hizo la promesa a Abraham, no pudiendo jurar por otro mayor, juró por sí mismo, diciendo: De cierto te bendeciré con abundancia y te multiplicaré grandemente (He 6.11-14).

Como hijos tenemos muchas y grandes promesas que están listas para ser poseídas, solo requieren de nosotros la actitud apropiada para adquirirlas, esto es: fe y paciencia. Son promesas de bien para nosotros y para el cumplimiento de

los propósitos de Dios a través de nuestras vidas y ministerios.

Entonces, toma posesión de tu herencia. No vivas como pobre siendo rico. Las migajas son para los perrillos. Los hijos comen el pan de la mesa.

Reclamemos la bendición

Jacob luchó por la bendición (Gn 32.24-29):

Así se quedó Jacob solo; y luchó con él un varón hasta que rayaba el alba [...]. Y dijo: Déjame, porque raya el alba. Y Jacob le respondió: No te dejaré, si no me bendices.

Jabes la pidió de corazón (1 Cr 4.9-10):

E invocó Jabes al Dios de Israel, diciendo: ¡Oh, si me dieras bendición, y ensancharas mi territorio, y si tu mano estuviera conmigo, y me libraras de mal, para que no me dañe! Y le otorgó Dios lo que pidió.

Estos dos siervos buscaron la bendición y ambos la obtuvieron. Pero hay algo mejor para nosotros.

Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. Él dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no lo ejecutará? He aquí, he recibido orden de bendecir; Él dio bendición, y no podré revocarla (Nm 23.19-20).

El Señor tu Dios te ha entregado la tierra; sube y toma posesión de ella (Dt 1.21).

En tiempos bíblicos los patriarcas invocaban proféticamente la bendición divina y la transmitían a sus hijos (Gn 27.4 ss; 48.9 ss). Sin embargo, cuando el hombre bendecía a Dios, era una expresión de gratitud y adoración (Sal 67; 100; 103). Ahora, nosotros tenemos este poder de bendecir a las personas, familias y pueblos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

Algunas actividades prácticas

Estas son algunas de las actividades de oración e intercesión que hemos experimentado o desarrollado en tiempos de plantación de iglesias en el norte de África. Algunas las realizamos con el equipo ministerial foráneo, otras las hemos realizados esporádicamente en unidad incluyendo algunos creyentes locales, otras actividades las hemos realizado fervientemente previo al establecimiento de la iglesia, y otras con la nueva iglesia establecida:

- ▶ Cadenas de oración continua.
- ▶ Cadenas de oración y ayuno.
- ▶ Día de oración y ayuno mensual.
- ▶ Vigilias de oración.
- ▶ Caminatas de oración.
- ▶ Oración para tener encuentros divinos, con hombres de paz.

Poder conocer hombres o mujeres que pueden ser personas potenciales, claves para el comienzo de una iglesia o un movimiento de plantación de iglesias. Como los ejemplos del etíope funcionario de Candace reina de los etíopes (Hch 8.26-40), la mujer samaritana o Cornelio.

Entonces la mujer dejó su cántaro, y fue a la ciudad, y dijo a los hombres: Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será éste el Cristo? Entonces salieron de la ciudad, y vinieron a él (Jn 4.28-30).

Y Cornelio los estaba esperando, habiendo convocado a sus parientes y amigos más íntimos (Hch 10.24)

Junto a todo esto, hemos incluido oración intercesora. Oración para tomar posesión de la ciudad o pueblo como herencia. Oración bendiciendo el pueblo, no solo por la salvación eterna sino por todo tipo de bendición: trabajo, sa-

lud, liberación de la maldad. Oración por las autoridades, gobernantes, comisarios. Oración cortando maldiciones. Tomando autoridad y en fe.

Finalmente, el Señor espera de nosotros que llevemos juntamente con Él las cargas en oración, velando. No es tiempo para dormir ni para andar distraídos por la vida. Es tiempo de velar y orar.

¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora? (Mt 26.40).

Hagamos que el Señor no tenga que volver a repetir estas palabras. ¡Veamos y oremos!

5

Evangelización

Que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio (Ef 6.19).

EN PRIMER LUGAR, deberíamos aclarar lo que no es la evangelización. No es decir a la gente que yo soy cristiano. No es entregarle una literatura. No es decirle qué cosas hacemos o qué no hacemos los cristianos. No es decirles qué creemos acerca de los *yins* (espíritus), del divorcio, del ayuno o de la oración. Si bien podemos usar estas cosas para comenzar una conversación más profunda, si nos quedamos solamente con esto, tenemos que saber que aun no hemos evangelizado. Entonces la pregunta es: ¿qué es evangelismo? Pero para llegar a esta definición, veamos primeramente qué es el evangelio.

Qué es el evangelio

Es conocido por todos nosotros que «evangelio» significa: buenas nuevas. Buenas noticias de salvación. Evangelio no

es cambio de religión. No somos salvos por cambiarnos de religión. Por lo tanto, no debemos predicar para que las personas tengan un cambio de religión. Cambiar de religión no es ninguna buena noticia, necesariamente.

Evangelizar es darle a cada persona la oportunidad de reconocer a Jesucristo como el Señor de su vida o rechazarlo. Evangelizar es presentar a Cristo, su encarnación, su nacimiento virginal, sus enseñanzas y sus obras, cómo anduvo sanando, libertando, perdonando los pecados. Es presentar su muerte en la cruz por amor a la humanidad, pagando el precio de nuestros pecados, tomando nuestro lugar para redimirnos. Es su resurrección de entre los muertos. También su exaltación, y que está sentado a la diestra del Padre con poder y gloria.

También debemos destacar que el evangelio es poder de Dios (Ro 1.16). Que el evangelio es la palabra de Verdad (Ef 1.13). Por lo tanto, el evangelio es Cristo. La buena noticia es que el reino de los cielos ha venido a los hombres en la persona de Jesucristo. En resumen, evangelizar es presentar a la gente la persona y la obra de Cristo.

La siguiente pregunta que surge es ¿cómo o qué debemos predicar?

El evangelio del reino de Dios

Y será predicado este evangelio del reino (Mt 24.14).

La ley y los profetas eran hasta Juan; desde entonces el reino de Dios es anunciado (Lc 16.16).

En estos dos pasajes y en muchos otros más, la afirmación concreta es que debe ser predicado este evangelio del reino y no otro. Lo que significa que debemos prestar atención a no bajar los niveles a la hora de presentarlo. Hasta Juan el Bautista se predicaba la Ley y los Profetas, ahora se anuncia el reino de Dios. No se anuncia otra cosa. No se anuncia

lo que sea agradable a los oídos de los hombres. No anunciamos lo que los hombres deseen escuchar; si hiciéramos esto seríamos falsos profetas. Somos mensajeros de Dios, Él es la máxima autoridad, quien pone las reglas. Nosotros somos apenas simples mensajeros, portadores del mensaje. No debemos buscar la predicación bonita como para que nadie se ofenda. No somos bufones que entretienen a las personas, somos mensajeros del Altísimo. Es una gran responsabilidad, por lo tanto, no debemos ni podemos aguar el mensaje que se nos encomendó. No tenemos el derecho de diluir las demandas del reino de Dios, solo para atraer a más personas y que no se nos ofendan. Si así hiciéramos es porque no hemos entendido nada del reino de Dios. Ni hemos entendido nada acerca de la Gran Comisión. En la encomendación de Mateo 28.18-20, el Señor proclama:

Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles a que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.

«Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra». Jesús nos está anunciando que Él ahora asciende a los cielos, junto al Padre, y le ha sido dado todo poder. Él ahora es el supremo soberano. Es la máxima autoridad en los cielos y en la tierra. No hay otro sobre Él. Ordena y se ejecuta. Dice y se cumple. No hay quien se le oponga. Jesús ha recibido toda autoridad, todo señorío, todo dominio. Y nos dice: «por tanto», lo que significa que vamos encomendados por su autoridad y poder. Es decir, «por esta razón, vayan, los estoy enviando por esta causa». Porque me ha sido dada toda potestad.

Entonces, ¿quienes somos nosotros para disminuir el mensaje que nos fue encomendado? Ningún ángel del cielo

osaría jamás cambiar en lo más mínimo brevemente el mensaje que le fue entregado. Responsablemente lo llevaría tal cual le fue entregado y haría que llegue a su destino para que cumpla su objetivo. Debemos prestar mucha atención a lo que estamos predicando, pensando que es el evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Con humildad y sinceridad deberíamos revisar minuciosamente la forma que Jesús, y luego los apóstoles predicaban. En oración y una actitud apropiada. Cuál era el verdadero mensaje que llevaban y cómo era presentado. Y de esta manera adoptemos el verdadero mensaje en su total pureza, sin descafeinarlo. Para llevarlo «a todas las naciones». Sabiendo que de esta manera Jesús cumple su promesa y está con nosotros todos los días, «hasta el fin del mundo».

No predicamos una ideología política ni social ni un cambio de religión. «No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor» (2 Co 4.5).

El evangelio que predicaba Jesús

Arrepentíos porque el reino de Dios se ha acercado (Mc 1.14-15; Mt 4.17).

Jesús, con autoridad y poder del Espíritu Santo, presentaba las verdades del reino de Dios. Comenzó su ministerio diciendo: «Arrepentíos». Lo que significa: cambien de actitud, ya dejen la vida independiente, apartados de Dios; sométanse al gobierno del Altísimo. Ya no pueden seguir viviendo según sus pareceres, pensamientos o sentimientos. Sujétense al Señor, vivan bajo su reino. Vuélvanse a Dios con todo su ser: espíritu, alma y cuerpo. Por eso, luego el primero y más grande de los mandamientos en Marcos 12.30 dice:

Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el principal mandamiento.

El reino de Dios se ha acercado. Y llega en la persona de Jesucristo. Él es el Rey de reyes. Es el Rey en este reino. Cuando Jesucristo entraba a una ciudad, el reino de Dios llegaba a esa ciudad. Cuando iba al monte, el reino estaba en el monte. Por lo tanto, si ahora Jesucristo habita en ti y es el Señor de tu vida, el reino de Dios está en ti. Lo que significa que ahora, donde tú vayas, el reino de Dios va contigo. Veamos algunos pasajes más sobre lo que predicaba Jesucristo en ciudades, aldeas y por todo lugar donde se movía, manifestando cuál era el propósito para lo cual había venido a la tierra:

Recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino (Mt 4.23; Mc 1.14-15).

Recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino (Mt 9.35; Lc 8.1).

Es necesario que también a otras ciudades anuncie el evangelio del reino de Dios; porque para esto he sido enviado (Lc 4.42-43).

Jesús comisiona a sus discípulos a predicar el evangelio del reino

Habiendo reunido a sus doce discípulos, les dio poder y autoridad sobre todos los demonios, y para sanar enfermedades. Y los envió a predicar el reino de Dios, y a sanar a los enfermos (Lc 9.1-2).

Después de estas cosas, designó el Señor también a otros setenta, a quienes envió de dos en dos delante de él a toda ciudad y lugar adonde él había de ir [...] En cualquier ciudad donde entréis, y os reciban, comed lo que os pongan delante; y sanad a los enfermos que en ella haya, y decidles: Se ha acercado a vosotros el reino de Dios (Lc 10.1, 8-9).

Apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios (Hch 1.3).

Es interesante ver cómo primero Jesús comisiona a los

Doce que Él había escogido para ser los apóstoles principales de la iglesia; pero luego de la misma manera, lo hace con otros sesenta discípulos para que vayan de dos en dos; y finalmente, ya resucitado se apareció a la totalidad de los discípulos (más de quinientos, según 1 Corintios 15.6), a predicar el mismo evangelio del reino de Dios. A ninguno, jamás le dio otro mensaje diferente para predicar. Siempre la comisión fue la misma: el evangelio del reino de Dios. Estas son las buenas noticias, el reino de Dios se ha acercado. Jesucristo vino para instaurar el reino de Dios en la tierra. Todavía hay esperanza. Ya no tenemos que acudir a la religión con esforzados e inútiles rituales que ni satisfacen al Dios verdadero ni llenan el vacío del hombre ni dan seguridad y esperanza de tan siquiera alguna posibilidad de salvación. Por el contrario, el reino de Dios se ha acercado a nosotros. ¡Aleluya! Jesucristo nos trae salvación, seguridad, esperanza. ¡Gloria a Dios! Pero para ser beneficiarios de esta gracia debemos sujetarnos al reino de Dios, reconociendo a Jesucristo como el Señor soberano sobre nuestras vidas.

Los discípulos lo predicán

Felipe en Samaria (Hch 8.12): «Pero cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres». Felipe anunciaba el evangelio del reino, y cuando las personas creían se bautizaban. Esto trajo un avivamiento en Samaria. Muchos comenzaron a creer como fruto de la predicación del evangelio del reino, que iba acompañado de señales y maravillas producidas por la unción y el poder del Espíritu Santo.

El mismo apóstol Pablo lo predica: en la ciudad de Éfeso (Hch 19.8; 20.25); luego, mientras estaba preso en Roma (28.23, 30-31):

Les declaraba y les testificaba el reino de Dios desde la mañana hasta la tarde, persuadiéndolos acerca de Jesús [...]. Y Pablo permaneció dos años enteros en una casa alquilada, y recibía a todos los que a él venían, predicando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo abiertamente y sin impedimento.

Haríamos bien en observar detenidamente las formas en que, como en estos casos, el apóstol Pablo presentaba el evangelio. Primeramente, destacar que siempre es el evangelio del reino y no otro tipo de evangelio. Y luego, ver de qué manera hacía las presentaciones. Dice: «declaraba», «testificaba» y «persuadiéndoles», y lo hacía desde la mañana hasta la tarde. «Les predicaba el reino de Dios y enseñaba acerca del Señor Jesucristo, abiertamente y sin impedimento». El mensaje era frontal. Se entregaba tal cual había sido recibido, sin modificaciones.

Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo (Ro 10.8-9).

Porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder (1 Co 4.20).

Qué es el evangelio del reino

El reino de Dios no es un lugar ni un territorio. No es el cielo. No es la iglesia. No es alguna cosa, un objeto, un estado, un lugar geográfico. El reino de los cielos es el gobierno de Dios. El reino significa que Dios reina, que Él gobierna de verdad. ¡Jesucristo es el Señor! La predicación del evangelio del reino de Dios contiene:

- ▶ La salvación por fe, reconociendo a Jesucristo como el Señor de su vida (Ro 10.9; Hch 2.22-36).
- ▶ El arrepentimiento (Hch 2.38; Mc 1.14-15).
- ▶ El bautismo para perdón de los pecados (Hch 2.38; 22.16).

- ▶ El bautismo del Espíritu Santo (Hch 2.38; 8.15-16; 19.2-6).
- ▶ La consagración o llamado a la obra de Dios.

En la predicación del evangelio del reino de Dios no presentamos solamente sus beneficios (salva, sana, liberta, perdona, da paz, etc.), presentamos también las demandas, el precio de lo que cuesta seguir a Cristo (Lc 14.25-27; Mc 8.34-35). El compromiso de servirle, no solamente obedecerle en cuestiones morales, sino también obedecerle sus mandamientos de servicio ministerial, desde el primer día.

El evangelio es una semilla que debe contener en sí todos los ingredientes vivos y activos del discípulo que vamos a obtener. El evangelio es la semilla que contiene los genes de lo que será (Col 2.6). Por esto es de suma importancia cómo presentamos el evangelio, qué tipo de mensaje anunciamos.

Cuando Jesús predicó el evangelio tuvo especial cuidado de presentar todo el mensaje, con las advertencias y las condiciones. No había ningún engaño en su forma de predicar, ni jamás confundió a nadie. Él realmente predicó el evangelio del reino, apuntando a reclutar hombres comprometidos que después entrarían en sus labores. Su evangelio constituía el gobierno de Dios sobre la vida de los hombres. Los que le recibían quedaban bajo la voluntad de Dios para servir a los propósitos del reino. Esto se ve en su declaración: «No me elegisteis vosotros a mi sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca» (Jn 15.16).

No deberíamos dejar de destacar que el reino de Dios se manifestaba con demostraciones de poder, señales y prodigios:

Y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de

humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder (1 Co 2.4).

Testificando Dios juntamente con ellos, con señales y prodigios y diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad (He 2.4).

Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que le seguían (Mc 16.20).

Y cuando la gente lo supo, le siguió; y él les recibió, y les hablaba del reino de Dios, y sanaba a los que necesitaban ser curados (Lc 9.11)

Pero si yo por el Espíritu de Dios echó fuera demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios (Mt 12.28).

Testigos fieles

Recibiréis poder y me seréis testigos (Hch 1.8).

El Señor nos llama, fundamentalmente, a ser testigos suyos. El testigo, para poder testificar, tiene que haber visto o escuchado algo para luego poder testificar. Nadie puede ser un testigo fiel si su testimonio no es verdadero. Nadie puede dar un verdadero testimonio si primero no ha visto, escuchado, o participado de manera directa o indirecta de los hechos que se testifican.

Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida [...] eso os anunciamos (1 Jn 1.1-3).

Este es el proceso que debe pasar el testigo. Primero ver, contemplar, palpar; luego testificar y anunciar. Como testigos no podemos anunciar otra cosa que no hayamos visto u oído.

Otra cosa interesante es que ese testimonio ahora nos

inquieta, no nos deja estar pasivos, pues es algo de suma importancia para el hombre y la sociedad toda. Por lo cual:

No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído (Hch 4.20).

De cierto, de cierto te digo, que lo que sabemos hablamos, y lo que hemos visto, testificamos; y no recibís nuestro testimonio (Jn 3.11).

También a Pablo, en su conversión, el Señor le manda a decir por medio de Ananías:

Porque serás testigo suyo a todos los hombres, de lo que has visto y oído (Hch 22.15).

Nuestro testimonio, sobre todas las cosas, debe ser un testimonio de vida, experimental; nunca debemos llevar un testimonio aprendido de memoria o sacado de algún libro. Tiene que ser un testimonio vivencial, que manifieste nuestra relación personal y estrecha con Dios. Poder decir como aquel ciego de nacimiento: «Una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo» (Jn 9.25).

Ser un testigo fiel es poder llevar a nuestro amigo musulmán que quiere discutir sobre religión y creencias, a tener un encuentro personal y profundo con Aquél que nosotros conocemos en intimidad. Es compartir con él ese testimonio de vida, contarle que, por ejemplo, esta mañana estuve en intimidad con el Dios santo y sublime, que le pude hablar con respeto y amor, y que también Él me contestó, y entonces poder compartir esas palabras maravillosas llenas de paz que he recibido de parte de Él esta mañana.

Que vayáis y llevéis fruto

De la parábola de la vid verdadera (Jn 15.1-17) sacamos hermosas enseñanzas que nos deja nuestro buen Maestro acerca de sus propósitos para nuestras vidas. Nos ayudan a descubrir cuáles son algunas de esas «buenas obras, las

cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas» (Ef 2.10). Nos identifica quién es quién, para luego ubicarnos en nuestras funciones.

Mi Padre es el labrador [...]. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos (vv. 1, 5).

Permanecer en Cristo

Nosotros somos los pámpanos (v. 4). Los pámpanos no tienen vida en sí mismo, a no ser que permanezcan en la vid no pueden permanecer en vida, mucho menos llevar fruto. Como los pámpanos de la vid, nosotros recibimos la vida de Jesucristo. No hay vida en nosotros mismos. Mucho menos podemos llevar fruto por nosotros mismos.

Separados de mi nada podéis hacer (v. 5).

Si permanecéis en mi [...] pedid (v. 7).

Permaneced en mi amor (v. 9).

Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor (v. 10).

Para permanecer en Cristo y en su amor es requisito número uno guardar sus mandamientos, obedientes a su voluntad. De esta manera podremos presentar el evangelio del reino de Dios con autoridad y poder. Si no permanecemos en una relación de unidad y permanencia con Cristo, todo lo que hagamos será hojarasca. Necesitamos permanecer en Cristo para llevar fruto para su gloria.

Para llevar fruto

El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto [...]. En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto (vv. 5, 8).

El fruto de una higuera es el higo, el de la vid es la uva, el de un discípulo otro discípulo. El fruto de un discípulo no es lo que recibe sino lo que da, lo que produce. Algunos confun-

den aquí al creer que el fruto que debemos llevar es el fruto del Espíritu. El fruto del Espíritu lo produce el Espíritu y lo manifiesta a través nuestro cuando le damos lugar a este. Nosotros, por supuesto, debemos manifestar el fruto del Espíritu en nuestras vidas, pero el fruto que debemos llevar nosotros como discípulos son más discípulos. Y al llevar mucho fruto, glorificamos al Padre.

Debemos distinguir entre el fruto del Espíritu y el fruto del creyente. El fruto de un discípulo es lo que obtiene yendo (Jn 15.16). El fruto es el resultado de un trabajo. Es lo que ha producido con tiempo y con esfuerzo.

Os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca (v. 16).

Pero otra parte cayó en buena tierra, y dio fruto, pues brotó y creció; produjo a treinta, a sesenta, y a ciento por uno. (Mc 4.8).

Y todo aquel que lleva fruto, lo limpiara, para que lleve más fruto (v. 2).

No debe haber pámpano sin fruto. Jesús dice: «Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará» (Jn 15.2, 6). El Señor nos deja una buena enseñanza acerca de esto en la parábola de los talentos en Mateo 25.14-30, donde aprendemos que no debemos enterrar el talento que el Señor nos dio, sino usarlo para que produzca, para que lleve fruto.

De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto (Jn 12.24).

«El grano de trigo cae en tierra y muere [...] y lleva fruto». ¿Cuál es el fruto que lleva? Más granos. El Hijo de Dios muere (en la cruz) «habiendo de llevar muchos hijos a la gloria» (He 2.10). El grano produce otros granos. El Hijo produce otros hijos. El discípulo produce otros discípulos. ¿Por qué Dios esta tan interesado en que llevemos fruto?

Porque de esta manera Él cumplirá su propósito eterno. Y porque de esta manera es glorificado el Padre.

En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto (v. 8).

La siembra

Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio. Por tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor [...] si no participa de las aflicciones por el evangelio según el poder de Dios (2 Ti 1.7-8).

Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mi vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié. Porque con alegría saldréis y con paz seréis vueltos (Is 55.10-12).

Porque yo estoy contigo, y ninguno pondrá sobre ti la mano para hacerte mal, porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad (Hch 18.10).

Considerando estas palabras del Señor, debemos aun en tierras islámicas, presentar la Palabra a tiempo y fuera de tiempo. Sin avergonzarnos, confiando que la Palabra es una semilla que lleva vida en sí, y que producirá y será prosperada en su propósito, porque el Señor nos declara que aun tiene mucho pueblo.

¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas! (Ro 10.15).

Calzados los pies con el apresto del evangelio (Ef 6.15)

Predicando con sabiduría

No pocas veces hemos escuchado esta expresión de que tenemos que hacer la obra con sabiduría. Siempre esta frase es utilizada con referencia a que entre musulmanes hay

que ir con ciertos cuidados, que no se les puede hablar de ciertas cosas de entrada. Muchas otras veces esto es utilizado para explicar que la obra debe hacerse con cautela. De la misma manera, personalmente creo que el servicio al Señor debe hacerse con sabiduría, de hecho Jesús así lo hizo mientras estaba entre nosotros aquí en la tierra. Lo que quiero destacar aquí es que si bien necesitamos hacer la obra de Dios con sabiduría, de ninguna manera esta es nuestra humana sabiduría, ya que con nuestra propia sabiduría no podemos hacer la obra de Dios. Entonces lo que necesitamos es la que viene de lo alto, del Padre de las luces.

La sabiduría que viene de lo alto

Porque la sabiduría de este mundo es insensatez para con Dios (1 Co 3.19).

Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía (Stg 3.17).

Que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina (2 Ti 4.2).

El Espíritu Santo por medio del apóstol Pablo nos exhorta a que prediquemos la Palabra en todo tiempo, con paciencia y doctrina. Y esto es sabiduría, no de este mundo, sino de lo alto. Nuestra prédica no debe ser con sabiduría de palabras, como queriendo convencer a la gente. Pero la sabiduría que es de lo alto, es entre otras cosas, llena de buenos frutos. Por lo tanto, la sabiduría que no lleva fruto no es de Dios sino de este mundo. Porque nuestro mensaje es acerca del reino de los cielos, y porque el mismo no consiste en palabras sino en poder (1 Co 4.20).

La locura del evangelio

Pues no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el evangelio; no con sabiduría de palabras, para que no se haga vana la cruz de Cristo. Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios (1 Co 1.17-18).

Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación (1 Co 1.21).

Otra vez, la predicación del evangelio no se hace con sabiduría de palabras, como queriendo agradar al oyente. Más bien nuestra predicación sonará a locura, ya que presentamos como eje de la misma la cruz de Cristo.

El evangelio no es ni humano ni lógico, pues, Dios no es ni humano ni lógico. Su obra no se hace ni con lógica ni con esfuerzo humano. El reino es espiritual, sobrenatural. La obra del Señor es sobrenatural. No es lógico que el Altísimo Soberano se haga hombre. No es lógico que sea crucificado como el peor de los reos. No es lógico que muriera y resucitara al tercer día.

Cada vez que intentamos hacer la obra de Dios con conceptos humanos nos transformaremos en un movimiento religioso más, por más bíblicos que parezcamos.

Hacer la obra de Dios o predicar el evangelio con sabiduría, es tener una palabra de Dios específica para cada persona, como lo hacía Jesús. Podemos ver algunos de estos ejemplos, de cómo Jesús predicaba con sabiduría, al encontrarse con Nicodemo, o con la mujer samaritana, o con el joven rico, entre otros.

Nicodemo

Este [Nicodemo] vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él. Respondió Jesús y

le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios (Jn 3.2-3).

Muy amablemente se acerca Nicodemo, confesando una verdad revelada ante sus ojos. A lo que Jesús le responde con algo que no pareciera tener ninguna relación con la expresión de Nicodemo. Es obvio para nosotros hoy que Jesús responde con una palabra de sabiduría, que crea en Nicodemo un gran interrogante, lo que permite a Jesús completar el mensaje del evangelio. Esto es hacer la obra con sabiduría.

La mujer samaritana

Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva [...]. Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna [...]. Jesús le dijo: Ve, llama a tu marido, y ven acá (Jn 4.10, 13-14, 16).

Una vez más vemos a Jesús obrando con sabiduría. Esta vez es Él mismo quien toma la iniciativa, se acerca a la mujer y busca la conversación pidiéndole agua para beber. Una vez comenzada la conversación usa palabras de sabiduría que crean en la mujer un interrogante, diciéndole: «Si conocieras el don de Dios, me conocerías, y tú me pedirías a mí, y yo te daría agua viva». ¡Qué tremendo! ¡Cómo el Señor sabe llegar a las personas! Debido a que la mujer todavía no sabía de qué iba la cosa, aun no alcanzaba a entender, el Señor vuelve y completa con gran sabiduría: «El que bebiere del agua que yo le daré, será en él una fuente de agua que salte para vida eterna». La pobre mujer, aunque perpleja, todavía no alcanzaba a interpretar el mensaje. A lo que el Señor le sale con algo aparentemente descolgado. Algo que nada tiene que ver con lo que estaban hablando.

Si no conociéramos el resto de la historia, nos quedaríamos con la impresión de que Jesús venía bien y de repente arruinó la conversación. Salió con algo que aparentemente no tenía mucha relación con el tema en cuestión. Y eso va hacer que la mujer se vaya sin poder terminar la presentación del evangelio. Le dice: «Ve, llama a tu marido». Aparte, podríamos decir, no debería meterse en intimidades de ella, podría ofenderse. Pero sin embargo, esto fue una verdadera palabra de revelación, de discernimiento, de sabiduría. Finalmente, esto desembocó en que la mujer y muchos samaritanos creyeron en Él. ¿Será que en estos días el Señor ya no actúa de esta manera? ¡Esto es sabiduría!

El joven rico

Jesús, oyendo esto, le dijo: Aún te falta una cosa: vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme (Lc 18.22).

A simple vista, podríamos decir que este era un hombre religioso, que temía a Dios y guardaba sus mandamientos. Seguramente, muchos de nosotros inmediatamente lo hubiéramos bautizado y lo hacíamos miembro de nuestra congregación. Pero como el Hijo del Hombre predicaba el reino y no acomodaba el mensaje a sus oyentes, también con este joven pronto usó de sabiduría, conociendo Jesús el corazón de él. La respuesta en este caso fue negativa, pero aun así este joven tuvo un encuentro y una oportunidad con la verdad del evangelio del reino. Jesús con sabiduría, puso en evidencia el corazón de este hombre, quien solo iba detrás de la religión y no tenía intensiones de sujetarse al reino de Dios.

El evangelio no es ni una doctrina ni una formula ni una

religión, es una persona: Cristo, quien nos entregó su vida. El evangelio del reino no es un cambio de rituales religiosos, es sujeción al gobierno de Jesucristo en nuestras vidas.

6

Discipulado

Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre y madre, a su mujer e hijos, a sus hermanos y hermanas, y aun hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo. El que no carga su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo (Lc 14.25-27).

EL DISCIPULADO será unos de los trabajos más importantes que realizaremos en la obra de plantación de iglesias en un contexto islámico. Incluso para algunos, esta será casi la única relación que tendrán con la iglesia local establecida. Algunos realizarán una labor de discipulado aun sin participar activamente de las reuniones periódicas de la iglesia.

Quién es un discípulo

Un discípulo es alguien que reconoce a Jesucristo como el Señor de su vida. Alguien que toma su cruz cada día, que se niega a sí mismo y sigue a Jesucristo. Y como la misma Palabra lo dice, es alguien que aprende de su Maestro.

Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo (Mt 28.19-20).

Un discípulo de Jesucristo está dispuesto a hacer todo lo que Él manda. Alguien que guarda todo lo que el Maestro ha ordenado y se sujeta a Él.

Un discípulo es aquel que ha sido llamado y que ha respondido con fe, comprometiéndose a seguir a Cristo en obediencia, fe y amor. Se dedica, se sujeta a Cristo Jesús, tanto a su palabra como a su persona. Cristo viene a ser el Señor y Maestro, y él pasa a ser el súbdito y discípulo.

Un discípulo es el que aprende, no como un mero alumno escolar o catedrático sino más como un aprendiz. Aprende para saber y para hacer. Se dispone para ser enseñado, con el fin de realizar la voluntad de Cristo en su vida (Mt 11.28-30; Jn 8.31-32). Un discípulo aprende viendo, escuchando e imitando.

Deberíamos mencionar aquí que no hay en las Escrituras una división entre algunos que son creyentes y otros que son discípulos. Todos los seguidores de Jesús son discípulos. Él nos envió a hacer discípulos comprometidos desde el primer día, y no meros creyentes sin compromiso. Un discípulo cree todo lo que Cristo dice y hace todo lo que Cristo manda.

Qué es discipulado

Entonces, según aprendemos de Jesús, discipulado es enseñarles «que guarden todas las cosas» (Mt 28.20). Esto significa que debemos enseñarles a que pongan en práctica lo que han aprendido. No es simplemente que conozcan. Es formación de vida, formación del carácter.

Es ejemplo de vida

El discipulado, según aprendemos de Jesús y los apóstoles, no se hacen en un aula catedrática sino se hace en convivencia, siendo ejemplo por medio de las cosas de la vida diaria.

Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón (Mt 11.29).

Sed imitadores de mí así como yo de Cristo (1 Co 11.1).

Hermanos, sed imitadores de mí, y mirad a los que así se conducen según el ejemplo que tenéis en nosotros (Fil 3.17).

No porque no tuviésemos derecho, sino por daros nosotros mismos un ejemplo para que nos imitaseis (2 Ts 3.9).

Presentándote tú en todo como ejemplo de buenas obras (Tit 2.7).

Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros (2 Ti 2.2).

En todos estos pasajes vemos también que hacer discípulos es ser ejemplo de vida para la persona que estamos discipulando. Es poder, de alguna manera, ser un ejemplo para seguir e imitar. Claro que esto pone sobre nuestros hombros una gran responsabilidad y fuerte compromiso, pero es el modelo de Jesús. Es la estrategia de discipulado en el Reino.

Formación de vida

Vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros (Gl 4.19).

Para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios, el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria, a quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda

sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre (Col 1.25-28).

Discipulado es formación de vida. Es formar a Cristo en las personas que estamos discipulando. Es un proyecto a largo plazo que merece concentración, intensidad y continuidad. Es perfeccionamiento de vida. Cuando estamos discipulando colaboramos con el Espíritu Santo en la formación del carácter de Cristo en el discípulo. Discipular es formar la persona de Cristo en otros.

Discipular no es solo dar información o enseñanza teórica, no es meramente dar estudios bíblicos de algunas horas a la semana. Es enseñar a vivir como Cristo. No es informar, es formar. No es darles (únicamente) información acerca de Dios y de la Biblia. Es enseñar a vivir según los preceptos de Jesucristo.

Cómo discipulaba Jesús

Por supuesto, el mejor ejemplo de cómo hacer discípulos lo encontramos en Jesús. Por eso aprenderemos mucho si damos una mirada a cómo Él lo hacía:

- ▶ Estuvo con ellos. Pasó tiempo con los discípulos. Ellos vieron donde vivía, que hacía. Comió con ellos, y los llevó en sus viajes ministeriales (Jn 1.35-39; Mc 3.14).
- ▶ Les habló la verdad (Jn 17.17), según la ocasión y las circunstancias lo propiciasen (Jn 3.1-12; Lc 11.1-2).
- ▶ No les explicó todo, sino dejó un margen para que tuviesen que inquirir, obedecer y ejercer fe (Jn 14.5-11).
- ▶ Les encomendó tareas: simples (Lc 19.30-31) y ministeriales (9.1-6).
- ▶ Los amó y confió en ellos, arriesgándose y arriesgándolos (Jn 13.1-12 al cap. 17).

- ▶ Les dio lugar al fracaso, a que se equivocaran (Jn 16.30-32).

Funciones y relaciones de los discípulos

Es importante aquí destacar algunas de las funciones de los discípulos:

- ▶ Cada discípulo es importante y tiene una función.
- ▶ Cada discípulo ha recibido de Cristo al menos un don (1 Co 12.7).
- ▶ Cada discípulo es un obrero del Señor.
- ▶ Cada discípulo tiene el ministerio de trabajar en la edificación del cuerpo (ganar, discipular, relacionar).
- ▶ Cada discípulo debe ser formado y estar ubicado en el cuerpo con relaciones firmes y definidas para desempeñar su ministerio.

De quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor (Ef 4.16).

Todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios (Col 2.19).

Todos los discípulos deben estar firmemente relacionados, nadie debe quedar solo. Estas son relaciones personales definidas. Es una relación de compromiso mutuo. Jesús se relacionó con doce, y aún entre ellos había otros tres (Pedro, Jacobo y Juan) con los que tenía una relación más profunda y cercana. Pasaba más tiempo con ellos que con el resto de la gente.

La actitud que debemos tener en nuestras relaciones, es la misma actitud de Cristo en Filipenses 2.2-8:

- ▶ Unidad: ser uno con mi hermano (v. 2).

- ▶ Sujeción: se sujetó al Padre aun siendo igual a Él.
- ▶ Actitud de siervo, no de señor (v.7).
- ▶ Humildad. (vv. 3, 8).
- ▶ Amor sacrificial, no egoísmo.

Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también haced-lo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto. Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos. La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales (Col 3.12-17).

Esta es la gracia que debe perdurar entre los hermanos en relaciones firmes y definidas para la edificación de los unos a los otros. Hay un cuidado mutuo entre las coyunturas a través de la oración y la palabra.

Considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras (He 10.24).

Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él (Col 3.17).

Los discípulos no se forman por programas sino por relaciones. Jesús llamó a los Doce para que estuvieran con Él. Sus vidas serían transformadas por estar con Él. Los discípulos se forman en las relaciones interpersonales y sinceras.

El hierro se afila con el hierro, y el hombre en el trato con el hombre (Pr 27.17, NVI).

7

La iglesia

Sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del hades no prevalecerán contra ella (Mt 16.18).

Qué es la iglesia

COMO PRIMERA MEDIDA debemos resaltar que nunca la iglesia es el edificio donde se reúnen los creyentes. Y que tampoco los templos son imprescindibles en la plantación de iglesias. Resumiendo las Escrituras podemos decir que entre otras cosas la iglesia es el templo de Dios (1 Co 3.16-17; Ef 2.21). El cuerpo de Cristo (Ef 1.22-23; 1 Co 10.16-17). La iglesia es un cuerpo unido por coyunturas (Ef 4.16; Col 2.19). El pueblo de Dios (1 P 2.9; Ro 9.25). El sacerdocio real del Altísimo (1 P 2.9; 2.4). Un organismo vivo (1 Co 12.12-31). Es la familia de Dios (Ef 2.19)

La iglesia es la comunidad de hombres y mujeres, que reconociendo a Jesucristo como el Señor de sus vidas, han nacido de nuevo, y unidos en compromiso de pacto, con-

forman el pueblo de Dios. La iglesia no está hecha de ladrillos sino de piedras vivas: hombres y mujeres lavados por la sangre de Jesucristo.

El modelo de la iglesia en Jerusalén

Para tener una imagen más precisa sobre la iglesia, lo mejor que podemos hacer es entrar en el libro de los Hechos y aprender allí cómo era la iglesia primitiva establecida por los apóstoles. Veamos a través de Hechos 2.40-47 y 4.29-35 cómo era la iglesia de Jerusalén. Cuáles eran sus prácticas más comunes, cómo vivían, cuándo se reunían, cómo atendían sus necesidades y demás:

- ▶ Creen
- ▶ Son bautizados
- ▶ Perseveran en la doctrina
- ▶ Viven en comunión
- ▶ Oran
- ▶ Celebran la cena del Señor
- ▶ Perseveran en unidad
- ▶ Ministran a los necesitados
- ▶ Alaban a Dios
- ▶ Comparten el mensaje
- ▶ Se multiplican
- ▶ La multitud de los que creían eran de un solo corazón y un alma
- ▶ Se reunían todos los días en el templo y por las casas (v. 5.42)

El modelo de la iglesia en Antioquia

Veamos a través de los pasajes en Hechos 11.19-30 y 13.1-14

las prácticas y vivencias de la iglesia en Antioquia, otro de los centros importantes de la historia de la iglesia primitiva.

- ▶ Vencen los prejuicios étnicos (primero solo predicaban a los judíos, luego también a los griegos).
- ▶ No se atan a estructuras rígidas.
- ▶ Anuncian el evangelio.
- ▶ Dios se manifiesta. La mano del Señor estaba con ellos.
- ▶ Se multiplican. Gran número creyó.
- ▶ Están bajo sujeción ministerial apostólica.
- ▶ Enseñan la Palabra.
- ▶ Viven la manifestación de los dones espirituales.
- ▶ Ejercen mayordomía de las bendiciones de Dios. Ofrendan generosamente.
- ▶ Practican la pluralidad ministerial. Más de un pastor.
- ▶ Oran y ayunan.
- ▶ Practican la imposición de manos.
- ▶ Encomiendan a la obra misionera.

Haciendo un repaso minucioso de estos dos ejemplos de Jerusalén y Antioquia, tendremos el modelo de iglesia a seguir, con sus prácticas y características más apropiadas.

Tres figuras de la iglesia

Casi transcribiendo las siguientes enseñanzas que hemos recibido de nuestros pastores desde hace tantos años, quisiera brevemente presentar tres figuras de la iglesia que nos ayudan a comprender mejor su esencia, sus características y sus funciones. De la misma manera, luego también

veremos tres cualidades indispensables de la iglesia. Veamos entonces la iglesia como cuerpo, pueblo y templo.

La iglesia como cuerpo

Es la iglesia que trabaja (Ef 1.22-23; 4.12-16). Donde cada miembro ocupa su lugar, funcionando según la gracia o don que ha recibido del Señor. Donde todos están unidos entre sí, acoyuntados, ligados, relacionados. Es la iglesia que evangeliza, extiende el reino de Dios, que abre campo misionero. Es la iglesia que marcha, que avanza, que conquista.

- ▶ Lo más importante es lo que la persona hace
- ▶ La nota sobresaliente es la acción
- ▶ La pregunta es: ¿funcionamos como cuerpo?

La iglesia como pueblo o familia (Ef 2.19 3.15). Es la iglesia que vive. Que se manifiesta amando, cubriendo e integrando a todos. Donde nadie está solo. Donde los temas destacados son la familia, la crianza de los hijos, la formación del carácter, el estudio, el trabajo.

- ▶ Lo más importante es lo que la persona es
- ▶ La nota sobresaliente es el amor y la vida recta
- ▶ La pregunta es: ¿somos una familia, un pueblo o una congregación?

La iglesia como templo

Es la iglesia que ministra a Dios (Ef 2.20-22). Que entra al lugar santísimo para adorar al Señor y postrarse ante su altar. Que oficia frente al trono de Dios, ya sea en alabanza como en intercesión. En la iglesia como templo se destaca la música, los cánticos espirituales, la alabanza, el quebrantamiento, las acciones de gracias.

- Lo más importante es lo que la persona ofrece
- La nota sobresaliente es la adoración
- La pregunta es: ¿somos el templo o vamos al templo?

Como iglesia de Jesucristo debemos desarrollarnos en todas estas áreas, no podemos escoger solo algunas de sus características sino debemos buscar la plenitud de las manifestaciones de lo que el Señor Jesucristo desea para su iglesia.

Tres cualidades indispensables

Como anteriormente vimos tres figuras, ahora veremos tres cualidades importantes y fundamentales de la iglesia. Estas son: calidad, unidad y cantidad. Entendemos que estos son fundamentos indispensables para la iglesia del Señor, según sus propósitos eternos. Conocerlos nos ayudaran a concentrarnos y enfocarnos en nuestro obrar ministerial.

Calidad = santidad

El propósito de Dios no es meramente que la gente crea en Él. No es voluntad del Señor que las iglesias estén llenas de creyentes dominicales odores de sermones. El profundo deseo del corazón de Jesucristo es presentarse a sí mismo una iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga, inmaculada y perfecta. Una iglesia santa. ¿Por qué santidad? Porque Dios es santo.

Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto [...]. Para santificarla [...] una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha (Ef 4.13; 5.25-27).

Unidad

Otro fundamento indispensable de la iglesia es la unidad. Nuestro amoroso Redentor aborrece las divisiones y enemistades. Estas obras de la carne no son de la esencia y naturaleza de la divinidad. Él está trabajando para presentarse a sí mismo «una iglesia», no muchas. ¿Por qué unidad? Porque Dios es uno.

Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades [...]. Solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz; un cuerpo [...]. la unidad de la fe [...] a un varón perfecto [...] todo el cuerpo bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro (Ef 2.14-16; 4.1-6, 13-16).

Que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado (Jn 17.21-23).

Cantidad = multiplicación

Si logramos trabajar con éxito las dos primeras cualidades que mencionamos anteriormente, a la corta o a la larga, obtendremos como resultado cantidad. Podríamos decir que aquí se aplica como una fórmula matemática, que dice: calidad más unidad es igual a cantidad. El Señor Jesucristo no ha desplegado toda su obra redentora por unos pocos creyentes por aquí o por allá. Su voluntad es que ninguno se pierda, sino que todos vengan al conocimiento de la vo-

luntad de Dios. Su propósito es tener una gran familia, un pueblo multitudinario, que llenen toda la tierra.

Entonces, ¿por qué cantidad? Porque Dios es grande. Veamos cómo en el principio la iglesia crecía y se multiplicaba.

Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe (Hch 6.7).

Entonces las iglesias [...] se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo (Hch 9.31).

Así que las iglesias eran confirmadas en la fe, y aumentaban en número cada día (Hch 16.5).

Fructificad, multiplicaos, llenad la tierra (Gn 1.28-29; 9.1).

Así ha dicho Jehová el Señor: Aún seré solicitado por la casa de Israel, para hacerles esto; multiplicaré los hombres como se multiplican los rebaños (Ez 36.37).

Para que el mundo crea (Jn 17.21-23).

Cuándo se establece la iglesia

El establecimiento o plantación de iglesias se puede definir como el esfuerzo por congregar a un grupo mínimo de personas que han reconocido a Jesucristo como el Señor de sus vidas, para que sean y funcionen como el cuerpo de Cristo y cumplan con los propósitos del Padre.

Habiendo hecho esta sencilla definición, vamos a tratar de develar algo que para algunos es trágico y difícil de descifrar, y esto es, ¿cuándo comienza la iglesia? Por ejemplo, algunos se han convertido, han entregado sus vidas a Jesucristo, se están manteniendo con ellos algún tipo de discipulado, luego de haber comenzado un pequeño grupo de estudio bíblico con dos o tres nuevos creyentes, ¿cuál es el paso a dar para que ese grupo pase a ser una iglesia? ¿O di-

cho de otra forma, ¿cuáles serían los requisitos para que un pequeño grupo de estudio bíblico deje de ser simplemente esto y pase a ser reconocido como iglesia?

Requisitos para el inicio de la iglesia

En virtud de lo que hemos aprendido de las Escrituras, y de acuerdo a lo que hemos experimentado en el acompañamiento de la plantación de unas cuantas iglesias caseras en un contexto islámico en el norte de África, podemos enumerar los siguientes pasos, que si bien no son requisitos, nos ayudarán a definir:

1. Enseñanza previa acerca de la iglesia:

¿Qué es iglesia? La iglesia es la comunidad de hombres y mujeres, que reconociendo a Jesucristo como el Señor de sus vidas, han nacido de nuevo y juntos en unidad conforman el pueblo de Dios. Dicho de otra manera es la comunión de los santos. Efesios 5.23 dice que la iglesia es el cuerpo de Cristo.

¿Quiénes la componen? En 1 Corintios 12 podemos ver que cada uno de nosotros somos miembros del cuerpo de Cristo y que hemos sido bautizados en el cuerpo por el Espíritu. Esto es, los que hemos nacido de nuevo (mediante la fe, arrepentimiento y bautismo, v. 13).

¿Qué cosas se hacen en la iglesia? Prácticas fundamentales de la iglesia: fe, arrepentimiento, bautismo, estudio de la Palabra de Dios, oración y ayuno, alabanza y adoración, predicación del evangelio, comunión en unidad, celebración de la cena del Señor, ministración a los necesitados por medio de diezmos y ofrendas (mayordomía de las bendiciones de Dios), multiplicación (crecen en número), sujeción ministerial apostólica, pluralidad ministerial (más de un anciano), manifestaciones del Espíritu Santo, realizan la obra misionera.

2. Compromiso mutuo como miembros del cuerpo de

Cristo. Relacionados en amor y respeto, comprometidos a llevarse las cargas los unos a los otros.

Para que no haya desavenencia en el cuerpo, sino que los miembros todos se preocupen los unos por los otros. De manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan. Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular (1 Co 12.25-27).

Así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros (Ro 12.5).

3. Sujeción bajo liderazgo nacional establecido. Sea este un ministerio apostólico si lo hubiere, o posiblemente bajo liderazgo de la iglesia en otra ciudad.

Llegó la noticia de estas cosas a oídos de la iglesia que estaba en Jerusalén; y enviaron a Bernabé que fuese hasta Antioquía. Este, cuando llegó, y vio la gracia de Dios, se regocijó, y exhortó a todos a que con propósito de corazón permaneciesen fieles al Señor (Hch 11.22-23).

Enviando [Pablo], pues, desde Mileto a Éfeso, hizo llamar a los ancianos de la iglesia (Hch 20.17).

4. Establecer el liderazgo de la naciente iglesia local, preferentemente que sean nativos, y un consejo de por lo menos dos o tres personas.

Y constituyeron ancianos en cada iglesia, y habiendo orado con ayunos, los encomendaron al Señor en quien habían creído (Hch 14.23).

Por esta causa te dejé en Creta, para que corrigieses lo deficiente, y establecieses ancianos en cada ciudad, así como yo te mandé (Tit 1.5).

5. Oración de declaración en fe y el Espíritu, del establecimiento de la iglesia de Jesucristo en ese lugar.

Requisitos prescindibles

En el mundo cristiano, tanto evangélico, protestante, ortodoxo o católico, existen ciertas tradiciones que en muchos medios eclesiásticos se dan por obvias normalidades, porque así han hecho siempre y una gran cantidad de iglesias lo practican. Pero que si hiciéramos una revisión minuciosa de las Escrituras para constatar su veracidad bíblica, posiblemente no encontraríamos respaldo para ellas. Seguramente, algunas de ellas, solo tienen ciertas connotaciones tradicionales o culturales. Entonces permíteme mencionar solo algunas de estas prácticas que considero que no son indispensables u obligatorias para el inicio de iglesias en general, y más aún en contextos islámicos, donde la realización de la obra del Señor difiere levemente al de nuestros contextos conocidos.

- ▶ Número determinado de miembros.
- ▶ Formación académica de los líderes para ser reconocidos pastores.
- ▶ Existencia de templos o edificios especiales para la celebración de cultos.
- ▶ Afiliación a alguna denominación, o «iglesia madre».

8

Formación de líderes locales

SI EN UNA VISIÓN y estrategia de plantación de iglesias es muy importante la formación de obreros locales, en una visión de movimiento de plantación de iglesias lo es aún mucho más. Debemos prestar especial atención a la formación de líderes nativos. Aquí está una de las claves para que desarrollemos un ministerio efectivo en la multiplicación de discípulos e iglesias. Aún desde el principio, antes de comenzar nada, debemos tener en mente y corazón que la mayor tarea de nuestro equipo ministerial plantador de iglesias será el discipulado de potenciales líderes locales, para que ellos realicen la obra del ministerio, y para que asuman la responsabilidad de la iglesia. La ecuación es muy sencilla: si tenemos un líder tenemos una iglesia, pero si tenemos diez líderes podremos tener diez congregaciones.

Engendrar obreros

Que la obra no se estanque dependerá de cómo formemos

obreros. No hay multiplicación sin el desarrollo ministerial de obreros. En la formación de obreros efectiva es de suma importancia cómo presentamos el evangelio desde el principio.

Repasemos brevemente para recordar cuál es el mensaje que debemos anunciar. La predicación del evangelio del reino de Dios contiene la salvación por fe reconociendo a Jesucristo como el Señor de su vida (Ro 10.9; Hch 2.22-36); arrepentimiento (Hch 2.38; Mc 1.14-15); el bautismo para perdón de los pecados (Hch 2.38; 22.16); el bautismo del Espíritu Santo (Hch 2.38; 8.15-16; 19.2-6); y la consagración o llamado a la obra de Dios (Simón y Andrés: Mt 4.18-20; Pablo: Hch 9.15; 22.14-15, no todos somos llamados a ser apóstoles, pero sí todos son llamados a ser obreros del Señor a «tiempo completo»).

En la predicación del evangelio del reino de Dios no presentamos solamente sus beneficios (Dios salva, sana, libera, perdona, da paz); presentamos también el precio, lo que cuesta seguir a Cristo (Lc 14.25-27; Mc 8.34-35). El compromiso de servirle, no solamente obedecerle en cuestiones morales, sino también obedecerle en sus mandamientos de servicio ministerial.

El evangelio es una semilla que debe contener en sí todos los ingredientes vivos y activos del discípulo que vamos a obtener. Contiene los genes de lo que será.

Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él (Col 2.6).

Por ejemplo, si hemos presentado un mensaje de ofertas y solo beneficios, obtendremos como resultado un creyente sin demasiado compromiso pero que está constantemente exigiendo sus «derechos», reclamando los beneficios. Considera que la iglesia le debe a él. Por el contrario, si hemos presentado el evangelio del Reino, obtendremos discípulos comprometidos, siervos de Cristo y de los hombres.

Cuando Jesús predicó el evangelio tuvo especial cuidado de presentar todo el mensaje, con las advertencias y las condiciones. No había ningún engaño en su forma de predicar, ni jamás confundió a nadie. Él realmente predicó el evangelio del reino, apuntando a reclutar hombres comprometidos que después entraran en sus mismas labores. Su evangelio constituía el gobierno de Dios sobre la vida de los hombres. Los que le recibían, quedaban bajo la voluntad del Rey de reyes para servir a los propósitos de su reino.

Formar a líderes sobre la marcha

A este principio se le suele llamar también «con las manos en el arado». Significa formar obreros mientras realizan la obra. Este sistema funciona mucho en contextos de países islámicos.

Dentro de las posibilidades, el equipo misionero plantador de iglesias debe trabajar en segundo plano, concentrando sus esfuerzos en el discipulado y capacitación, preparando nativos para tomar el liderazgo en la edificación de la iglesia y en alcanzar a los perdidos.

Con el énfasis de «aprender haciendo», los nuevos líderes son entrenados localmente en vez de ser enviados fuera de su país o contexto, con el propósito de ser capacitados para el ministerio. Se entrega el liderazgo de las iglesias caseras en sus manos, y pronto los creyentes locales llevan la mayor responsabilidad de las reuniones semanales y la vida de la iglesia.

Aquila y Priscila, con la iglesia que está en su casa, os saludan mucho en el Señor (1 Co 16.19).

Para un crecimiento efectivo en un movimiento de plantación de iglesias, la capacitación de liderazgo sobre la mar-

cha es fundamental. De esta manera lo hizo Jesús con sus discípulos.

Y los envió a predicar el reino de Dios, y a sanar a los enfermos (Lc 9.2).

El éxito de un movimiento de plantación de iglesias se verá reflejado, en gran medida, por la cantidad y la calidad de líderes nacionales que hayamos podido formar.

El modelo de Jesús

Como siempre tenemos a nuestro Señor Jesucristo como el ejemplo en todas las cosas para nuestras vidas, veamos brevemente cómo Él formó a sus doce discípulos y seguramente podremos aprender algunos principios importantes para nuestro ministerio.

Oración específica

En aquellos días él fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios. Y cuando era de día, llamó a sus discípulos, y escogió a doce de ellos, a los cuales también llamó apóstoles (Lc 6.12-13).

Recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor. Entonces dijo a sus discípulos: A la verdad la mies es mucha, mas los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies (Mt 9.35-38).

El primer paso es, con la misma pasión de Cristo reconocer la necesidad de obreros. Hay mucha tarea por realizar, muchos musulmanes por discipular, pero necesitamos obreros. El mismo Señor nos transmite su carga y nos enseña a orar por esta necesidad primaria. Y esto ya es el segundo

paso, orar pidiendo al Señor de la mies que envíe obreros a su mies.

Jesús vio las multitudes desamparadas como ovejas sin pastor y tuvo compasión de ellas. Quedó con la carga en su corazón de la gran necesidad de obreros, entonces se apartó al monte para orar, y pasó toda la noche orando. Seguramente, su principal motivo de oración en aquella noche fue por más obreros. En la mañana cuando regresó del monte, escogió a los Doce .

Escoger según la guía del Espíritu Santo

En el pasaje de Lucas 6 se relata cómo Jesús luego de pasar toda la noche orando, a la mañana siguiente, llamó a sus discípulos. Lo que significa que el Maestro ya tenía su grupo de seguidores. Habían creído en Él, y de alguna manera se habían comprometido a seguirle. Pero la necesidad era escoger de entre todo el grupo, algunos que fueran líderes entre ellos. Aquellos que comenzarían la obra con Jesús y la continuarían cuando Él ya no estuviera.

Pero es Dios quien levanta, escoge, designa, y envía obreros. Por eso el Señor se apartó a orar por obreros. Seguramente, una de sus oraciones pudo haber sido: «Padre, muéstrame a quiénes has escogido para el liderazgo, quiénes son aquellos que tú ya has dispuesto para el ministerio apostólico».

Y pasó la noche orando a Dios. Y cuando era de día, llamó a sus discípulos, y escogió a doce de ellos (Lc 6.12-13).

Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies (Mt 9.38).

Veamos en algunos pasajes más cómo es el Espíritu Santo quien constituye los líderes de la iglesia:

Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo:

Apartad-me a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado (Hch 13.2).

Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre (Hch 20.28).

Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros (Ef 4.11).

De la misma manera, nuestra oración debe ser para poder discernir por el Espíritu Santo quiénes son esos discípulos que Él tiene escogido como obreros para liderar las nuevas congregaciones que se vayan formando. ¡Que el Señor nos capacite con ese discernimiento espiritual!

Equiparlos para la obra

Concentración en la formación de los escogidos. Jesús se dedicó intensivamente por tres años a la formación y equipamiento de los Doce. Si bien el Señor ministró a las multitudes, sanando, predicando, enseñando, Él concentró su ministerio en la formación de doce hombres. No se ocupó de ellos exclusivamente, pero si prioritariamente.

El apóstol Pablo también completó su obra en Éfeso en tres años y allí formó ancianos:

Enviando, pues, desde Mileto a Éfeso, hizo llamar a los ancianos de la iglesia [...]. Por tanto, yo os protesto en el día de hoy, que estoy limpio de la sangre de todos; porque no he rehuído anunciaros todo el consejo de Dios. Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre [...]. Por tanto, velad, acordándoos que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno (Hch 20.17, 26-28, 31).

Jesús cumplió su ministerio en tres años, y en ese tiempo formó a doce hombres que serían los líderes capacitados para seguir la obra. Y el apóstol Pablo, de la misma manera

en tres años formó ancianos que lideraron la obra en Éfeso. Sacamos de estos ejemplos un principio importante para la obra apostólica de extensión: el principio de hacer la obra formando obreros, en un tiempo determinado (tres años o poco más), y estar listos para soltar la obra en manos de nativos. Este principio trae multiplicación eficaz de obreros y de iglesias.

El método formativo de Jesús

- ▶ Les enseñó con ejemplo de vida.
- ▶ Les enseñó oralmente.
- ▶ Con ejemplo de acción: Jesús nunca iba solo, siempre llevaba a sus discípulos para que estos vieran el modelo de cómo se predica, cómo se enseña, cómo se sana, cómo se echa fuera demonios, etc.
- ▶ capacitación en la obra: Jesús los envió a predicar, enseñar, sanar, etc. Luego eran corregidos, instruidos, alentados y perfeccionados.
- ▶ Equipamiento espiritual: les enseñó a orar, a depender de Dios, a ser guiados por el Espíritu Santo, a operar en los dones del espirituales.
- ▶ Les enseñó a trabajar en equipo.
- ▶ Los envió.

Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío (Jn 20.21).

Envió a los Doce delante de Él (Lc 9.1-2). Envió a los setenta (Lc 10.1). Nos envió a todos nosotros (Mt 28.18-20). Tomando el modelo de Jesús, deberíamos orar de manera específica para que Él nos revele a quien está escogiendo para el ministerio. Y así concentrarnos en ellos, en su formación y equiparlos adecuadamente para la obra, y pronto ir dándoles cada vez más responsabilidades.

El ejemplo del apóstol Pablo

El apóstol Pablo trabajó intensamente en la evangelización, en fundar nuevas iglesias y en la enseñanza. Pero junto con esto siempre se dedicó a la formación de obreros de manera intensiva. Pablo y su equipo designaron líderes a lo largo de su ministerio:

Y constituyeron ancianos en cada iglesia, y habiendo orado con ayunos, los encomendaron al Señor en quien habían creído (Hch 14.23).

Por esta causa te dejé en Creta, para que corrigieses lo deficiente, y establecieses ancianos en cada ciudad, así como yo te mandé (Tit 1.5).

Al apóstol Pablo lo vemos constantemente rodeado de hombres que él mismo había formado o discipulado como obreros:

- ▶ Silas (o Silvano, Hch 15.32-34, 40-41; 1 Ts 1.1; 2 Ts 1.1)
- ▶ Timoteo (Hch 16.1-3)
- ▶ Lucas (Hch 16.10; 20.6; Col 4.14; 2 Ti 4.11)
- ▶ Priscila y Aquila (Hch 18.18-20; Ro 16.3)
- ▶ Erasto (Hch 19.22)
- ▶ Sóstenes (1 Co 1.1)
- ▶ Urbano (Ro 16.9)

Algunos le acompañaron hasta Asia (Hch 20.3-5): Sópater de Berea, Aristarco y Segundo de Tesalónica, Gayo de Derbe, Timoteo, Tíquico y Trófimo de Asia, Lucas de Troas. Otros más: Demas, Crescente, Tito, Marcos, Erasto, Trófimo, Epafras, Artemas.

La formación de obreros

Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros (Ef 4.11).

Veamos cómo Dios constituye o escoge a los que han de ser apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros. El siguiente versículo relata cuál sería específicamente la función de estos: «A fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo» (Ef 4.12). Aquí la palabra clave es: «perfeccionar» a los santos para la obra del ministerio. En el griego, su traducción original es: *katartismos*, a los santos. *Katartizo*, es el verbo, y significa: arreglar, ordenar, aparejar, guarnecer, equipar, proveer de, preparar, formar, gobernar, organizar, dirigir, restaurar, reparar, colocar en su lugar.

Para que nos ayude a comprender mejor la idea, veamos que este mismo verbo aparece traducido de distintas maneras en los siguientes versículos:

- ▶ Mateo 4.21: remendaban
- ▶ Mateo 21.16: perfeccionaste
- ▶ Lucas 6.40: perfeccionado
- ▶ Romanos 9.22: preparados
- ▶ 1 Corintios 1.10: perfectamente unidos
- ▶ 2 Corintios 13.11: perfeccionaos
- ▶ Gálatas 6.11: restauradle
- ▶ 1 Tesalonicenses 3.10: completemos
- ▶ Hebreos 10.5: me preparaste
- ▶ Hebreos 11.3: haber sido constituido
- ▶ Hebreos 13.21: haga aptos
- ▶ 1 Pedro 5.10: os perfeccione

Resumiendo, la función de los cinco ministerios principa-

les de la iglesia son edificar, perfeccionar, formar, restaurar a los santos. Prepararlos, capacitarlos, entrenarlos, equiparlos. Relacionarlos, ordenarlos, colocarlos en sus lugares, organizarlos y colocarlos en sus funciones, para que los santos entren en función y desempeñen su ministerio en la edificación del cuerpo de Cristo, que realicen la obra del ministerio.

Algunos consejos prácticos

Desde el comienzo estamos expectantes y en oración para que el Señor nos de algún tipo de revelación o guía para saber a quien ha escogido para liderar su iglesia.

Entonces Jehová dijo: Levántate y úngelo, porque éste es (1 S 16.12).

Partiendo él de allí, halló a Eliseo hijo de Safat, que araba con doce yuntas delante de sí, y él tenía la última. Y pasando Elías por delante de él, echó sobre él su manto (1 R 19.19).

Y Jehová dijo a Moisés: Toma a Josué hijo de Nun, varón en el cual hay espíritu, y pondrás tu mano sobre él (Nm 27.18).

El Señor le dijo: Ve, porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel (Hch 9.15).

Pronto los ponemos a funcionar. Los animamos a tomar responsabilidades. No esperamos a verlos perfectos a nuestros ojos.

Y Jehová respondió a Samuel: No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón (1 S 16.7).

No tengamos miedo de que se equivoquen o enseñen algunas cosas erradas. Luego los corregimos e instruimos con amor y paciencia.

Llegó entonces a Éfeso un judío llamado Apolos, natural de Alejandría, varón elocuente, poderoso en las Escrituras. Este había sido instruido en el camino del Señor; y siendo de espíritu fervoroso, hablaba y enseñaba diligentemente lo concerniente al Señor, aunque solamente conocía el bautismo de Juan. Y comenzó a hablar con denuedo en la sinagoga; pero cuando le oyeron Priscila y Aquila, le tomaron aparte y le expusieron más exactamente el camino de Dios (Hch 18.24-26).

Enfocamos la formación de líderes nativos y la salida de la escena, bajo el mismo principio de Jesús y el apóstol Pablo: ministerio de tres años. Jesús en tres años se dedicó a formar doce líderes. Pablo en tres años anunció «todo el consejo de Dios» a los ancianos que él mismo estableció en Éfeso (Hch 20.17, 26-28, 31).

Hizo llamar a los ancianos de la iglesia [...] no he rehuído anunciaros todo el consejo de Dios [...] por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno.

Vale destacar que si bien trabajamos con este principio ministerial de tres años de Jesús y de Pablo, para nosotros no son estrictamente tres años, pero sí consideramos un tiempo determinado para comenzar a trabajar en el proceso de salida de la escena principal de la iglesia. No podemos saber a ciencia cierta cuánto nos llevará hacer esta obra, pueden ser tres años, pueden ser cuatro. Lo que sí sabemos con certeza es que estamos pronto a soltar la responsabilidad de la obra para que quede totalmente en manos de los nacionales.

9

Equipos plantadores y dones espirituales

Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios (Ro 11.29).

A LA HORA DE INVOLUCRARNOS en un ministerio facilitador de movimiento de plantación de iglesias debemos estar consientes que es necesario trabajar en equipo. Ninguno de nosotros es tan «apóstol» como Jesucristo para pretender hacer la obra solo. Al igual que Pablo y Bernabé, necesitamos de un equipo. Por supuesto, este ha de ser un equipo plantador de iglesias, podemos afirmar que este será un equipo ministerial apostólico. Para esto es de suma importancia el llamado ministerial que cada uno tenga de parte de Dios, como así también, igualmente importante, es el desarrollo de los dones espirituales. Entonces, este ha de ser un equipo que se mueve en el uso de los dones del Espíritu Santo.

El llamado de Dios

Como primera medida vamos a concentrarnos en el llamado. Es Dios quien llama, y como discípulos de Jesucristo debemos saber desde el principio a qué nos llamó el Señor.

Por lo cual asimismo oramos siempre por vosotros, para que nuestro Dios os tenga por dignos de su llamamiento, y cumpla todo propósito de bondad y toda obra de fe con su poder, para que el nombre de nuestro Señor Jesucristo sea glorificado en vosotros, y vosotros en él, por la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo (2 Ts 1.11-12).

Por tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor, ni de mí, preso suyo, sino participa de las aflicciones por el evangelio según el poder de Dios, quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos (2 Ti 1.8-9).

Una vez que sepamos cuál es el llamamiento personal que el Señor nos ha hecho, debemos concentrarnos en Él para ser tenidos por dignos del mismo. Sabiendo que Él nos llamó con llamamiento santo y no conforme a nuestras obras, sino según su propósito. Ahora estemos atentos, pues, según entiendo que el llamado de Dios tiene dos aspectos fundamentales. Un llamado a *ser* y un llamado a *hacer*.

Llamados a ser como Cristo

Extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús (Fil 3.12-14).

Hay un llamamiento supremo y de este nadie puede escaparse, antes bien, absolutamente todos hemos sido llamados. Debemos conocerlo, esto es por revelación del Espíritu Santo, y hacerlo así la meta de nuestras vidas.

Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que

fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos (Ro 8.29).

Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él (Ef 1.4).

Según estos pasajes, el supremo llamamiento de Dios es ser como Cristo, santo como Él es santo, conformados a su imagen y semejanza (Ro 8.29), sin manchas delante de Él (Ef 1.4). Este llamamiento, según se nos revela en las Escrituras, es hecho por el Señor nuestro Dios, desde antes de la fundación del mundo. Somos llamados para expresar su gloria. No somos meramente llamados a ser salvos y a recibir la vida eterna, sino somos llamados a ser transformados a la misma imagen de Jesucristo, santificados para su gloria.

A fin de que seamos para alabanza de su gloria (Ef 1.12).

Llamados para cumplir su propósito eterno

Este es el llamado a *hacer*. Como hijos de Altísimo y siervos de Jesucristo tenemos ministerios para desarrollar dentro del reino de Dios. Como miembros del cuerpo de Cristo tenemos funciones. El Señor «preparó de antemano buenas obras para que anduviésemos en ellas» (Ef 2.10). Este es un llamamiento a hacer su voluntad, conforme a sus propósitos. Un llamado a operar en la obra. Esta es la parte del llamamiento en cuanto a ministerio, función, operación, dones, talentos, gracia. ¿Qué miembro del cuerpo soy? ¿Cuál es mi función? También podemos expresarlo así: ¿qué tipo de árbol soy? O sea, ¿cuál es el fruto que se supone que debo dar? Tenemos ahora una vocación conforme al llamado.

Os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados (Ef 4.1).

Lo interesante de todo esto es que si bien Dios nos llama,

también nos capacita, con talentos, gracias, dones y ministerios. Conforme sea el llamado serán los dones que recibiremos. Algo más para destacar es que absolutamente todos y cada uno de los hijos de Dios tenemos por lo menos un don específico de parte de Él, para la edificación del cuerpo de Cristo.

Cuando Dios llama a alguien le dice a qué lo llama

Podemos ver a través de las Escrituras que cada vez que Dios llamaba a alguien para el ministerio, mayormente le decía a qué ministerio específico era llamado o qué función iba a cumplir. Veamos algunos ejemplos:

- ▶ *Moisés*: «te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo» (Ex 3.10).
- ▶ *Abram*: «Vete [...] a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande» (Gn 12.1-3).
- ▶ *Gedeón*: «Ve [...] y salvarás a Israel de la mano de los madianitas» (Jue 6.14).
- ▶ *David*: «Me he provisto de rey» (1 S 16.1, 13).
- ▶ *Jeremías*: «Te di por profeta a las naciones» (Jer 1.5).
- ▶ *Ezequiel*: «Yo te envío a los hijos de Israel, a gentes rebeldes [...] les hablarás mis palabras escuchen o dejen de escuchar» (Ez 2.3-8).
- ▶ *Amós*: «Ve y profetiza a mi pueblo Israel» (Am 7.15).
- ▶ *Simón Pedro y Andrés* su hermano: «Venid en pos de mi, y os haré pescadores de hombres» (Mt 4.19).
- ▶ *Pablo*: «Instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel» (Hch 9.15).

Cada uno de estos siervos desde el mismo momento del llamado de Dios personal a sus vidas supieron a qué habían

sido llamados. Supieron cual sería en el futuro sus funciones específicas. Ninguno de ellos fue llamado de manera general y de manera superflua. Entonces Dios no llama a nadie al ministerio sin que antes lo haya equipado con los dones necesarios. Tampoco da dones a sus siervos sin que al mismo tiempo llame al que los recibe a usarlos. Las preguntas que surgen en este momento son: ¿has oído el llamado de Dios? ¿A qué te ha llamado Dios? ¿Puedes identificarlo con claridad y certeza? ¿Adónde te ha llamado? ¿Estás en el lugar que Dios quiere que estés? ¿Estás haciendo lo que Dios quiere que hagas?

Los dones espirituales

Porque deseo veros, para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis confirmados (Ro 1.11).

Los dones espirituales son capacidades sobrenaturales dadas por el Espíritu Santo a los seguidores de Cristo para que puedan cumplir la obra de edificar el cuerpo de Cristo, la iglesia, y extender el reino de Dios en todo el mundo. Necesitamos descubrir, desarrollar y usar los dones para la extensión del reino de Dios. Cada uno de los discípulos de Jesucristo hemos recibido al menos uno.

Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo (Ef 4.7).

Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios (1 P 4.10).

Así también vosotros; pues que anheláis dones espirituales procurad abundar en ellos para edificación de la iglesia (1 Co 14.12).

A cada uno se le da una manifestación especial del Espíritu para el bien de los demás (1 Co 12.7, NVI).

Como equipo ministerial plantador de iglesias debemos reconocer que somos un cuerpo con distintos miembros y

cada miembro tiene distintas funciones y dones. Pero todos en unidad somos complementos los unos de los otros conformando un cuerpo ministerial.

Todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor (Ef 4.16).

Las personas que se mueven con un determinado don, eventualmente experimentan un sentido intuitivo que les permite saber cuál será el próximo paso a dar en su área.

Desarmonía en el cuerpo

Permíteme hacer una representación gráfica de las dificultades que se vivirían en el cuerpo si cada miembro no supiera cual es su función específica y si todos quisieran que los demás sean igual a ellos. Cosas que no al extremo como se expresa aquí, pero que son reales en muchas iglesias o equipos ministeriales.

Podemos comenzar diciendo que el pie está molesto porque piensa que es el único que camina y los demás no lo hacen. El ojo pretende que todos vean lo mismo que él. La mano quiere agarrar todo para sí. El oído no puede entender como los demás no escuchan. La lengua tiene pretensiones de que todos deberían hablar igual que ella.

De esta manera, el que es evangelista quiere que todos evangelicen y tengan los mismos resultados que él. El maestro pretende que todos deben adoptar su método de estudio minucioso y apologético de las Sagradas Escrituras. El pastor pretende que cada misionero debería estar plantando una iglesia. El que tiene el don de servicio o misericordia pretende exigir que todos debieran salir a dar de comer a los pobres, etc.

Como consecuencia de todo esto, el evangelista se siente acusado por el maestro porque le dice que usa métodos de-

masiado contextualizados y poco bíblicos para evangelizar. El maestro se siente acusado por el que tiene don de misericordia porque dice que no sale a relacionarse con la gente. El pastor se siente de alguna manera un poco superior a los demás porque él planta iglesias y los otros no. El que tiene don de misericordia se siente acusado por esta actitud del pastor.

Salvando las exageraciones ilustrativas, cuando estas cosas ocurren nos revelan una grave falta de discernimiento del cuerpo de Cristo e ignorancia acerca de la diversidad de dones espirituales dados por Cristo a la iglesia para la edificación del cuerpo y la extensión del reino.

Un equipo ministerial plantador de iglesias efectivo es aquel cuyos miembros conocen sus dones (gracia, talento, llamado ministerial), conocen sus limitaciones, reconocen los dones que Dios repartió al resto de los miembros del equipo, no juzgan ni se sienten juzgados por los demás, ni se exaltan a sí mismos como si fueran los únicos conocedores de la verdad. Son conscientes de que solos no pueden hacer nada, que son complementos los unos de los otros. Y cada uno en sus funciones, como un solo hombre, avanzan hacia la misma meta: el cumplimiento de los propósitos de Dios, el establecimiento de su reino hasta lo último de la tierra.

Aun así, no debemos confundir los dones espirituales con los deberes cristianos. Esto significa que no debemos usar la falta de ciertos dones como excusa para no cumplir los mandamientos que Dios nos da a todos los creyentes. El Señor a todos nos manda a evangelizar, a discipular, a enseñar, a dar, a tener misericordia, a tener sabiduría, a tener fe, a orar por los enfermos, etcétera. La diferencia radica en que seremos más efectivos y llevaremos más fruto en aquello según el don que hemos recibido.

Cómo descubrir nuestros dones

En su libro: *Sus dones espirituales, pueden ayudar a crecer a su iglesia*, Peter Wagner dedica un capítulo a este tema de cómo descubrir nuestros dones. Del mismo, tomo un resumen muy breve que nos puede ayudar un poco de manera práctica. El autor menciona que frecuentemente usa cinco pasos que enumeraremos aquí:

- ▶ El primer paso es explorar las posibilidades, es decir familiarizarse con los dones que Dios ha dado al cuerpo de Cristo. Esto es conocer acerca de ellos por todos los medios posibles.
- ▶ El segundo paso, es experimentar con tantos como crea tener. Dice que descubriremos nuestros dones de la misma manera que descubrimos nuestros talentos: practicándolo. Y menciona el ejemplo que nunca sabremos que no tenemos el talento para escribir poesías si no lo intentamos.
- ▶ Paso número tres, examinar sus sentimientos. Dice, lo normal es que el cristiano se siente bien en el trabajo que hace porque ha descubierto que es el don espiritual que Dios le ha dado. Uno encuentra un especial gozo en el ejercicio de sus dones.
- ▶ Cuarto paso, evaluar su eficacia. Las personas con determinados dones dan buenos resultados en su área.
- ▶ Quinto paso, hay que esperar confirmación del cuerpo. La confirmación del Cuerpo es una comprobación en todos los pasos. Este paso es el número cinco en orden, pero en muchos aspectos es el más importante de todos.

Lista de dones espirituales

Veamos a continuación un cuadro comparativo con los do-

nes del Espíritu detallados en los tres pasajes principales de las Escrituras que tratan sobre el tema.

Ef 4.11	Ro 12.6-8	1 Co 12.7-10	1 Co 12.28
Apóstoles			Apóstoles
Profetas	Profecía	Profecía	Profetas
Evangelistas			
Pastores			
Maestros	Enseñanza		Maestros
	Servicio		
	Exhortación		
	Repartir		
	Presidir		
	Misericordia		
		Sabiduría	
		Ciencia	
		Fe	
		Sanidad	Sanidades
		Milagros	Milagros
		Discernir espíritus	
		Lenguas	Lenguas
		Interpretar lenguas	
			Ayudas
			Administración

Principales ministerios del equipo apostólico

Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros (Ef 4.11).

Quisiera hacer una mención sobre los ministerios plasmados en el versículo anterior. Estos, de alguna manera se diferencian del resto de los dones en que son funciones del gobierno de la iglesia. Y como revela el versículo 12, la finalidad de estos es «perfeccionar a los santos para la obra del ministerio». Efesios 2.20 expresa que los apóstoles y profetas ponen el fundamento de la iglesia. Esto se menciona en 1 Corintios 3.11 y Romanos 15.20 también.

Veamos a continuación un detalle más de estos ministerios destacados:

- ▶ El apóstol enfoca su visión y su ministerio en los campos donde hace falta proclamar el evangelio, extender el reino de Dios y establecer la iglesia.
- ▶ El evangelista aparece como el brazo extendido del ministerio apostólico, colabora en la expansión del testimonio de Cristo.
- ▶ El profeta se destaca por su aguda visión del plan y propósito celestial.
- ▶ El pastor agrupa, aglutina y conforma la comunidad en el plano local. Atiende la espiritualidad, la comunión y la acción de la comunidad de los fieles. El maestro se ocupa de asegurar que todos crezcan hacia la madurez por medio de la enseñanza de la voluntad de Dios. Se destaca su fidelidad a la Palabra de Dios y su gracia en la comunicación.

Equipos plantadores de iglesias

Cuando formamos un equipo plantador de iglesias, la primera tarea será construir relaciones efectivas entre los miembros, y destrezas ministeriales que conduzcan a una efectiva siembra y multiplicación de iglesias. Es aconseja-

ble formular un acuerdo de equipo para establecer sus metas y funcionamiento, y esbozar una breve estrategia.

La meta como equipo debería ser, por ejemplo, la evangelización total de cualquier grupo humano en el que estemos trabajando. Nada menos que provocar un verdadero movimiento de plantación de iglesias en un grupo étnico determinado.

Es de suma importancia la visión que se tenga como equipo, y la estrategia que utilicemos para alcanzar el cumplimiento de esa meta. Luego, lo que hacemos debe estar en total coherencia con lo que creemos o esperamos que ocurra. La forma en que invertimos el tiempo o conducimos el ministerio debe estar de acuerdo con lo que declaramos que ocurrirá. Esperamos resultados del ministerio que realizamos.

Hablando sobre equipos, se consideran buenos aquellos que tienen una misma visión, una común meta. Diversidad de habilidades, talentos y dones que se complementan los unos con los otros. Liderazgo y comunicación adecuados. Entonces, ¿cuál es exactamente tu ministerio? ¿Qué clase de fruto estás esperando ver como resultado de tu ministerio?

Algunas recomendaciones

Eventualmente, en un equipo de plantación de iglesias tendremos distintos dones y haríamos bien en reconocer a cada uno de ellos. Esto permitirá que cada persona se concentre en sus funciones específicas para ser más productivo y fructífero, sabiendo que a la vez es parte de un equipo que se complementan unos a otros. Esto significará que no todos tienen que estar realizando las mismas tareas. Cada uno según la gracia que ha recibido del Señor.

Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios (1 P 4.10).

Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho (1 Co 12.7).

Otra cosa de suma importancia que deberíamos tener en cuenta desde el mismo comienzo de una nueva iglesia, es que recomendablemente no todos los participantes del equipo foráneo plantador de iglesia asistan periódicamente a las actividades de la misma. En un contexto islámico, cuantos menos extranjeros participen de los encuentros habituales de la iglesia mucho mejor será para su pleno desarrollo. Ya que esto no sería para nada estratégico, aunque también deberíamos mencionar que en países más restringidos sería provocar riesgos innecesarios en cuanto a temas de seguridad.

Deberemos saber que podemos ser parte muy activa de un movimiento de plantación de iglesias sin llevar la voz cantante, y aun sin necesidad de participar de gran parte de las actividades. El discipulado de obreros locales será la labor más trascendente e importante que realicemos en estos contextos islámicos.

Ruego a Dios que nos ayude por su gracia derramando su sabiduría sobre nosotros, para que seamos entendidos de cómo obra Dios en cada situación y que no seamos tropiezo para su obra al pretender actuar según nuestros razonamientos.

10

Movimientos de plantación de iglesias

Así que las iglesias eran confirmadas en la fe, y aumentaban en número cada día (Hch 16.5).

MUCHO SE ESTÁ HABLANDO en estos días sobre este tema, pero aun no todos están familiarizados con el término y, si preguntáramos acerca del significado, no todos podrían responder con seguridad. Por esta razón, lo primero que haremos aquí es traer una definición sencilla que nos ayude a unificar criterios. Un movimiento de plantación de iglesias es una multiplicación rápida de iglesias nativas.

Los movimientos de plantación de iglesias son las herramientas que Dios en su soberanía está utilizando en estos tiempos para el avance de su reino y acelerar de esta manera el regreso de nuestro Señor Jesucristo, según la profecía de Mateo 24.14, que enuncia que antes del fin «será predicado este evangelio del reino en todo el mundo para testimonio a todas las naciones». Debemos destacar que esto

de ninguna manera es una moda más de algún sector del movimiento misionero, como algunos han querido expresar. Con total certeza puedo afirmar que no es una moda más, ya que es algo que Dios utilizó en tiempos de la primera iglesia comenzando desde Jerusalén. Como hemos visto en Hechos 16.5 «las iglesias [...] aumentaban en número cada día». Y también en los siguientes pasajes y en otros más, vemos esta multiplicación:

Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente (Hch 6.7).

Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria; y eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo (Hch 9.31).

Importancia de la visión

El propósito eterno de Dios, según Génesis 1.28 en la creación es: «fructificad, multiplicaos, llenad la tierra». Los movimientos de plantación de iglesias no son la meta final sino el medio para alcanzar la meta final, cumplir el propósito eterno de Dios. Establecer el reino de Dios hasta lo último de la tierra. Tener visión es mirar hacia el futuro y ver lo que Dios quiere hacer por medio de nosotros para lograr sus propósitos.

Tener una clara visión ayuda a reenfocar el trabajo cuando las circunstancias presionan para darse por vencido. Impide que otros determinen cuál debería ser la visión para su contexto.

Sin visión el pueblo se desenfrena (Pr 29.18, NVI).

Si no tenemos la visión de un movimiento de plantación de iglesias, seguramente no lo lograremos. La visión es de vital importancia, porque no se puede apuntar a lo que no se puede ver. ¿Qué estás haciendo? ¿La forma en que invier-

tes tu tiempo o conduces tu ministerio está en línea con lo que tú declaras que esperas que pase? ¿Estás realmente esperando algún resultado de tu ministerio actualmente? Si no, ¿qué necesitarías cambiar? ¿Qué clase de fruto estás esperando ver como resultado de tu ministerio?

Deberíamos destacar también que no es lo mismo, y hay una gran diferencia, entre una visión de plantación de iglesias y una visión de movimiento de plantación de iglesias.

En una plantación de iglesia, según diversas experiencias que hemos tenido en nuestros países de América Latina y otros lados, solo hace falta un pastor para comenzar, a lo sumo, este se puede beneficiar de algún evangelista que ayude en el comienzo de la misma. De esta manera, el pastor llega a ese nuevo lugar donde va a plantar la iglesia, cuando se convierten algunos los reúne en un local determinado, establece horarios de reuniones y así comienza la iglesia con todas sus actividades. Él es el pastor, puede ser un líder con características diversas, más participativo o menos participativo, pero él es el pastor. Pasan los años y él sigue siendo el pastor. Dependiendo de distintas circunstancias, la iglesia puede crecer o no, puede llegar a ser una mega iglesia, pero él sigue siendo el pastor. Este modelo, sin querer o sin darnos cuenta, lo hemos trasladado a algunos países islámicos, y ahí estamos.

En un movimiento de plantación de iglesias es necesario usar otros dones aparte del de pastor o evangelista; se necesita más un equipo ministerial apostólico. Y si en este equipo ministerial tenemos pastores, estos deberán aprender que sus funciones serán diferentes a las convencionales, ya que entre otras cosas solo se le permitirá ejercer la función o cargo de pastor por un tiempo limitado, con el fin de modelar, pero deberá estar pronto a dejar su lugar a otros obreros nacionales. En un movimiento de plantación de iglesias el mayor esfuerzo ministerial es la formación o

capacitación de obreros locales. Esta tarea debe hacerse con concentración, intensidad y continuidad. Cuantos más obreros locales formemos, cuanto más rápido los formemos, cuanto más pronto les deleguemos responsabilidades, más pronto tendremos un movimiento de plantación de iglesias.

Elementos necesarios

- ▶ *Visión.* Sin una clara visión que motive la fe, será casi imposible ver un movimiento de plantación de iglesias
- ▶ *Oración.* Es la prioridad número uno para cada movimiento de plantación de iglesias: «Oh Señor, solo tú puedes hacer que esto suceda». La iglesia primitiva nació en medio de la oración en el aposento alto (Hch 1-2).
- ▶ *Evangelismo.* De manera abundante, es esencial en todo movimiento de plantación de iglesias. Siguiendo el principio natural de la siembra y la cosecha. Sembrar abundantemente para cosechar abundantemente. Los nuevos creyentes deben cargar sobre sus hombros con la responsabilidad de la gran comisión.
- ▶ *Discipulado.* Colocar el fundamento firme de la Palabra de Dios y el concepto del sacerdocio de cada creyente. Asimilar rápidamente a los nuevos convertidos dentro de la vida y el trabajo de la congregación. Pronto se los pone a trabajar, a que funcionen.
- ▶ *Plantación intencional de iglesias.* Esto significa que debemos planificar una estrategia concreta de plantación de iglesias. Normalmente las iglesias no nacen por inercia.
- ▶ *Liderazgo local.* Capacitar equipos locales. Identifica-

mos, equipamos y capacitamos a líderes nativos para asociarnos junto a ellos en relaciones y misiones. Los misioneros foráneos comprenden que su rol es pasar a los hermanos locales su visión, pasión y habilidades aprendidas, para servir junto con ellos. El entrenamiento efectivo de liderazgo es fundamental para el éxito del movimiento de plantación de iglesias. Se reconoce claramente que todos somos salvos por gracia, igualmente capaces de ser usados por Dios. Refuerza el concepto de que el cristianismo no es una religión occidental sino una expresión del cuerpo de Cristo dado a todos los creyentes. Evita establecer un estándar de liderazgo inalcanzable. Los nuevos creyentes no necesitan pensar que tienen que alcanzar el mismo nivel de educación que el misionero tiene para guiar al pueblo de Dios.

- ▶ *Liderazgo múltiple y voluntario* mantiene creciendo el movimiento. Animamos a que al menos dos o tres líderes en cada congregación compartan las responsabilidades ministeriales.
- ▶ *Liderazgo laico*. Pastores biocupacionales. Se disminuye el tiempo de incorporación de líderes locales. Se reducen los requerimientos.
- ▶ *Iglesias reproductivas*. Los movimientos de plantación de iglesias no surgen sin un deliberado compromiso de plantar iglesias reproductivas. Que todo sea reproducible. En el área de evangelismo, capacitación y plantación de iglesia.
- ▶ *Iglesias en las casas*. Reunirse en los hogares, permite al movimiento mantenerse por debajo de la vista de las autoridades y diseminarse rápidamente sin llamar tanto la atención. No son costosas y permiten más recursos para alcanzar a los vecinos.

- ▶ *capacitación de líderes sobre la marcha*, a medida que hacen su trabajo.
- ▶ *Pronta salida de la escena* principal por parte de los misioneros extranjeros. Modelo ministerial de Pablo con tiempo determinado de salida frente al modelo colonial con arraigo vitalicio. A estos últimos les cuesta tanto soltar que, finalmente, se les pide que se vayan. Enfocamos la formación de líderes nativos y la salida de la escena, bajo el mismo principio de Jesús y el apóstol Pablo: ministerio por tres años. Jesús en tres años se dedicó a formar doce líderes. Pablo en tres años anunció «todo el consejo de Dios» a los ancianos que él mismo estableció en Éfeso (Hch 20.17, 26-28, 31):

Enviando, pues, desde Mileto a Éfeso, hizo llamar a los ancianos de la iglesia [...] Por tanto, yo os protesto en el día de hoy, que estoy limpio de la sangre de todos; porque no he rehuído anunciaros todo el consejo de Dios. Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre.

El modelo paulino levanta un liderazgo nativo (tres años en Éfeso) y luego sigue avanzando para llegar a lugares donde el evangelio aún no ha sido predicado.

Y de esta manera me esforcé a predicar el evangelio no donde Cristo ya hubiese sido nombrado para no edificar sobre fundamento ajeno (Ro 15.20).

Cuando los extranjeros se quedan mucho tiempo rehusando entregar las riendas del liderazgo de la iglesia, están privando a la nueva iglesia el poder aprender por si mismos. Y así limitan su desarrollo.

Impedimentos

Revisemos algunas prácticas que, llevadas desde occiden-

te, pueden llegar a ser impedimentos en la plantación de iglesias en contextos diferentes, como el islámico:

- ▶ Imponer a los nuevos cristianos altos requisitos extras para ser reconocidos como iglesia.
- ▶ Llegar a ser cristiano produce en el creyente una pérdida de valiosa identidad cultural.
- ▶ Las nuevas iglesias no pueden superar los modelos cristianos pre-existentes.
- ▶ Tratar de contener el movimiento de plantación de iglesias dentro de una denominación.
- ▶ La plantación no puede reproducirse de manera autóctona.
- ▶ El dinero que provee subsidios crea dependencia, y mayormente si este es foráneo.
- ▶ Las iglesias exigen que los líderes tengan requisitos que van más allá de aquellos que la Biblia enseña.
- ▶ El mayor de todos los impedimentos es crear dependencia en el fundador de la iglesia en vez de en el Señor.
- ▶ Visión borrosa o falta de fe. No se puede apuntar a lo que no se puede ver. «Donde no hay visión, el pueblo se extravía» (Pr 29.18, NVI y LBLA).
- ▶ Falta de fe. Si no creemos realmente que un movimiento de plantación de iglesias es posible, no tomaremos las acciones necesarias para ponerlo en existencia.
- ▶ Ir paso a paso de forma rígida y estructurada (Hch 1.8). Esta puede ser la manera de progresar en los esfuerzos humanos normales, pero no siempre esto ocurre en un movimiento de plantación de iglesias. Muchas veces se combinan múltiples pasos al mismo tiempo.

- ▶ Responsabilizar a Dios, diciendo: «Quizás aún no es el tiempo de Dios para que esto ocurra aquí».

El plantador de iglesias

A la hora de establecer un ministerio enfocado a desarrollar o facilitar movimientos de plantación de iglesias será de suma importancia que contemos con algunos dones específicos. Personas con un llamado ministerial concreto, enfocados intencionalmente a provocar estos movimientos de multiplicación. A estos algunos lo llaman plantadores de iglesias, algunos de los cuales también serán coordinadores de estrategias, o seguramente podremos encontrarles otros nombres para identificarlos. Pero con todo esto, algunos, según su llamado particular de Dios, seguramente cumplirán funciones ministeriales apostólicas. Un buen plantador de iglesia generalmente posee las siguientes características: es hábil para congregar gente, tiene la habilidad para desarrollar y guiar líderes. Es visionario, motivador, inclusivo, usa dones de otros, es flexible, une a la iglesia, tiene adaptabilidad, ejerce la fe, testifica, se relaciona, es dedicado al crecimiento, responde a la comunidad. Es un modelador; el plantador de iglesias debe estar consciente de que la manera en que plante la primera iglesia, afectará la manera en que se planten las futuras iglesias.

Es un coordinador de estrategias. Su objetivo ministerial, básicamente, es el de facilitar un movimiento de plantación de iglesias autóctono en un determinado grupo de personas. Entre otras cosas, su mayor trabajo es diseñar e implementar estrategias para comenzar y cultivar uno de estos movimientos entre un grupo étnico o en un segmento de la población. En un sentido cumple el rol de agente de redistribución, llevando estos recursos a un grupo étnico necesitado. Estas personas están usualmente liderando los

esfuerzos para unirnos a Dios en llevar a los pueblos del mundo a su conocimiento y alabanza.

Algunas funciones

Investiga y aprende la cosmovisión del grupo, su cultura, el idioma. Implementa proyectos de desarrollo que le permitan el testimonio cristiano. Estos proyectos:

- ▶ Responden a necesidades legítimas.
- ▶ Proveen interacción con la gente.
- ▶ Permiten oportunidades para testificar y plantar iglesias.
- ▶ Establecen ministerio pionero de evangelismo y discipulado.
- ▶ Al comenzar la iglesia se concentra en la formación de líderes locales.
- ▶ Debe ser un padre espiritual o un mentor, pero no un controlador.
- ▶ Debe tener habilidad para delegar responsabilidades. La falta de confianza en los creyentes revela falta de confianza en Dios.
- ▶ Prontamente delega el liderazgo. Involucra prontamente a los nuevos en el ministerio.
- ▶ Moviliza redes de oración intercesora enfocada a la plantación de iglesias.
- ▶ Realiza alianzas estratégicas con otras organizaciones que trabajan en la región para facilitar un movimiento de plantación de iglesias.
- ▶ Capacita o fomenta la capacitación de obreros.

El ministerio apostólico

Por medio de él, y en honor a su nombre, recibimos el don apostólico para persuadir a todas las naciones que obedezcan a la fe (Ro 1.5, NVI).

Según el apóstol Pablo, por medio de Jesucristo algunos reciben este don apostólico. Y lo que sigue es: «para». Esta palabra para y lo que sigue a continuación nos revelan la causa o el propósito por el cual es repartido este don específico. Por lo que el apostolado es para persuadir a todas las naciones que obedezcan a la fe.

Apóstolos (del griego): alguien que es enviado con una misión específica. En el Nuevo Testamento significa: enviado, mensajero, emisario o embajador. El énfasis de la palabra está en la autoridad transferida del que envía al que es enviado. Jesús fue el apóstol por excelencia (Jn 6.29).

Considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús (He 3.1).

Históricamente, los apóstoles son los que ponen el fundamento de la iglesia (Hch 2.42). Los doce cumplieron un ministerio único y son irremplazables. Aunque otros apóstoles son mencionados en las Escrituras, lo que significa que no solo los Doce son apóstoles sino que el apóstol está dentro de los dones que el Señor derrama en su iglesia. Aparece en Efesios 4.11; Jesús dio estos ministerios a la iglesia después de su resurrección y ascensión. Entre otros más, se incluyen a Pablo y Bernabé (Hch 14.4). «Cuando lo oyeron los apóstoles Bernabé y Pablo». Pablo es el ejemplo del ministerio apostólico. Estableció iglesias, formó líderes, trabajó en equipo, estableció ancianos en las nuevas comunidades, resolvió problemas de conducta en las iglesias entre los líderes, etc.

Algunos aspectos del ministerio apostólico

Están relacionados específicamente con la edificación de la iglesia y su fundamento (Ef 2.20; 4.11-16). Son responsables por el nombramiento de los ancianos (Hch 14.23; Tit 1.5). Abren nuevas fronteras para la predicación del evangelio y la extensión del reino de Dios (Ro 15.17-20; 2 Co 10.14-16). Forman equipo ministerial con otros que tienen distintos dones. Son hombres de Dios con visión, con claridad. Dan dirección, ministran palabra de fe, visión. Ponen el fundamento en las iglesias. Su ministerio transmite seguridad. Su predicación y sus enseñanzas son acerca del reino de Dios y el señorío de Jesucristo, buscando la exaltación del nombre de Dios. De ninguna manera buscan la exaltación de su propio ministerio.

Son enviados en una misión especial, por un periodo de tiempo. Introducen el reino de Dios. Su ministerio es frontal. Las señales sirven para confirmar la veracidad del mensaje. Se destaca su autoridad espiritual, su poder y unción.

Por las manos de los apóstoles se hacían muchas señales y prodigios en el pueblo (Hch 5.12).

El apóstol como perito arquitecto

El ministerio apostólico se concentra en poner bien el fundamento, como perito arquitecto (1 Co 3.10-11):

Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire como sobreedifica.

Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas (Ef 2.19-20).

Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles (Hch 2.42).

El arquitecto siempre antes de edificar dibuja los planos.

Nunca se separa de sus planos. Establece las bases, luego supervisa la obra y corrige lo deficiente. Pero nunca es el dueño de la obra.

De la misma manera consideramos a Jesús como el apóstol por excelencia, el modelo apostólico a imitar. También Él, como perito arquitecto, puso el fundamento de la iglesia. Y más que ponerlo, Él mismo es el fundamento de la iglesia, la piedra fundamental de la misma.

Siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo (Ef 2.20).

Considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús (He 3.1).

Jesús fue enviado por el Padre con una misión específica. En su apostolado formó líderes. Dio fundamento, base y solidez a la iglesia. Gobernó con sabiduría, dando seguridad, orden y estabilidad a sus seguidores. Comisionó a los apóstoles para orientar a su pueblo y para extender su reino.

Las marcas del apostolado

Porque según pienso, Dios nos ha exhibido a nosotros los apóstoles como postreros, como a sentenciados a muerte; pues hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres. Nosotros somos insensatos por amor de Cristo, mas vosotros prudentes en Cristo; nosotros débiles, mas vosotros fuertes; vosotros honorables, mas nosotros despreciados. Hasta esta hora padecemos hambre, tenemos sed, estamos desnudos, somos abofeteados, y no tenemos morada fija. Nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos; nos maldicen, y bendecimos; padecemos persecución, y la soportamos. Nos difaman, y rogamos; hemos venido a ser hasta ahora como la escoria del mundo, el desecho de todos (1 Co 4.9-13).

Muchas veces se presenta el ministerio apostólico como algo bonito y deseable, pero no deberíamos dejar de observar que el apostolado conlleva consigo marcas del precio

que cuesta el ministerio. De alguna manera son los más expuestos ante las persecuciones y dificultades, como se muestra en el pasaje anterior.

Tampoco deberíamos dejar de destacar que el reino de Dios se manifestaba con demostraciones de poder, con señales y prodigios. Y que las señales, prodigios y milagros eran signos evidentes del apostolado:

Con todo, las señales de apóstol han sido hechas entre vosotros en toda paciencia, por señales, prodigios y milagros (2 Co 12.12).

Por mano de los apóstoles se realizaban muchas señales y prodigios entre el pueblo (Hch 5.12).

Y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostraciones del Espíritu y de poder (1 Co 2.4).

Por tanto, se detuvieron allí mucho tiempo, hablando con denuedo, confiados en el Señor, el cual daba testimonio a la palabra de su gracia, concediendo que se hiciesen por las manos de ellos señales y prodigios (Hch 14.3).

11

Avance y conquista

Ahora, pues, levántate y pasa este Jordán, tu y todo este pueblo, a la tierra que yo les doy [...] Yo os he entregado, como lo había dicho a Moisés, todo lugar que pisare la planta de vuestro pie (Jos 1.2-3).

EL SEÑOR VIENE PRONTO! Y, verdaderamente, está viniendo. El reino de los cielos se ha acercado. Está entre nosotros. ¡Jesucristo vuelve! Lo proclamamos con gozo y gran expectativa. ¡Maranata! ¡El Señor viene!

Cuando nos paramos con una actitud de ser provocadores o facilitadores de movimientos de plantación de iglesias intencionalmente, y más aun cuando nos enfocamos en campos todavía no alcanzados con el evangelio, y comenzamos a planificar y a dar algunos pasos concretos hacia este objetivo, pronto nos encontraremos con muchos obstáculos y tropiezos delante nuestro. Encontraremos oposición. Encontraremos fortalezas y puertas cerradas. Territorios amurallados difíciles de penetrar. Nuestros días estarán cargados de situaciones que buscarán desanimarnos y hacernos retroceder. Y seguramente, como nos

pasa cada vez, enfrentaremos nuevas formas de ataques que buscarán nuestras partes más débiles, aun aquellas que nosotros mismos no sabíamos que las teníamos.

Erramos si pensamos románticamente que «si es de Dios encontraremos las puertas abiertas y los caminos allanados». Sí, el Señor irá delante nuestro batallando a favor de nosotros, y Él abrirá puertas y cerrojos, allanará toda peña y hará caminos en la soledad, al punto que de otra manera nosotros mismos no podríamos hacerlo. Pero muchas, muchísimas veces, Dios espera que seamos nosotros quienes actuemos. Que seamos nosotros los que demos el primer paso hacia esas murallas fortificadas, que demos el primer paso hacia el imponente mar Rojo. Muchas veces el Soberano esperará que demos el primer paso para atacar con trescientos hombres a un ejército de más de ciento veinte mil soldados, como fue el caso de Gedeón.

Lo que quiero decir con esto, es que no siempre encontraremos todo fácil y ligero al realizar la obra del Altísimo. No siempre que encontremos puertas cerradas significará que no es su voluntad hacer tal cosa. No siempre que delante nuestro se estén cerrando todas las puertas significará que Dios ya no nos quiere en este ministerio. Una vez más debemos estar conscientes que la obra del Todopoderoso no se hace de manera natural, humana y lógica, sino que es sobrenatural y divina, utilizando nuestra humanidad como canales.

A modo de ejemplo podemos mirar el caso de Moisés. Nunca la tuvo fácil, él no se sentía preparado, cuando finalmente comenzó a considerar la posibilidad de aceptar el llamado del Señor, se enfrentó en su propia mente al pueblo de Israel diciendo: «Bueno, voy a ir ante ellos, ¿y qué les diré? ¿Quién me envía? No me creerán». La verdad, ¡era una locura! Cuando Dios lo convence de esto y avanza, encuentra el gran enfrentamiento con faraón, que por supuesto se le opuso tenazmente a la idea de liberar a sus es-

clavos. Ante el primer encuentro de Moisés con el faraón y su intento de hacer la obra que el Soberano le había encomendado, comienzan las consecuencias de ese enfrentamiento; en lugar de dejar ir al pueblo, faraón le impone al pueblo de Israel más trabajo forzado. En lugar de avanzar, ¡peor que antes! El objetivo era la liberación, pero en lugar de esto, más esclavizados y sometidos que antes. Finalmente y después de pasar tantas idas y venidas, plagas van y plagas vienen, logran escapar de Egipto. Y eso es lo que ocurre, escapan de Egipto.

Nosotros como buenos occidentales respetadores de las leyes establecidas hubiéramos esperado que la liberación fuera diferente. Y el faraón hubiera quedado en la historia como un gran hombre, si se hubiera firmado un documento declarando la abolición de la esclavitud, y el pueblo de Israel saliendo con honores hacia su nuevo destino de paz y libertad. Y a los pocos días de viaje, encontrarían unas verdes praderas, con frondosas arboledas, y bellos animalitos del campo como diciéndoles: «Bienvenidos a casa». Pensamos que si es de Dios, Él abrirá las puertas y allanará el camino, ¿no? Pero no siempre la vida y la obra de Dios son como nosotros nos imaginamos.

Al fin, infringiendo las leyes de migraciones, el pueblo se escapa y logra avanzar bastante, hasta que de repente se encuentra con el mar Rojo, sin puentes, ni balsas, ni ferrys que les permitan cruzar hacia el otro lado; y detrás de ellos acercándose cada vez más y con muy mal humor, los perseguía faraón con todo su ejército. Conocemos la historia, Dios hace el milagro y cruzan el mar en seco. Pero para Moisés nada cambia, el pueblo comienza a quejarse y a quejarse y a quejarse, y a apartarse de los caminos del Señor. Pero con todo, Moisés se mantuvo firme mirando hacia la meta porque tenía un llamado muy claro y específico del Soberano. A pesar de las tantas dificultades, luchas y

pruebas; puertas que se cerraban y caminos que se borraban delante de él, seguía buscando y dependiendo de la guía del Espíritu, ya que una cosa tenía en claro y esto atesoraba en su corazón: ¡el Altísimo le había hablado! Así que no siempre al hacer la obra de Dios encontraremos puertas abiertas y caminos allanados.

En esto de avanzar y conquistar para el establecimiento del reino de Dios, y sobre todo en tierras áridas espiritualmente, usurpadas por el enemigo y sus huestes de maldad; cuando comenzamos a experimentar las adversidades, encontramos dos cosas bien concretas e importantes en gran manera, que haremos bien en reconocer y discernir delante de nosotros a la hora de vivirlas: primero, que el Señor quiere perfeccionarnos y santificarnos cada vez más para hacernos aptos para realizar su santo propósito, y segundo, que el enemigo nos atacará frontalmente y buscará nuestros puntos más débiles para avergonzarnos y sacarnos de la batalla, levantado como león rugiente en contra de nuestras vidas. ¡La guerra ha sido declarada!

Dios nos perfecciona

Reconocemos que esta gran empresa es de Dios. Esta guerra es del Altísimo, es su lucha por restablecer su reino en toda la tierra. Solamente que Él se ha propuesto hacerlo usando nuestras vidas. Jesús, el Hijo del Hombre, fue quien comenzó esta batalla aquí en la tierra dejándonos ejemplo y enseñándonos cómo hacerlo. Su propósito es vencer con sus criaturas redimidas a sus criaturas rebeladas.

Ahora, ¿cómo pretendemos nosotros, hombres y mujeres imperfectos, con nuestras naturalezas pecaminosas gobernando sobre nuestras vidas, vez tras vez siendo manipulados por nuestros propios corazones engañosos

más que todas las cosas (Jer 17.9), realizar la obra de Dios santa y perfecta? ¿Cuántas veces pretendemos hacer su obra motivados por nuestro emocionalismo momentáneo, que sube y baja como las olas del mar? El Señor, a través de Santiago 4.8 nos exhorta diciendo: «Vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones».

Cómo osamos tan siquiera poner nuestras manos manchadas de pecados para guardar el santo testimonio del Altísimo, como cuando Uza pretendió sostener el arca de Dios y cayó muerto por causa del furor del Señor (2 S 6.6-7). Como nos enseñan las Escrituras, estamos agradecidos porque «por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad» (Lam 3.22-23).

Pero cómo osamos ser portadores del mensaje de paz y salvación, mensajeros del amor y perdón de Dios a los pueblos no alcanzados cuando como nos advierte Santiago, nuestra propia

lengua es un fuego, un mundo de maldad [...] y contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno [...] pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal (Stg 3.6-8).

Cómo pretendemos ser tan escrupulosos y disciplinados en nuestras mentes, que nos sentamos a planificar el futuro como si de nosotros dependiera, y luego lo espiritualizamos orando y pidiendo al Soberano que bendiga nuestros planes que tan minuciosamente hemos preparado en base a estadísticas, estudios de mercado y mapeos. Cuán ilusos que somos pretendiendo hacer la obra del Señor impulsados por nuestro raciocinio finito y natural. ¿Todavía no hemos entendido que Dios es sobrenatural, y que muchas veces nos resulta como ilógico e irracional? ¿A ver quién

puede explicar la Trinidad de una manera exacta? ¿O la encarnación o la resurrección? ¿O tantas otras cosas que Él ha hecho y sigue haciendo en medio de los tiempos?

Es tiempo de perfeccionamiento

Obviamente, ni a Dios le interesa, ni quiere, ni puede por su misma esencia, usarnos en un nivel de ministerio santo, de avance de su reino hasta lo último de la tierra, sin que pasemos por el fuego purificador. Jesús mismo pasó esta prueba, como dice:

Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos (He 2.10).

Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen (He 5.8-9).

Entonces, si Jesús fue perfeccionado por medio de las aflicciones y por medio de sus padecimientos, según la voluntad del Padre, cuánto más nosotros debemos ser perfeccionados. También es cierto que el Señor en su bendita misericordia nos usa en determinados momentos, de la misma manera que usó un burro o habló a través de la zarza, o utilizó tantas otras cosas naturales e imperfectas. Pero la voluntad del Altísimo en la realización de su eterno propósito es cumplir todas las cosas a través del cuerpo de Jesucristo que es su iglesia. Una iglesia gloriosa, sin manchas ni arrugas. Una iglesia con vestiduras de lino fino y resplandeciente. ¡Dios es santo! Su pueblo debe ser santificado. ¡Jesucristo es perfecto! Su cuerpo debe ser perfeccionado. Jesucristo está trabajando para presentarse a sí mismo una iglesia gloriosa, santa y perfecta.

▸ Es tiempo de santificación y perfeccionamiento. Por

lo que dice: «El que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía» (Ap 22.11).

- ▶ Es tiempo donde Dios ya no tolera más el pecado de su pueblo.
- ▶ Es tiempo de medición y de nivelación. Pero no es una nivelación hacia abajo, sino hacia arriba, hacia la perfección y la santidad. Nivelación de transformación a la imagen y semejanza de Jesucristo.

Jehová entonces me dijo: ¿Qué ves, Amós? Y dije: Una plomada de albañil. Y el Señor dijo: He aquí, yo pongo plomada de albañil en medio de mi pueblo Israel; no le toleraré más (Am 7.8).

- ▶ Es tiempo de poda en nuestras vidas para que llevemos más y mejor fruto para la gloria del Padre que habita en la gloriosa santidad.

El Señor se alegra con nosotros cuando permanecemos en Él porque de esta manera llevamos fruto. Pero tampoco se conforma con unos pocos frutitos, Dios tiene un propósito y este es llenar toda la tierra de hijos a la imagen de Jesucristo, tener para sí un gran pueblo. Para esto el Señor Jesús nos encomienda: «Os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca» (Jn 15.16). Y también: «En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos» (v. 15.8). Es por eso que antes dice: «Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto» (v. 15.2).

- ▶ Es tiempo de poda. Es tiempo de limpieza. El Espíritu Santo quiere perfeccionarnos y santificarnos. Quiere hacernos aptos para el ministerio. Es tiempo de quitar a unos y limpiar a otros.

Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios (1 P 4.17)

Santidad

Vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria. Y los quiciales de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo. Entonces dije: ¡Ay de mí! Que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al rey, Jehová de los ejércitos.

Y voló hacia mí uno de los serafines, teniendo en sus manos un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas; y tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado. Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Entonces respondí yo: Heme aquí, envíame a mí (Is 6.1-8).

Aún los serafines, espíritus ministradores de Dios, siendo sin pecado, se cubren sus rostros ante la presencia majestuosa y santa de Dios. Como el Señor mismo afirma a Moisés cuando este le pidió ver su gloria: «No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá» (Éx 33.20).

Tal es la magnificencia del Altísimo, tal es el resplandor de su gloria, tal es la hermosura de su santidad, tal su pureza; y de la misma manera tal es la impureza y contaminación de la naturaleza pecadora del hombre que no podría permanecer ni tan siquiera un segundo en su presencia santa. ¡Oh, si pudiéramos comprender un poco de la santidad de Dios! También estos serafines en la presencia de Dios cubren sus pies, como señal de que todo lugar que contiene la presencia del Altísimo Soberano es santo. Por esto mismo el Señor, mientras se manifestaba a Moisés hablando con él desde la zarza ardiendo, le dijo: «No te acer-

ques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tu estas, tierra santa es [...] entonces Moisés cubrió su rostro porque tuvo miedo de mirar a Dios» (Ex 3.5-6). Otra vez, es Moisés quien cubre su rostro por temor ante la santidad gloriosa de Dios.

Haremos bien en prestar la atención que se merece al hecho de la repetición por tres veces de la palabra «santo». Debemos saber que en la literatura hebrea se usaba este tipo de repetición como una forma de énfasis acentuada; y lo vemos en distintas ocasiones a lo largo de las Escrituras. Para que podamos entender la suma importancia de la santidad de Dios, Él nos lo revela con gran énfasis en la exaltación y reconocimiento por parte de los serafines, proclamando: «¡Santo, santo, santo!». Vale destacar que nunca leemos en la Biblia que Dios es amor, amor, amor; o misericordia, misericordia; o justicia, justicia, justicia; o poder, poder, poder; antes bien Él es «Santo, santo, santo». Y todo tiembla y se estremece ante la presencia de la santidad de Dios. Esta vez es Isaías quien teme por su vida ante tan gloriosa santidad. Es de destacar que cuanto más se nos revela la gloria y santidad del Señor a nuestras vidas, más desnudos y desprotegidos quedamos, dejando al descubierto nuestra miseria e inmundicia. Isaías se compadece de si mismo diciendo: « ¡Ay de mí, que soy muerto».

La santidad de Dios es tan sublime y nosotros tan pecadores, que se nos hace extremadamente difícil comprenderla. ¿Qué es la santidad? ¿Cómo es la santidad? ¿Qué se siente al ser santo? ¿Cómo se comporta lo santo? ¿Cómo nosotros siendo pecadores, de labios inmundos, que hemos nacido en naturaleza de pecado, podremos entender o explicar la santidad, si no es por revelación del Espíritu Santo a lo más profundo de nuestro ser? Nuestro querido pastor Keith Bentson lo ejemplificaba diciendo que es como pretender explicar cómo es el ancho y profundo mar

a alguien que jamás lo ha visto, ni siquiera en fotos, mostrándole un vaso de agua de aquel inmenso mar. Por más que nos esforcemos con las mejores explicaciones, jamás lo lograremos. Aun así, haremos un esforzado intento.

En este punto estoy casi inmóvil, sin poder expresar siquiera nada. Pensando y repensando. Meditando y volviendo a meditar. Vuelvo atrás y releo lo escrito hasta aquí... no puedo avanzar. Se me hace tan difícil. Lo sé, no es con palabras que conoceremos la santidad. Pero cuando se manifiesta en nuestras vidas, no se necesitan ni alcanzan las palabras para expresarlo. También es cierto, que cuando se nos manifiesta somos transformados y no podemos permanecer iguales, podemos decir que somos bautizados en ella. La santidad de Dios nos envuelve, nos inunda, ya no somos los mismos. Y este es el proceso de santificación por el que el Señor desea hacernos pasar. ¡Oh, que podamos dejar que el Espíritu Santo nos guíe cada momento a su santa presencia y así avanzar día a día en este proceso de santificación, siendo transformados a la misma imagen de nuestro Señor Jesucristo!

La primera imagen que se nos viene a la mente cuando hablamos de santidad es de pureza y perfección. Y esto es verdad. Pero no es exclusivamente esto. Es más que esto. Permítanme un atrevimiento: decir que Dios es santo es decir que Dios es trascendente.

R. C. Sproul, en su excelente libro sobre este tema, *La santidad de Dios*, lo describe de manera inigualable de la siguiente manera:

Trascendencia es aquello que está más allá de los límites naturales y desligados de ellos. Excede los límites usuales. El vocablo trascendencia describe a Dios en su majestad consumidora, en su elevada excelsitud. Señala la infinita distancia que separa a Dios de toda criatura. Él sobrepasa infinitamente a todo lo demás. Cuando la Biblia llama a Dios santo quiere significar primeramente que Dios está trascendentalmente separado. Él está por encima y más

allá de nosotros, que parece casi totalmente extraño a nosotros. Ser santo es ser otro, ser diferente de una manera especial. Las cosas que son santas están separadas, apartadas del resto. Han sido consagradas, separadas de lo común, para el Señor y para su servicio. Es una pureza trascendente. Cuando la palabra santo se aplica a Dios, no significa un atributo en particular. La palabra se usa como sinónimo de su deidad. La palabra santo llama la atención sobre todo lo que Dios es. Nos recuerda que su amor es amor santo, su justicia es justicia santa, su misericordia es misericordia santa, su conocimiento es conocimiento santo, su espíritu es espíritu santo.²

Vienen tiempos de poda para que llevemos más y mejores frutos para su gloria. Esto no es sino con dolor. No son tiempos fáciles, ni blandos, ni ligeros. Es tiempo de quebrantos y humillación delante de la majestad de la gloria de Dios.

Y santificaré mi grande nombre, profanado entre las naciones, el cual profanasteis vosotros en medio de ellas; y sabrán las naciones que yo soy Jehová, dice Jehová el Señor, cuando sea santificado en vosotros delante de sus ojos (Ez 36.23).

El enemigo contra-ataca

En segundo término, declarar objetivamente la intención de ser provocadores o facilitadores de movimientos de plantación de iglesias en tierras usurpadas es una abierta provocación a las fuerzas enemigas de maldad. Es un ataque al mismo corazón perverso y rebelde del enemigo. Lo que significará que tendremos una fuerte oposición de parte de estos principados y sus huestes de oscuridad. En cuanto nos vea medios débiles y distraídos, aprovechará para aplicarnos algunos de sus mejores contra-ataques. Pero gracias a Dios, tenemos la promesa de nuestro Co-

² R. C. Sproul, *La santidad de Dios*, págs. 44-46

mandante en Jefe, el Señor de los ejércitos, que las puertas del hades no prevalecerán contra nosotros, la iglesia.

Esto es como cuando Israel, luego de pasar los años del desierto, dirigidos por Josué se prepara para las consecuentes batallas contra los pueblos que habitaban en la tierra que debían poseer. Allí estaba la tierra prometida de Dios a su pueblo, pero este debía avanzar, luchar, conquistar y poseer la herencia recibida del Altísimo. Verdaderamente era tierra que fluye leche y miel, pero debía ser conquistada por medio de la guerra; sus habitantes debían ser expulsados de allí, y entonces poseerla. De igual manera hoy, espiritualmente hablando, debemos avanzar y conquistar la tierra prometida. ¡Esto es una guerra espiritual abierta y frontal! Pero como dice la Escritura:

Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra las huestes espirituales de maldad en las regiones celestes (Ef 6.12).

Muy claramente nos instruye el Señor haciéndonos saber que nuestra lucha no es con los hombres, ni con un indefenso diablito caricaturizado sino contra principados, potestades, gobernadores de las tinieblas, contra huestes espirituales de maldad. Lo que significa que no podemos entrar en territorio enemigo, desarmados y desprotegidos. No podemos ir a la conquista ignorantes de esta guerra espiritual, ni estar distraídos, porque el enemigo atacará cuanto menos lo esperamos y por donde menos lo imaginamos. Debemos estar consientes que:

Aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo (2 Co 10.3-5).

Por lo tanto, debemos tomar toda la armadura de Dios que nos enseña Pablo en su carta a los Efesios:

Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, vestidos con la coraza de justicia, y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz. Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno. Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios; orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos; y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuesto el misterio del evangelio (Ef 6.14-19).

El Señor nos da autoridad

Como primera instancia debemos saber que el Señor nos ha capacitado y dado autoridad y poder sobre toda fuerza del mal, a todos y cada uno de nosotros. Jesucristo nos delega de la autoridad que Él mismo recibió del Padre, por eso dice: «Toda potestad me ha sido dado en el cielo y en la tierra, por tanto id y haced discípulos a todas las naciones» (Mt 28.19). Por eso también cuando Jesús comisionó a los doce discípulos, les dio poder y autoridad sobre todos los demonios, y para sanar enfermedades. Y los envió a predicar el reino de Dios, y a sanar a los enfermos (Lc 9.1-2).

Igualmente, ocurrió cuando comisionó a los setenta, y cuando estos regresaron gozosos porque los demonios se les sujetaban en el nombre de Jesús, el Señor declaró que veía a Satanás caer del cielo. Enseguida les dijo:

Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo. He aquí os doy potestad de hollar serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo, y nada os dañará (Lc 10.18-19).

Y yendo, predicad, diciendo: El reino de los cielos se ha acercado. Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia (Mt 10.8-9).

También declaró el Maestro: «Estas señales seguirán a los

que creen: En mi nombre echarán fuera demonios» (Mc 16.17-18). Luego nos enseñó que para entrar en la casa del hombre fuerte, primeramente debemos atarlo:

Porque ¿cómo puede alguno entrar en la casa del hombre fuerte, y saquear sus bienes, si primero no le ata? Y entonces podrá saquear su casa (Lc 12.29).

Hay gran lucha

Resumiendo estas enseñanzas, sabemos que estamos en guerra espiritual, que el Señor nos da autoridad y poder sobre estas fuerzas de maldad en las regiones celestes. Que al llegar a campo enemigo primeramente debemos atar al hombre fuerte, que son los principados y potestades. Para luego entonces saquear sus bienes, sus pertenencias, que son las personas atadas y poseídas en tinieblas. Podemos ver en Daniel un ejemplo que muy claramente nos muestra estas batallas espirituales, cuan fuertes y concretas son. Vemos la gran lucha existente en los aires. Y también vemos los principados involucrados en estas batallas.

En aquellos días yo Daniel estuve afligido por espacio de tres semanas. No comí manjar delicado, ni entró en mi boca carne ni vino, ni me ungué con unguento, hasta que se cumplieron las tres semanas (Dn 10.1-3).

Quisiera destacar en el versículo uno lo que Daniel declara: «La palabra era verdadera y el conflicto grande». Y verdaderamente el conflicto es grande. Según la Biblia de Jerusalén, traduce que hay «gran lucha». Y en esto estamos. Pero aunque mucho se habla sobre guerra espiritual, tengo la impresión de que no somos totalmente conscientes de esto. Claro, estas cosas son espirituales, y solo se perciben y se comprenden espiritualmente. Tengo la sospecha y el temor de que no estamos siendo tan espirituales como deberíamos. «Mas el pueblo que conoce a su Dios se esforzará y actuará» (Dn 11.32). Por esta razón haríamos bien en to-

mar ejemplo de Daniel en afligir nuestros corazones y nuestra carne, con ayuno y oración. Daniel en esta ocasión lo hizo por espacio de tres semanas. Sigamos, pues, con la lectura:

Entonces me dijo: Daniel, no temas; porque desde el primer día que dispusiste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras; y a causa de tus palabras yo he venido. Mas el príncipe del reino de Persia se me opuso durante veintiún días; pero he aquí Miguel, uno de los principales príncipes, vino para ayudarme, y quedé allí con los reyes de Persia (Dn 10.12-13).

Tenemos aquí una demostración del obrar de Dios para con nosotros y su obra. El Señor no se tarda. El no demora su respuesta. Desde el primer día fueron oídas las oraciones, y en ese mismo momento salió la respuesta. Pero a causa del gran conflicto existente en los aires, la respuesta se ha demorado en llegar. En este caso se ha demorado tres semanas, pero eso por causa del tiempo escogido por Daniel para la oración y el ayuno. Esto me hace reflexionar sobre cuanta respuesta a alguna petición nuestra, quedará sin responder por nuestra falta de permanecer con la actitud adecuada en oración y ayuno por tiempo prolongado; hasta recibir la respuesta. En el versículo 13 se nos revela la batalla espiritual que nuestros ojos y oídos naturales no perciben.

Es un ángel quien está hablando aquí. Por deducción, basándonos en el capítulo anterior, podemos suponer que es el mensajero Gabriel. Este manifiesta que por espacio de veintiún días se le opuso, presentando resistencia otro ángel. Pero este es un ángel caído y lo menciona como el príncipe de Persia. Este no es un hombre de carne y hueso sino un príncipe de la potestad del aire. La lucha fue tan fuerte que Dios tuvo que enviar refuerzos. Y el enviado en esta ocasión fue «Miguel, uno de los principales príncipes». Un ángel guerrero del Altísimo, también llamado arcángel. El

mismo que está preparado por el Señor para luchar contra el dragón, que es el mismo Satanás, al final de los tiempos (Ap 12.7; Dn 12.1).

Entre tanta lucha y la perseverancia de Daniel en oración y ayuno, finalmente el mensajero Gabriel llegó con el mensaje que traía de parte de Dios. Pero le hace saber que a pesar de haber vencido esta batalla que duró veintiún días, tiene que regresar a seguir luchando con el mismo príncipe de Persia. Y al terminar con él, tendría que seguir otra batalla con el príncipe de Grecia, otro principado y potestad del aire, gobernador de las tinieblas.

Él me dijo: ¿Sabes por qué he venido a ti? Pues ahora tengo que volver para pelear contra el príncipe de Persia; y al terminar con él, el príncipe de Grecia vendrá. Pero yo te declararé lo que está escrito en el libro de la verdad; y ninguno me ayuda contra ellos, sino Miguel vuestro príncipe (Dn 10.20-21).

La alabanza como arma de guerra

Y cuando comenzaron a entonar cantos de alabanza, Jehová puso contra los hijos de Amón, de Moab y del monte de Seir, las emboscadas de ellos mismos que venían contra Judá, y se mataron los unos a los otros (2 Cr 20.22).

Esto es bien importante también a la hora de hacer guerra espiritual. Cuando de corazón y con sinceridad adoramos al Altísimo, entronizamos a Jesucristo en medio nuestro. Y lo que hacemos es construir un trono de alabanzas. Dice la Escritura que el Señor habita en la alabanza de su pueblo. Su presencia se manifiesta y se hace real en medio de sus hijos. Dios es luz, y cuando Él se manifiesta las tinieblas retroceden, se difuman. El enemigo no lo soporta y tiene que salir huyendo del lugar donde estamos. Es en estos momentos de ferviente lucha espiritual donde también el hablar en lenguas se convierte en una herramienta de gran valor para nuestro fortalecimiento y edificación personal.

Entonces, con inteligencia espiritual, en la guía del Espíritu Santo y ejerciendo el poder y autoridad que nos ha sido delegada por Jesucristo, avancemos y conquistemos los territorios usurpados para gloria de Dios Padre. Es tiempo de guerra, una guerra contra un fiero enemigo que no se dará por vencido así nomás. No se lo vence ignorándolo. Como iglesia debemos avanzar sobre el territorio ocupado. Debemos hacer guerra espiritual frontal. Nuestra posición no es de defendernos del enemigo sino más bien avanzar para reconquistar todos los reinos para nuestro Señor y Cristo.

Santificaos, porque Jehová hará mañana maravillas entre vosotros (Jos 3.5).

12

Preparémonos para la cosecha

Así es el reino de Dios [...] Y cuando el fruto está maduro, enseguida se mete la hoz, porque la siega ha llegado (Mc 4.26-29).

DIOS ES DIOS de milagros y maravillas. Cuando interviene lo hace de tal manera que queda bien claro para todos que Él se hizo presente. Nadie puede negar la intervención divina. Y de esta manera Él, y solo Él, recibe toda la gloria. Vez tras vez, lo vemos actuar de esta manera en las Escrituras. ¡Nuestro Dios es Dios de lo imposible!

Es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros (Ef 3.20).

Siempre se destaca en su obrar y nos sorprende. Así ha sido a través de toda la historia. Y como no podía ser menos, en este tiempo nos sigue sorprendiendo y obrando maravillas. Pero con todo, esto no se compara en nada con lo que ven-

drá. De aquí a poco, comenzará la última y gran cosecha. La lluvia tardía ha comenzado a caer. El fruto está madurando, y el tiempo de la siega se acerca. El día del Señor está cerca. Si de verdad creemos estas cosas debemos prepararnos, no sea que llegue y nos encuentre durmiendo como a las vírgenes insensatas. Debemos velar, y más aun cuando veamos que el día está cerca. Por mi parte, quiero estar totalmente involucrado en esto, para lo cual trabajo preparándome para ser parte activa de esta siega. No quiero ser sorprendido durmiendo. No deseo ser un espectador de este gran acto de Dios. Toda mi vida está dispuesta y dirigida a ser tenido por digno de este ministerio. Mi gran anhelo es ser parte activa de este mover del Espíritu Santo.

Hechos del Espíritu Santo

Para poder comprender mejor estas cosas podemos dar un breve repaso a los hechos del Espíritu Santo de estos últimos años, hablando específicamente de la obra de Dios entre los pueblos musulmanes. Para comenzar, estamos en condiciones de afirmar fervientemente que en estos últimos veinte años han venido más musulmanes a Cristo que en toda la historia de las misiones, donde Dios ha hecho cosas tremendas como nunca antes. Brevemente podemos mencionar algunos hechos sorprendentes que el Espíritu Santo ha realizado entre pueblos musulmanes.

Por ejemplo, hemos sabido que en Kazakistán hay entre 13.000 y 16.000 creyentes de trasfondo musulmán. Por ser esto un movimiento de plantación de iglesias, donde estas se reproducen y multiplican de manera que se pierde la cuenta y el control de este crecimiento. En Albania se conoce de más de 20.000 creyentes de trasfondo musulmán. Entre los bereberes de la Cabilia, al norte de Argelia, se habla de cerca de 80.000 creyentes de trasfondo musulmán. En Bangladesh se habla de un crecimiento y multiplicación

tal que se estima que la cantidad de creyentes de trasfondo musulmán actualmente ronda entre 100.000 y 400.000. En Cachemira unos 12.000 musulmanes dejaron la yihad por seguir al Príncipe de paz. Y así podríamos seguir enumerando...

En otro país del norte de África, me animaría a decir que más aún, no solo en las últimas dos décadas, sino en los últimos diez años, Dios ha estado haciendo cosas sorprendentes. Por ejemplo, hace poco más de diez años se conocían apenas unas diez o doce iglesias caseras que se reunían periódicamente en todo el país. En este último año se ha podido contabilizar más de 60 grupos-iglesias reuniéndose semanalmente, a lo largo y ancho del país. Esto significa que Dios, en su soberanía, ha producido un crecimiento de más del 500 por ciento en apenas menos de diez años. Es digno de destacar que en su gran mayoría han sido obreros nativos quienes han comenzado estas iglesias. Por lo que los mejores plantadores de iglesias están siendo los propios creyentes nacionales, que muy pronto están tomando la responsabilidad de extender el reino de Dios hasta lo último en su propia nación. No puedo dejar de regocijarme en el Señor por esto. ¡Mi corazón se enciende en alabanzas a nuestro Amado por estas cosas!

El Espíritu Santo está usando distintos medios para la proclamación del evangelio de salvación. Son muchísimas las personas que están escuchando las buenas nuevas de una manera u otra. Es gratificante ver como nuestros queridos hermanos nativos de trasfondo musulmán están creciendo en el Señor, alcanzando un grado de madurez que ellos mismos están llevando adelante esta obra.

Lo por venir

Mirad entre las naciones, y ved, y asombrados; porque haré una

obra en vuestros días, que aun cuando se os contare, no la creeréis (Habacuc 1.5).

Si el Altísimo soberano ha estado trabajando en algunos de estos países islámicos de la manera que hemos visto y otras tantas que no hemos mencionado. Y mayormente lo ha estado realizando en estos últimos años, el desafío es lo que viene por delante. Lo por venir.

Aun el Señor nos ha dejado palabra profética segura diciéndonos que hará una obra grande en nuestros días, que aún no lo creeremos. Dios es fiel y cumplirá cada una de sus palabras. Por eso también nos anima diciéndonos que nos ha entregado la tierra. Así que sin temor debemos subir y tomar posesión de ella.

Mira, Jehová tu Dios te ha entregado la tierra; sube y toma posesión de ella, como Jehová el Dios de tus padres te ha dicho; no temas ni desmayes (Dt 1.21).

Tierra, no temas; alégrate y gózate, porque Jehová hará grandes cosas (Jl 2.21).

He aquí el tiempo de la lluvia tardía ¡El Señor viene! Pero antes, experimentaremos la gran cosecha...

Bibliografía

- Alianza para la fundación de iglesias por saturación, Curso Omega: Entrenamiento práctico para sembradores de iglesias, South Holland, EEUU,
- Baker Ivan, *Multiplificación: id, haced discípulos*, Editorial Logos, Buenos Aires Argentina, 1975, 96 pág.
- Apuntes no impresos: Discipulado, formación de vidas y multiplicación, Argentina.
- Sermón titulado «La formación de obreros», predicado en noviembre de 1985 en el VI Retiro de Renovación Espiritual para Pastores y Obreros, Córdoba, Argentina.
- Baravalle Hugo, sermón titulado «Toma posesión de tu herencia», predicado el 1 de abril de 2001, San Martín, Buenos Aires, Argentina.
- Bentson Keith, Apuntes: La formación de vidas.
- Carlton Bruce, *Hechos 29*, International Mission Board, 2004, 244 pág., www.hispanos.imb.org/downloads/hechos%2029.pdf

- Churruarín Juan José, sermón titulado «Dones del Espíritu Santo», predicado en noviembre de 1985 en el VI Retiro de Renovación Espiritual para Pastores y Obreros, Córdoba Argentina.
- Cimbala Jim, *Fe Viva (Fresh Faith)*, Editorial Vida, Miami Estados Unidos, 1999, 220 pág.
- Fleshman Karla, Seminario: Visión, misión y valores básicos, Metropolitan Community Church, www.mcccchurch.org/programs/initiatives/churchplanting/training/cpvision_missioncore_sp.
- Garrison David, *Movimientos de plantación de iglesias*, Editorial Mundo Hispano, Texas, Estados Unidos, 2004, 352 pág.
- Los movimientos de plantación de iglesias, Junta de Misiones Internacional de la Convención Bautista del Sur, Richmond, Estados Unidos, 1999, 60 pág.
- Himitian Jorge, *Jesucristo el Señor*, Editorial Logos, Buenos Aires, Argentina, 1999, 190 pág.
- Hombre eres y no Dios*, Editorial Logos, Buenos Aires, Argentina, 1995, 90 pág.
- Volver al evangelio*, Editorial Logos, Buenos Aires, Argentina, 1995, 78 pág.
- Sermón titulado: «El evangelio del reino de Dios», predicado en Málaga, España, 2006
- Love Rick, Apuntes: Seminario sobre siembra de iglesias, dado en Priego de Córdoba, Granada, España,
- Nicholson Steve & Bailey Jeff, artículo: «¿Cómo es un plantador de iglesias?», The Vineyard, www.vineyardusa.org/upload/como%20es%20un%20plantador.pdf.
- Red de multiplicación, Conferencia Iglecrecimiento Integral, www.reddemultiplicacion.com/IIIntegral.asp.

- Retiro de Sembradores, www.reddemultiplicacion.com/retirodesembradores.asp.
- Taller Sembremos iglesias saludables, www.reddemultiplicacion.com/sisaludables.asp.
- Reza F. Safa, *Dentro del islam*, Casa Creación, Lake Mary Fl, Estados Unidos, 2001, 177 pág.
- Scoggins Dick & Rockford James, *Las fases pioneras de plantación de iglesias*, 2005 www.churchplantingphases.com/stuff/contentmgr/files/8ec6a842f8056ca2d8bof8fc64ffee94/miscdocs/CP%20Phases%20over%203.pdf.
- Formando equipos efectivos para la siembra de iglesias, www.dickscoggins.com/stuff/contentmgr/files/2d420ecf13c8c22c46d5efe061f6d18a/misc/building_effective_cp_teams_spanish.pdf
- Sproul R C, *La santidad de Dios*, Editorial Unilit, Miami Florida, Estados Unidos, 1991, 190 pág.
- Swindoll Orville, Serie «Puerta, camino y meta», Editorial Vida, Estados Unidos, 2002, serie de 4 cuadernos manual de Crecimiento para grupos: 76 pág. 108 pág. 80 pág. 160 pág.
- Sermón titulado «Ministerio apostólico en la iglesia», predicado en septiembre de 1982, en el Retiro de Pastores, Córdoba, Argentina.
- Wagner Peter, *Sus dones espirituales*, Editorial Clie, Barcelona, España, 1980, 266 pág.
- Apóstoles en la iglesia de hoy*, Editorial Peniel,

Plantación de iglesias en contexto islámico

Gabriel Falco, 182 págs.

La *dawa*, misión islámica

Patrick Sookhdeo, 36 págs.

Del Suquía al Norte de África

Enrique Guevara, 680 págs. (3 tomos)

De semilla a fruto

Dudley Woodberry, ed., 426 págs.

Ese inmigrante, mi prójimo

Miguel Juez, 106 págs.

Esperanza para los musulmanes

Don McCurry, 486 págs.

El humor en las misiones

Andrés Alvarado (*pseudónimo*), 138 págs.

Jesús en el Corán

Textos del Corán, 24 págs.

Latinos en el mundo islámico

Federico Bertuzzi, ed., 152 págs.

Latinos no mundo muçulmano (*portugués*)

Federico Bertuzzi, ed., 158 págs.

Luz sobre el islam

Francesco Maggio, 110 págs.

Musulmanes que encontraron a Cristo

R. F. Wootton, 94 págs.

El ocultismo en el islam

Abd Al-Masih (*pseudónimo*), 44 págs.

Para comprender al mundo árabe

Louis Hamada, 206 págs.

Peregrinaje en la misión

Christian Giordano, 94 págs.

Poder empresarial en misión integral

Heinz Suter, 130 págs.

Por qué mujeres cristianas se convierten al islam

Rosemary Sookhdeo, 124 págs.

Quiénes son los musulmanes

Don McCurry, 40 págs.

Raio X do campo missionário (*portugués*)

Jose Rocha, 60 págs.

Ríos en la soledad

Federico Bertuzzi, ed., 232 págs.

Ríos no deserto (*portugués*)

Federico Bertuzzi, ed., 210 págs.

Ríos en tierra seca

Federico Bertuzzi, ed., 400 págs.

Testimonio en tierras musulmanas

Gilberto Orellana, 152 págs.

La visión islámica

Christine Schirrmacher, 134 págs.

Vivir por un sueño

Marina Gutiérrez (*pseudónimo*), 154 págs.

Y me hizo reina

Nora Suárez, 118 págs.

DE PRÓXIMA APARICIÓN

Avivamiento en Argelia

Jean Blanc, 160 págs. (CREMA)

Diálogo entre un musulmán y un cristiano

D. Shenk y B. Kateregga, 292 págs.

Radiografía de una misión

José Rocha, 60 págs.

Honor y vergüenza

Roland Müller, 220 págs. (IIBET)